



A. G. MURPHY

NUEVA YORK- SAN FRANCISCO



OBRAS DEL AUTOR

EN NEVADA:

SANGRE EN LA PRADERA

EN EXTRAORDINARIA:

¡INSURRECCION!

EN EL F. B. I.:

EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS

EN PREPARACION:

HERMANO CONTRA HERMANO



SAN BERNARDO, 68 - MADRID

COLECCION F. B. I.

Números publicados:

- Núm. 1.—|CULPABLE|, por Alf Manz. (5.^a edición.)
» 2.—LA HORA GRIS, por Alf Manz (4.^a edición.)
» 3.—EL REY DEL HAMPA, por Fred Baxter (3.^a ed.)
» 4.—EL COBARDE, por Alf Manz. (3.^a edición.)
» 5.—LUCHANDO EN LA SOMBRA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 6.—CONTRA SCOTLAND YARD, por Alf Manz (2.^a ed.)
» 7.—SU ALTEZA EL LADRON, por Fred Baxter. (2.^a ed.)
» 8.—LA RUTA DE LA LOCURA, por Frank McFair.
(2.^a edición.)
» 9.—A LA OFENSIVA, por Eddie Thorny. (2.^a edición.)
» 10.—LA REDADA, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
» 11.—SHANGHAI, por Alf Manz. (2.^a edición.)
» 12.—GUERRA DE GANGSTERS, por Fred Baxter.
(3.^a edición.)
» 13.—|SANGRE|, por Frank McFair. (2.^a edición.)
» 14.—LA REBELION DE LOS MUERTOS, por Alar Benet. (2.^a edición.)

Núm. 15.— EL HOMBRE DE LAS TRES CARAS, por A. G. Murphy. (2.^a edición.)

- » 16.—TANGER, por Alf Manz. (2.^a edición.)
- » 17.—¡TRAIDOR!, por O. C. Tavin. (2.^a edición.)
- » 18.—TRAGEDIA EN BERLIN, por Eddie Thorny (2.^a ed.)
- » 19.—ALTA TRAICION, por Fred Baxter. (2.^a edición.)
- » 20.—TERROR EN LA ACADEMIA DE QUANTICO, por Alf Manz. (2.^a edición.)
- » 21.—EL DELATOR, por Alar Benet.
- » 22.—ARMONIAS DE MUERTE, por Frank McFair.
- » 23.—DESTINOS CRUZADOS, por Alf Manz.
- » 24.—PERSECUCION, por O. C. Tavin.
- » 25.—UNA CIUDAD ABIERTA, por Eddie Thorny.
- » 26.—HORAS TRAGICAS, por A. G. Murphy.
- » 27.—LA MUERTE ALADA, por Frank McFair.

- » 29.—EL COLOSO DE HIERRO, por Alar Benet.
- » 30.—TRAMPAS MORTALES, por O. C. Tavin.
- » 31.—CONTRABANDO FUNESTO, por Frank McFair.

En preparación:

ENTRE REJAS.

I



L europeo que no haya visto llover en Nueva York, difícilmente podrá hacerse una idea, siquiera aproximada, de la furia con que suele hacerlo. Cualquiera diría que las cataratas del cielo se han desbordado y que un nuevo Diluvio Universal se desencadena sobre la tierra. Lenguas de agua, verdaderas trombas de agua, se vuelcan incansables, fustigando, con saña a la ciudad. La gente se arracima bajo toldos, viseras y portales de edificios; huyen hacia los subterráneos o bregan con el temporal como heroicos náufragos.

Esto último le ocurría aquella mañana de 1946 a Ralph Branden. Acababa de dejar su pensión de una calle transversal a la avenida Flashing, en Brooklyn, y caminaba a buen paso bajo la lluvia hacia la cercana estación York, de la Compañía

I. N. D.

Era un hombre joven y robusto, pese a tener cara de fatiga y de hambre. Mediría cerca de siete pies, y su peso, en sus mejores momentos, no bajaría de las ciento ochenta libras, aunque entonces, probablemente, no llegaría a ni a las ciento sesenta. Su aspecto externo dejaba mucho que desear. Llevaba una gabardina, bastante arrugada, que escasamente alcanzaba a cubrirle hasta las rodillas, y unos zapatos por cuyos intersticios entraba la lluvia libremente, calándole los pies; ni siquiera calzaba calcetines. Sin duda, para ocultar esta miseria, hacía algún tiempo que venía dejándose caer los pantalones, de modo que los bajos de éste se iban deshilachando alarmantemente. En aquel momento barría con ellos la acera por donde avanzaba, frente por frente a la Naval Shpyard.

Parecía tener prisa; pero, en realidad, no era así. Aun yendo andando, le quedaba tiempo de sobra para llegar a su destino. Si había dejado la pensión con aquella lluvia, más se debía a temor de que la patrona volviera a reclamarle el alquiler que a otra causa. La cita que desde la tarde anterior tenía concertada era para las diez y todavía no habían sonado las nueve.

Mucho esperaba Branden de aquella entrevista; pero, en verdad, poco le importaba que una vez más, se frustraran sus ilusiones. Llevaba tantos meses vagando de un lado para otro, de ésta en aquella ciudad; de aquél en este Estado, que se había revestido de una especie de estoicismo casi absurdo, más heroico.

«Si no me sale esto —se había venido diciendo, siempre que se encontraba en un caso similar al de aquel día— habrá que apretarse el cinturón, y a otra cosa».

Desde que la guerra había concluido, Ralph Branden —medalla de la campaña, cruces al valor y alguna que otra mención en los partes de guerra por su buen comportamiento frente al enemigo— había hecho de todo menos a lo que estaba acostumbrado. Había descargado fardos en el muelle de San Francisco, recogido una recolección de apio en las llanuras de Michigan, trabajado en las canteras de mármol de Vermont, hasta acabar en Chicago en un negocio no del todo limpio.

Había pasado, alternativamente, hambre, frío, calor, sed y fatigas; y no le habían faltado tampoco agradables momentos, que se gozaba en recordar a veces. Pocos hubieran adivinado que el joven de tan deplorable aspecto que caminaba rozando la pared en

aquella mañana lluviosa, rebuscándose una colilla, que no encontraba, en los mugrientos bolsillos, sólo un par de meses atrás vestía un terno flamante, unos magníficos zapatos, fumaba tabaco egipcio de lo mejor, y, lo que era más estupendo todavía, su estómago se hallaba tan repleto que empezaba casi a creer que era un elegido de los dioses.

En aquel momento, sin embargo, se estaba dando cuenta que a veces había sido demasiado optimista. Su estómago estaba vacío; desde la mañana anterior no había entrado nada en él, y ya entonces fue sumamente poco para su gran necesidad.

«Animo, Ralph, hijo mío —se dijo—; puede que hoy cambie todo y, dentro de nada, puedas comer caliente, vestirme como Dios manda y volver a ser una persona, en lugar de un bicho raro a quién el mundo se complace en mirar por encima del hombro. Por lo pronto, aún nos quedan unos centavos Veamos qué podemos comprar con ellos».

Poco hubiera podido comprar de cuanto se exhibía en el repleto escaparate del bar en que se decidió a hacer alto. Todos los precios sobrepasaban con mucho a sus disponibilidades, su estómago protestó. Protestó de aquellos precios y de la lluvia que los fustigaba con tanta o más furia que a quienes salían sonrosados, rubicundos, con rostros de satisfacción de sus casas o de los lugares donde habitualmente acostumbraban desayunar.

«¡Si al menos pudiera encender un cigarrillo!...», se lamentó Branden.

Los centavos de que disponía no le alcanzaban tampoco para un paquetito del tabaco más nauseabundo.

«Tendrás que conformarte con ver la comida, mirar el tabaco y no poder ni comer ni fumar».

Anduvo diez pasos, volvió sus bolsillos y paró nuevamente ante un estanco. Una vez más recontó su capital sobre la palma de la mano. Nada. Por un par de centavos iba a tenerse que quedar sin prender su ansiado cigarrillo.

«¡No hay derecho!», masculló.

Cruzó el umbral. El estanquero le miró con cara de suspicacia. Pidió un mazo de pitillos y empezó a contar con detenimiento sus ahorros, en espera de que el hombre dejara su pedido sobre el mostrador. Pero aquél, bien por distracción o desconfianza, seguía

con el paquete en sus manos. «Decididamente —pensó Branden—, el estanquero me ha “calado”». Pero estaba decidido a fumar, y fumaría, aunque para ello tuviera que acogotar a aquel individuo. Arrojó la calderilla sobre el mostrador y, mientras el otro la recogía, el joven le arrebató materialmente el paquetito... Antes de que el hombre se hubiera puesto a contar el dinero, ya estaba Branden en la calle, colocándose uno de los cigarrillos en los labios, en espera de pedir lumbre a uno de aquellos transeúntes apresurados que se cruzaban con él sin hacer el menor aprecio de su indigente persona.

La lluvia había amainado. Por entre unas nubes de tétrico aspecto brillaba un primer rayo de sol tímido. Se miró Ralph a los zapatos y se avergonzó. No obstante, tras unos segundos de vacilación, se decidió a pedir una cerilla.

Una vez encendido chupó con fruición del cigarrillo, y antes de que se consumiera, prendía otro, que fumó con el mismo ansia.

La calle sucia de dónde venía había quedado lejos. La lluvia había cesado y la neblina cubría el gran puente de Manhattan. Aunque todavía no estaba el cielo completamente despejado, no llovería más por el momento. Ésta, al menos, era la creencia de Branden. En aquel momento experimentaba, además, una sensación extraña: la misma que durante la guerra le avisaba de los peligros, y que era en él como un sexto sentido, mucho más agudizado que los corrientes.

Acababa de sentir necesidad de cruzar la gran calzada que desemboca en el puente, y para ello hizo alto en espera de que el tráfico rodado clareara. Un solo coche venía ya a lo lejos, a toda velocidad. Un coche amarillo, conducido por una señorita. Ralph Branden calculó la distancia. Y se lanzó fuera de la acera. Y fue entonces precisamente cuando su sensación de peligro se acentuó. Volvió la cabeza. Un hombrón de cerca de doscientas libras de peso, típico malhechor de los bajos fondos, extendía hacia él sus manos. Hizo un quiebro Branden para librarse del mortal empujón y no pudo evitarle sino a medias. Con el terror reflejado en su rostro, notó que caía al suelo de alquitrán, brillante como un espejo gracias a la lluvia, y que su debilidad le impedía incorporarse con el tiempo suficiente para que el automóvil amarillo no le aplastara.

Cerró los ojos, hizo un esfuerzo supremo y se dejó rodar sobre un costado. Sintió un golpetazo en una pierna y escuchó, junto a sí,

un chirrido de frenos manejados a toda celeridad. Las cubiertas del coche amarillo gimieron como un ser humano, haciendo un viraje brusco; su huellas quedaron marcadas en el asfalto.

Cuando Branden intentó levantarse, ya alguien se inclinaba sobre él y le preguntaba si estaba herido. El joven iba a responder negativamente, mientras se sacudía la pernera de su ajado traje, pero lo que vio le dejó sin habla. La criatura más encantadora que había contemplado jamás se hallaba junto a él, entre enfadada y anhelante, cercada materialmente por unos cuantos curiosos, sobre los que resaltaba su presencia como la más hechicera de las apariciones.

Ralph Branden estuvo a punto de lanzar un silbido de admiración y olvidó por unos segundos el accidente que por poco le cuesta la vida, para atender a una sensación de angustiosa dulcedumbre que se estaba apoderando de su pecho.

Ante su silencio, ella le hizo volver a la realidad. Con voz temblorosa, bien timbrada, claramente acusadora, le dijo que si no había encontrado cosa mejor para suicidarse que lanzarse al paso de su coche.

—Puede dar gracias a Dios de que sé manejar el volante con bastante seguridad. Otro conductor cualquiera le hubiera aplastado.

Branden iba a disculparse, a decir lo que en verdad había sucedido, pero se percató de su propio aspecto, y un profundo sonrojo le acometió. Viendo que no decía nada, la joven volvió a su automóvil y le invitó a subir.

—Si está usted herido, le conduciré a una clínica.

—No lo estoy; gracias —pudo articular, con un esfuerzo.

—Entonces, adiós. Y no olvide que tenemos en Brooklyn un excelente viaducto y puentes de altura suficiente para quitarse la vida. Si sigue con su idea de suicidarse, no trate de complicársela a los demás.

Metió el pie en el acelerador, y su cabellera rubia, flamante, que se confundía con el amarillo de la carrocería de su vehículo, se perdió a lo lejos, cruzando el puente en dirección a Manhattan. Branden olvidó pronto la injusticia, el tono frío y altanero con que la joven le había tratado para pensar solamente en su innegable belleza.

En toda su vida había visto unos ojos azules más límpidos, más

profundos, un cutis más fino, unas líneas más delicadas y esculturales, unos labios más rojos sin necesidad del menor retoque, ni un aire, en fin, más de reina sin olvidar su naturaleza de mujer.

Con un hondo suspiro, Branden intentó reaccionar. A duras penas lo consiguió. Se hallaba sumergido en una especie de enervamiento, del que le era difícilísimo escapar. Culpó de ello a las circunstancias en que la había conocido y se dijo que, de haberlo sido en otras cualquiera circunstancias, tal vez le hubiera pasado inadvertida, intentó darse ánimos con estos pensamientos, pero pronto se vio obligado a reconocer que, en cualquier lugar y en cualesquiera circunstancias que aquella joven se hubiera presentado ante él, el resultado no podría haber sido otro que aquél. Su hechizo le habría rodeado, le habría hecho su prisionero con la misma fuerza arrolladora que entonces.

El grupo de curiosos, al observar que Branden, hundido en sus pensamientos, parecía haberse olvidado de todo, comenzó a disolverse, comentando lo sucedido. Alguien señaló que la muchacha del automóvil amarillo se había equivocado al creer que el joven se había arrojado a propósito ante el vehículo. Su opinión era la de que un hombre parecido a un gigante le había empujado.

Branden, merced a estas palabras, volvió por completo a la realidad. Sí; efectivamente: aquel hombre tenía razón. Alguien, casual o premeditadamente, le había hecho caer en el momento en que el coche amarillo se lanzaba sobre él.

Miró uno por uno los rostros de cuantos le rodeaban. El individuo en cuestión había desaparecido. Pero, en cambio, vio allí cerca, fijos en él, unos ojos serios, taladrantes, en los que creyó leer cierta decepción. Y aquellos ojos correspondían a una cara que Branden tuvo la impresión de conocer. No pudo recordar dónde, pero estaba seguro de que ya se habían encontrado antes. Aquella cabeza grande, cuadrada, sobre unos hombros hercúleos, ladeados, y un ancho cuello, no le era del todo desconocida. Ni tampoco aquel cuerpo pequeño, pero robusto; aquel mentón corto que naufragaba en la grasa de la sotabarba...

Lentamente, como si le costara un gran esfuerzo dejar aquel lugar en que acababa de estar a punto de perecer bajo las ruedas del coche conducido por la más preciosa de las criaturas, Ralph Branden reanudó su marcha. Una vez más volvió los ojos hacia el

extremo aquel de la calle por dónde el automóvil amarillo y el rubio cabello de su propietaria habían desaparecido. El corazón le latió con fuerza. Sentía como si hubiera estado soñando, como si nada de todo aquello —la maravillosa aparición, el accidente— hubiera sido verdad.

Pero no. No había sido un sueño. Allí estaba aquel hombre, al otro lado de la acera, con las manos en los bolsillos de la amplia gabardina, despatarrado, mirándole con hosquedad. Al notarse sorprendido en su observación, inclinó la cabeza queriendo disimular, y enseguida se perdió en la marea humana que intentaba alcanzar la boca del tren subterráneo.

Branden se dirigió entonces a Manhattan Bridge, para pasar por el East River. Una vez en South Street, ensordecido por las sirenas de los barcos y el tráfico heterogéneo de los muelles, se encaminó hacia la calle Rutgers. Paróse unos segundos ante el parque que la da nombre y echó una mirada distraído a los arbustos, mientras su pensamiento seguía interesado en el incidente de que acababa de ser víctima. Más que el hombretón que le había empujado, le preocupaba aquel otro rechoncho y pequeño, con cuello de toro, que él no podía localizar de qué le conocía.

Salvó las cuatro manzanas que le separaban de East Broadway y, ante la estación del «metro» de Strauss, le asaltaron deseos de bajar a ella y meterse en tren como fuera; pero luego pensó que no valía la pena y siguió avanzando por la Essex Street en busca de Cooper Square, su punto de destino, entre la Tercera Avenida, la Bowery y la Fourth. Allí, junto al parque Cooper, esquina a la calle Seis Este, se encontraban las oficinas que iba buscando.

Pese a la voluntad de Ralph Branden, su manifiesta debilidad aumentaba. El bullicio de la gran ciudad, «*in crescendo*», no podía por menos de marear a un hombre como aquél, cuyos seis pies y pico de estatura se rebelaban contra el régimen alimenticio a que venía sometido desde algunas semanas atrás.

Hizo un alto en su marcha y disimuladamente, se recostó, sudoroso, angustiado, en la cilíndrica mole de un providencial buzón de correo que apareció ante él, entre la indiferencia de las gentes que iban y venían, ajenas al drama de aquel semejante suyo.

Los sudores fríos que le habían empezado a atacar crecían por momentos, bañando su frente y mejillas. Una extrema palidez se

extendía ya sobre su semblante y un velo de sombras empezaba a cubrirle los ojos. Sintió vergüenza de sí mismo, de aquella situación imprevista e hizo un esfuerzo para sobreponerse. No lo había conseguido aún y ya alguien se inclinaba sobre él y le preguntaba, solícito, si se sentía mal. Branden negó con la cabeza, débilmente, y le faltaron las fuerzas necesarias para rechazar la ayuda que le brindaban. Sintióse arrastrar suavemente hacía cualquier parte y percibió que un rumor confuso, ahogado, llegaba hasta su oído, como si viniera de grandes lejanías, y que alguien silbaba unas notas de «El Danubio azul», de Strauss.

Todo lo veía barroso. La cara de su providencial acompañante parecía oscilar ante sus ojos; pero descubrió una sonrisa animadora que le hizo sentirse seguro. No sabía por qué se había figurado, viviendo en medio segundo una tétrica pesadilla, que era arrebatado por el hombre de la papada y conducido por callejones oscuros y solitarios, llenos de seres infernales de ambos sexos, que gesticulaban y reían a su paso con risa satánica.

Cuando todo empezó a aclararse en torno suyo, Ralph Branden se encontró con una taza de café con leche en una mano, una tostada en la otra y una copa de ginebra sobre la pequeña mesa ante la que estaba sentado. Pero el joven de la agradable sonrisa había desaparecido.

Suponiendo que todo estaría ya pagado, Branden se encogió de hombros y se dispuso a tomar su desayuno. Al fin y al cabo, el desconocido le había evitado de aquel modo una situación que, de cualquier forma, hubiera resultado demasiado tirante para ambos, y, principalmente, para Ralph.

El café, con su correspondiente tostada, le sentó a maravilla, y la copa de ginebra vino a reponer de modo verdaderamente milagroso sus desgastadas energías. Pidió lumbre a su vecino de mesa y se dispuso a fumar plácidamente su apestoso cigarrillo, esforzándose por evocar los rasgos de aquel rostro sonriente que pertenecía al hombre que le había invitado.

Inútil. Sólo pudo recordar su sonrisa alentadora, tranquilizante.

Acabado su pitillo, sintióse más que repuesto y se dispuso a salir de nuevo a la calle para proseguir su camino, iba a hacerlo y algo le llamó la atención. Delante de las vidrieras del bar, alguien se había parado y pegaba su rostro a los cristales haciendo pantalla con la

mano. Y ese alguien no era otro que el rechoncho individuo de la sotabarba y el cuello de toro.

Estuvo Ralph unos segundos indecisos entre lo que debía o no hacer y al fin se decidió a dirigirse hacia la salida. Junto a la impresión de no serle desconocido aquel hombre, sentía ahora Branden la sospecha de que le seguía; pero «¿de qué y por qué?», se preguntó.

Inclinada la cabeza, fingiendo despreocupación, empezó a avanzar por entre las mesas y los parroquianos. Cuando empujó la puerta vidriera, en lugar de encontrarse con los ojos taladrantes, se halló con que por ninguna parte se veían rastros del gordiflón.

Aunque los nervios de Branden estaban bien templados, aquel juego empezaba a intrigarle y a ponerle nervioso. Así, pues, se propuso que en la primera ocasión en que volviera a topársele se acercaría a él, le abordaría y le obligaría a confesar, por las buenas o por las malas, qué era lo que se proponía al espiarle.

Siguiendo por Essex Street, Ralph Branden cruzó Delancey, Rivington y la Staton. Hasta aquí, nada ocurrió de particular; pero, cuando se disponía a desembocar en East Houston, al intentar cruzar de la acera de la derecha hacia la de la izquierda, para tomar por esta avenida en dirección a la Bowery, se encontró con que un pequeño automóvil pintado de azul se lanzaba sobre él y no le alcanzaba por verdadero milagro.

Ahora nadie le había empujado, pero el ánimo se le encogió al reconocer al que conducía: se trataba otra vez del hombre de cuello corto, robusta contextura, ojos penetrantes y crasa sotabarba...

Branden se puso pálido; quedó sin aliento al comprender que, por segunda vez, había escapado de la muerte. Esa muerte, a la que alguien le había condenado sin que él sospechara por qué. Ahora estaba cierto de que, efectivamente, el hombretón que le había empujado casi bajo las ruedas del coche amarillo lo había hecho adrede y no impensadamente. Al llegar a esta conclusión, Branden se dispuso a pasar revista a sus posibles enemigos; pero no halló uno solo de quien pudiera temer tan radical decisión de borrarle del libro de los vivos. Del asunto de Chicago había salido como mejor pudo y tenía la certeza de no haber envuelto a nadie para salvarse él. Por ese lado podía estar tranquilo.

Se rascó la cabeza meditabundo y se esforzó por recordar. No

era en Chicago donde él había visto antes de aquel día aquella bola de sebo. ¿Dónde, pues? Branden se estrujaba el magín. Había sido su vida siempre tan viajera, tan de aventuras, tan movida, que difícil le iba a resultar localizar a un perseguidor a quién no recordaba haber hecho ningún mal.

Ralph siguió avanzando con ciertas precauciones. En cada una de las personas con quienes se cruzaba creía ver un posible atacante dispuesto a caer sobre él y a no fallar el golpe como por dos veces había ocurrido anteriormente. Era una situación capaz de encoger el ánimo mejor templado; pero, cosa curiosa, aunque no extraña en él: el joven no estaba acobardado. Sólo lamentaba no conocer a sus enemigos, no saber con quién tenía que habérselas, verse forzado a esperar en actitud pasiva a que ellos se decidieran a reaparecer, ignorando de cómo y cuándo esta reaparición se verificaría. ¡Si se le enfrentaran cara a cara, como los hombres, ya les diría él...!

Con los puños cerrados y las mandíbulas apretadas, Branden llegó a Cooper Square. Ninguno de sus recelos se habían cumplido. De entre aquella ingente multitud presurosa que pululaba por todas partes, no salió brazo alguno dispuesto a asestarle el golpe traicionero que él temía.

II



A agencia de colocaciones Spark estaba situada en los bajos de un edificio de veinticinco plantas. Grandes cristaleras, en las que se leía la ocupación en letras negras y rojas, corrían a lo largo de Cooper Square para torcer hasta la calle Seis Este, con la que esquinaba el edificio.

Ralph Branden entró por una de las puertas oscilatorias y se encontró en un amplio vestíbulo, cortado por una especie de mostrador, sobre el que se veían placas de latón con el rótulo correspondiente a cada negociado. Pasando por alto todo aquello y haciendo caso omiso de algunas miradas curiosas, esquivó la presencia de uno de los ordenanzas uniformado, con la sigla S en la pechera, sobre un círculo de paño rojo, y avanzó hacia una puerta lateral en la que se leía: «Dirección». Golpeó suavemente con los nudillos y enseguida se encontraba en un confortable despacho, que

ya conocía. Era el mismo en que la tarde anterior, introducido en él por la secretaria, que había recibido previamente órdenes a ese respecto, esperó inútilmente al señor Spark.

Entonces si estaba. Detrás de una pulida mesa de nogal plagada de papeles, en la que naufragaba su pequeña humanidad. Se levantó presuroso y fue al encuentro del recién llegado con la mano extendida y una sonrisa campechana que le iluminaba totalmente el rostro, aquel rostro menudo e infantil, ligeramente sonrosado, que le daba aspecto de lumbre inofensivo, cuando, en realidad, era todo lo contrario: un hombre de presa que había luchado en la vida, y seguía luchando, por todos los medios.

Sin dejar de sonreír se acarició suavemente sus escasos cabellos entrecanos y despidió con un gesto a su secretaria, que ya se disponía a dejar el despacho por propia iniciativa, no sin antes insistirla que no estaba para nadie. Una vez solos, el señor Spark ofreció asiento a Branden, y él mismo lo tomó a su lado, en un cómodo sofá, mientras se condolía del aspecto del joven.

—Debió usted admitir el adelanto que por orden mía le ofreció mi secretaria ayer, muchacho. Y permíteme no le pudiera atender. Aunque yo tenía tanto o más interés que usted en dejar liquidado este asunto, me fue materialmente imposible abandonar algo imprevisto que surgió a última hora.

—No se disculpe, señor Spark. Usted ya hizo bastante con ofrecerme dinero ayer. No lo acepté porque es norma mía no atarme con compromisos antes de haber llegado a un acuerdo.

El señor Spark movió la cabeza en señal de comprensión y se hizo con una tabaquera que había sobre la pequeña mesa ante la que estaban sentados y dio de fumar a Branden, fumando él a su vez. Cuando ambos hubieron dado en silencio algunas chupadas a sus cigarrillos respectivos, el hombrecillo tomó la palabra de nuevo.

—Espero que lleguemos a ese acuerdo enseguida —dijo— y procuraré, en lo que a mí respecta, que así sea.

—Ahorremos palabras, señor Spark. Soy hombre que me gusta ir derecho al grano.

—Lo mismo me sucede a mí. Se trata, amigo Branden, de un asunto secreto que no estoy autorizado a confiar ni a usted mismo. Hay buenos billetes por medio. A lo que sí estoy autorizado es a ofrecerle ocho mil dólares para gastos previos... y a adelantarle que

no es ninguna cosa inmoral ni que esté penada por la ley.

El ofrecimiento era más que tentador. Ralph Branden notó que se quedaba sin resuello. Al fin, débilmente, dando de lado con intención todo lo que se refiriera al magnífico ofrecimiento que le acababan de hacer, pudo articular:

—Sobre moral o inmoralidad no se ha dicho aún la última palabra, señor Spark. Claro que así, sin saber nada de nada...

—Cuando hace unos días, vino a mi Agencia en solicitud de empleo, dándose de alta en ella como mecánico, yo estaba cerca de usted, y usted, cohibido como se encontraba, no me advirtió. Le estudié con detenimiento, y enseguida me di cuenta de que usted era el hombre que yo esperaba. No le negaré que yo me gano en esto un buen corretaje. Aquella misma mañana acababa de recibir de mi sucursal de San Francisco el encargo de que buscara una persona de ciertas cualidades, y en usted se daban estas cualidades como en ninguno de los jóvenes sin empleo que yo conozco. Ya le he dicho que yo me gano buen corretaje, y estoy dispuesto incluso a subir más su remuneración.

—¿Se trata de ir a San Francisco? Allí estuve hace algún tiempo; no me fue nada bien, lo confieso, y no me seduce la idea de volver. Claro que haciendo un esfuerzo...

—No olvide que entonces no era ahora. De todas formas, haremos ese esfuerzo que usted pide. Yo empezaré ofreciéndole hasta diez mil. De sueldo le hablará mi representante en la capital de California, y tenga la certeza de que no será humo de pajas. ¿Entendido, muchacho? El tiempo corre, y no hay que malgastarlo.

Branden no dudó más.

—De acuerdo —dijo, y se volvieron a estrechar las manos.

Ralph Branden, tras cerrar el trato que le enfrentaba con la incógnita de su porvenir, percibió que había desperdiciado una buena ocasión para regatear sus servicios, pese al estado de agotamiento físico y moral en que se hallaba. No obstante, estaba satisfecho. Diez mil dólares serán siempre muchos dólares para quienes, como él, media hora antes, estuvieron ante el problema pavoroso de la subsistencia y haciendo grandes equilibrios monetarios para poder adquirir un nauseabundo paquete de cigarrillos.

El pequeño hombre calvo se incorporó, imitado por Branden, el

cual quiso saber cuándo se pondría en camino.

—Ya he dicho que no hay que malgastar el tiempo. Esta misma noche saldrá usted de Nueva York. El viaje es largo y en San Francisco le esperan.

Sin aguardar la conformidad del joven, de la que, por otra parte, el hombrecillo estaba más que seguro después del apretón de manos con que habían rubricado el negocio, el señor Spark dirigióse a la puerta de su despacho y reclamó en él la presencia de su secretaria. Ésta apareció de nuevo, lápiz en ristre, y se dispuso a recibir algunas instrucciones de su jefe.

Por primera vez, mientras Spark y su secretaria hablaban, disponiendo de su destino, Ralph Branden se paró a considerar la belleza de la joven, aquella belleza morena e incitante, plena en sus treinta y dos años maravillosos. De no tener el corazón prendido en el recuerdo de otra mujer —la desconocida del coche amarillo—, seguramente Branden hubiera percibido que no era insensible a la atracción que emanaba fuertemente de ésta.

—La señorita Farrell va a intentar sacar billete para usted. Mientras tanto, yo me acercaré al Banco y usted a una tienda de tejidos. Necesita un buen repaso en su guardarropa. Ahí tiene dos billetes, como anticipo.

La joven, mientras Branden tomaba el dinero de manos del señor Spark, miró por la ventana hacia Cooper Square, y en vista de que la lluvia se había recrudecido se enfundó en un elegante, impermeable transparente y se dispuso a salir para cumplimentar él encargo recibido.

—Tome un taxi, señorita Farrell. O, mejor, espérenos un momento. La llevaré en mi coche hasta Warth Square. Usted vendrá también conmigo, Branden. Le dejaré en una de las tiendas del recorrido.

Avisó por teléfono al garaje, y cuando quisieron salir a la calle, el coche del señor Spark, un magnífico «Nash», les esperaba a la puerta. El hombrecillo ordenó al chófer:

—A Warth Square. De prisita...

En el corto diálogo mantenido con el señor Spark, Ralph Branden había sacado la impresión de tener ante sí a un hombre locuaz. Ya en el automóvil, tal impresión se afianzó al sacar el dueño de la Agencia como tema de conversación una serie de

naderías de las que el joven sintióse prendido. Tanto fue así, que ni un solo momento se le ocurrió pensar en el brusco viraje que su vida acababa de dar.

No era que su fortuna fuera entonces opulenta, pero teniendo en cuenta su situación de hacía poco, aquellos dos mil dólares de que disponía en el bolsillo y la perspectiva de recibir ocho mil más en brevísimo plazo deberían haberle hecho meditar. Más el hombrecillo hablaba y hablaba, y su palabra fluida entraba insensiblemente en el cerebro de Branden. Hasta que, de improviso; el señor Spark calló. Fue tan súbito su silencio, que no pudo por menos de llamar la atención de Ralph. Levantó los ojos con ánimo de inquirir lo que había sucedido, pero su interlocutor no le dejó tiempo para formular la pregunta. Todavía más divertido que asustado, expuso su parecer de que eran seguidos.

—Lo vengo observando desde que salimos de la oficina. Enfrente de ella estaba parado ese «Chrysler» gris. Empezó a rodar al tiempo que nosotros, y no nos ha perdido la pista un solo momento.

Ralph Branden palideció.

—No tiene por qué preocuparse, señor Spark. Es a mí a quién persiguen, y estoy dispuesto a abandonar su automóvil para no meterle en jaleos. Por dos veces han intentado liquidarme esta mañana, y sólo por verdadero milagro no lo han conseguido.

—¿Cómo es eso?

Branden contó cuanto le había sucedido y retrató fielmente a sus enemigos. Cuando llegó al hombre gordo de la doble barba, algo extraño ocurrió a los ojos del joven. La sonrisa, la locuacidad del señor Spark desaparecieron por ensalmo, para dejar paso a un aire de honda preocupación. Su rostro ingenuo y aniñado se había revestido de una máscara de dureza imprevista e inexplicable. Sus pequeños ojos azules habían tomado un brillo acerado y sus manos y su voz temblaban ligeramente al ordenar al chófer que tratara de desprenderse de sus perseguidores.

Por la avenida Fourth habían desembocado en Union Square, y bordeando éste, en Broadway. Desde aquí, el chófer trató de poner en práctica la orden de su amo, y tomó por la calle Diecisiete a gran velocidad. Una vez en la Sexta Avenida, torció hacia la izquierda, en dirección a Greenwich, donde el conductor pensaba que le sería más fácil salir airoso de su cometido por la forma de dédalo en que

muchas de sus calles están construidas.

El coche gris les fue a la zaga por toda la Sexta Avenida, pero en cuanto desembocaron en Christopher y desde aquí en la calle Cuatro, empezaron a sacarle distancia, y ya en la Once le habían perdido. Pero aun así, la mirada de terror del señor Spark no se borró de sus ojos; su cutis, de ordinario sonrosado, seguía pálido, y sus manos temblaban cada vez más perceptiblemente. Era un hombre presa del pánico más inexplicable.

—Tendrá que hacer todas las cosas usted solo, muchacho. Ahora recuerdo una cita que no puedo eludir.

Ralph Branden comprendió que las palabras finales del dueño de la Agencia no eran otra cosa que una disculpa para abandonarle, pero no se dio por enterado. En cambio, se vio obligado a preguntarse por la razón que tenía el señor Spark para reaccionar de aquel modo. «¿No es a mí a quién persiguen? —se preguntó el joven—. Entonces, ¿por qué se altera él hasta ese extremo? ¿Es que quizá cuánto me está ocurriendo tiene algo que ver con el compromiso contraído con este hombre?».

Sin duda alguna, el pensamiento de Branden no iba descaminado. Con toda probabilidad, sus enemigos eran los propios enemigos del señor Spark. Mejor dicho, los enemigos del señor Spark eran los suyos propios desde el momento que ambos habían tomado contacto merced a aquella ocupación anónima para la que el joven se había comprometido.

—Señorita, Farrell, apéese y tome su taxi. Éste es asunto mío, y no quiero ni debo exponerla a usted.

—¿Qué es lo que ocurre?

—Nada, no se preocupe. Vaya a su encargo y, vuelva pronto. Si no estoy en la oficina cuando regrese, llámeme a mi domicilio.

El automóvil frenó esquina a la Hudson Street, y la secretaria puso pie en tierra. Apenas lo había hecho, un gesto conminatorio del señor Spark obligó al chófer a pisar a fondo el acelerador.

La joven quedó indecisa en la acera. En sus labios finos se observaba ahora un pliegue de ironía y crueldad, iba a enderezar sus pasos hacia la primera parada de taxis cuando sus ojos se iluminaron por una especie de alegría satánica. El «Chrysler» gris venía hacia ella y paró en seco al descubrirla. Tres individuos a cuál peor encarados lo ocupaban. Uno era el gigante que había

empujado horas antes a Branden ante el coche amarillo; otro, el hombre del cuello de toro, y el tercero, un hombrecillo menudo como el señor Spark, aunque no tan calvo y quizá más joven. El segundo conducía, y por la entreabierta chaqueta asomaba el cañón de una pistola. Los otros dos iban armados de metralletas.

La señorita Farrell se inclinó sobre las ventanillas e indicó con la mano la dirección que había seguido el «Nash». Luego que el «Chrysler» hubo arrancado, la joven reanudó su marcha, intentando cruzar la calzada, pero se vio obligada a entre pararse para dejar paso a un «Cadillac» negro que pasó ante ella a gran velocidad. Su único ocupante era un muchacho sonriente de aspecto deportista.

Ajeno a cuánto sucedía a su espalda, el señor Spark se disponía mientras tanto a firmar un cheque por valor de ocho mil dólares. Su mano seguía temblando escandalosamente. Por más que lo intentaba, no podía dominar sus nervios. Mandó al chófer que hiciera alto y entregó a Branden el talón ya cubierto.

—Puede cobrarlo aquí mismo o en San Francisco, sí lo prefiere. Cuando haya concluido con lo suyo pásese por las oficinas a recoger su billete. Si yo no estuviera, la señorita Farrell le atenderá. En caso de que necesite hacerme alguna pregunta, ésta es mi dirección: Park Avenue, esquina a la calle Cincuenta y Siete. Y aquí va mi teléfono. Tenga en cuenta que si no es para algo imprescindible preferiría que ésta fuera nuestra despedida. ¡Adiós, muchacho! ¡Buen viaje y buena suerte!

Mientras hablaba, el señor Spark había ido empujando suavemente a Branden hasta verle en tierra, y sin darle tiempo a responder, el automóvil volvió a partir.

El joven quedó parado en la esquina de Christopher con la Hudson, mientras el coche seguía adelante, hacia la calle Morton, en busca de la Séptima Avenida.

La llovizna había dejado paso a unos enormes goterones que amenazaban volverse lluvia torrencial. Branden se subió el cuello de su impermeable y se dispuso a esperar bajo un toldo a que la suerte le deparara un taxi desocupado. No había transcurrido un segundo siquiera cuando se vio obligado a esconderse en el quicio de una puerta. El «Chrysler» gris pasaba a gran velocidad antes de que el auto del señor Spark hubiera tenido tiempo de dejar la Hudson, detenido unos momentos por el disco rojo de un paso de

peatones.

Desde el bordillo de la acera, Ralph Branden pudo contemplar cómo el vehículo conducido por el de la sotabarba ganaba distancia al otro, y asimismo vio al «Cadillac» negro avanzando sobre ambos, pero sin percatarse de quién le conducía ni de si tenía algo que ver en relación con aquéllos.

Pasó un taxi en aquel momento, y Ralph lo tomó a la carrera, sin esperar a que parara, ordenando al conductor seguir hasta el cruce con la calle Morton, y dos minutos después volvía a ordenarle que avanzara por esta última calle, por la que, a menos de diez pasos los unos de los otros, los tres coches anteriores habían reanudado la marcha. Lo que ocurrió más tarde fue cosa de segundos. En el recodo que hace la calle Morton antes de desembocar en la Séptima Avenida, un tableteo de ametralladoras hendió los aires. El automóvil del señor Spark hizo un viraje brusco y fue a incrustarse en el escaparate de una tienda de antigüedades, entre los gritos de los transeúntes y el estrépito de cristales hechos añicos.

El «Chrysler» gris no aminoró la marcha, y desde el negro, el ocupante desconocido disparó sobre él. Sus ruedas posteriores estallaron, y hubo un momento en que los peatones que caminaban por la acera se encogieron espantados ante la inminencia de que el coche averiado se lanzara sobre ellos. No ocurrió así, sin embargo. El conductor lo frenó en seco y de él saltaron sus tres ocupantes.

El hombretón disparó al aire su metralleta para evitar cualquier intento de detenerlos por parte de la multitud, mientras el del cuello de toro, seguido de cerca por los otros, se dirigía a un magnífico «Ford V. 8» que se encontraba parado allí cerca, saltaba a él y obligaba al hombre que estaba al volante a arrancar a toda velocidad. El gigantón no pudo llegar más que al estribo. La pistola de un guardia metropolitano que había aparecido al fragor de los disparos segó su vida de un certero balazo en el corazón.

El «Cadillac» negro no aminoró la marcha. En vista de tal desenlace, desapareció en la Séptima Avenida tras el que habían ocupado los del «Chrysler» después de abandonar éste.

Mientras tanto, Ralph Branden, como un espectador cualquiera, se apeaba de su taxi y se acercaba al «Nash» del señor Spark, al que unos transeúntes sacaban ya de entre el herraje retorcido, con ligeros rasguños. El chófer se hallaba totalmente ileso. Al parecer,

no había sido más que el susto. Y para evitar preguntas indiscretas, el joven no se dio a conocer. Comoquiera que la suerte le había deparado allí cerca la tienda que andaba buscando, entró en ella y se dispuso a pertrecharse de ropa. La lluvia, una vez más, había cesado, y en el cielo, las nubes, deshilachadas, huían como locas a impulsos del viento que empezaba a levantarse, enroscándose a veces en las cúpulas de los rascacielos.

El gigantón muerto por el guardia fue identificado enseguida como un peligroso maleante habitual. Su ficha había estado siempre más que repleta, y en aquel momento se le buscaba como presunto cabecilla de la banda que efectuara el rapto y consiguiente asesinato de «la niña de Chicago», como los periódicos habían dado en llamar a aquel terrible y espeluznante asunto.

Por este crimen se le buscaba, y sí, efectivamente, era culpable, su muerte había estado más que justificada, aunque la justificación del policía que asestó el balazo podía basarse simplemente en estas dos palabras: defensa propia.

Al señor Spark, después de curados los ligeros rasguños en una farmacia próxima al lugar del accidente, le condujeron al cuartelillo correspondiente, donde el comisario levantó un minucioso atestado del hecho. Pero por parte del señor Spark poco pudieron sacar en limpio. Si no en mutismo, se encerró en una especie de guardia de la que fue imposible sacarle. A las preguntas que se le dirigieron sobre el particular respondió escuetamente que era un ciudadano honrado y respetable y que ni por asomos sospechaba tener enemigos tan encarnizados.

—Casi estoy por afirmar —concluyo— que todo se ha debido a un lamentable error por parte de los que intentaron «liquidarme».

—Error o no error —afirmó el comisario—, el caso es que el orden público ha sido alterado, ha muerto un hombre y a ustedes han estado a punto de suprimirlos. No trate de evadirse a la responsabilidad que en este caso le incumbe y díganos noblemente si sospecha de alguien o de algo. Mire usted, señor Spark, déjenos de ese cuento suyo de que le han ametrallado por error; queremos la verdad, solo y exclusivamente la verdad.

—La verdad es ésa, señor comisario —repitió el hombrecillo con acento convincente.

Y en vista de su obstinación, el comisario dio por acabada la

entrevista, y el señor Spark, acompañado de su chófer, que en aquel interrogatorio se había limitado a apoyar la actitud de su jefe, salió a la calle pensativo y en silencio.

III



ALPH Branden pasó decidido al probador. La seguridad en sí mismo, la libertad de movimientos que su desgraciado aspecto le restaba había sido recuperada merced al cheque y a los dos mil dólares en efectivo de que disponía en su cartera. Sentíase eufórico, señor del mundo. Y mientras se vistió de pies a cabeza iba pensando que la vida, a veces, nos guarda estas agradables sorpresas.

Abonada la cuenta y abandonada la tienda, lo primero que le urgía era pasar por un restaurante. También debería arrojar a la vía pública el paquete de tabaco adquirido con tales equilibrios por la mañana y hacerse con una caja de buenos puros y otra de cigarrillos egipcios.

Mientras Branden estuvo en la tienda, el cadáver del hampón

había sido trasladado al depósito. Una frase cogida al vuelo por un curioso cualquiera había hecho circular el primer rumor sobre la identidad del asesino.

Todo esto le hizo comprender a Branden con muchas más nitidez que nunca, lo cerca que había estado de la muerte y la necesidad que tenía de andar en adelante con pies de plomo. Todos los cuidados serían pocos en el porvenir. Por el momento, parecía que sus enemigos, fueran quienes fueren, habían perdido su pista, al verse forzados a huir tras el atentado llevado a efecto contra el automóvil del señor Spark; pero quizá no tardarían mucho en volver a encontrarle. Tal vez unos ojos anónimos le espiaban ya, le seguían a todos partes, y cuando menos lo esperara, un puñal se hincaría a traición en su carne. Estaba visto que sus enemigos querían borrarle del libro de los vivos en la mayor impunidad. Por eso, dos veces seguidas, sin contar la última, habían intentado hacerlo de forma y modo que todo indicase un desagradable accidente.

La perspectiva no era risueña ni agradable; pero Ralph Branden, joven aventurero siempre y optimista cien por cien ahora gracias al dinero de que podía disponer, dio de lado a sus pensamientos negros y se dispuso a matar con ciertas precauciones, para que su estómago no se resintiera, el hambre que le atormentaba a él. Éste sí que era un crimen que iba a cometer a gusto.

Media hora después, Branden dejaba el restaurante satisfecho, entraba en un estanco, y luego, fumándose con verdadera fruición un aromático cigarrillo, se dirigió a una peluquería, donde se arregló el pelo y se afeitó, dándose, por añadidura, unas buenas fricciones de colonia. Después de esto volvió a salir a la calle más optimista aún.

Intuía que el destino, a juzgar por los actuales acontecimientos, no le reservaba nada bueno; pero no lo sentía. Entre morir de inanición o morir de una puñalada, tal vez defendiéndose, la elección, para él, no era dudosa. Prefería esta segunda clase de muerte a la primera, aunque procuraría salvarse por todos los medios, guardando, como primera medida, precauciones. Ni por un solo momento se le ocurrió abandonar el asunto que había rubricado, bajo su simple palabra, con el señor Spark, aunque sospechaba, cada vez con más visos de verosimilitud, que cuanto estaba sucediendo se debía precisamente a ese asunto.

Acertada había sido, para empezar, la precaución de no llevar sus compras ni volver él mismo a su antigua pensión ni, incluso, aparecer por la Agencia Spark. Se limitaría a telefonar a ésta cuando quisiera saber cómo iba lo de los billetes. Su sentido común le decía que eso era lo más acertado, la mejor forma de burlar a sus perseguidores, pues si éstos habían perdido su rastro era de suponer que intentarían encontrarlo de nuevo acechando los posibles lugares donde él pudiera aparecer. Y los dos más espiados, no cabía duda, habían de ser precisamente la Agencia y su antigua pensión.

Así, pues, envió a su patrona un sobre con un billete de cinco dólares, la «exuberante» deuda que le había obligado a huir de su cuarto tan de mañana, sin temor a la lluvia que le caía torrencial, y se dispuso a buscar otro hospedaje desde donde llamar a la tienda para que le acercaran sus cosas.

No tardó mucho en encontrarle. Era una habitación sin grandes pretensiones, si no lujosa, al menos cómoda y agradable, con cuarto de baño, teléfono, una cama y una mesita; todo ello no tan nuevo como él hubiera deseado, pero lo suficiente para un hombre que, como Branden, estaba pasando calamidades desde hacía muchas semanas. Era una habitación, en fin, muy en consonancia con el que la iba a ocupar.

La primera llamada telefónica fue para la tienda, y la segunda, para el señor Spark, en la Agencia. No estaba en ella, y entonces preguntó por la señorita Farrell. La señorita Farrell tampoco estaba. Había dejado ya la oficina, y no volvería antes de las cuatro. Preguntada la telefonista si había algún recado para él, y dicho su nombre, le transmitieron el encargo de la secretaria de que la llamara urgentemente a su casa, dándole para ello el número de su teléfono.

A través de la distancia, la voz de la joven era persuasiva, cálida, fascinadora. Voz de la serpiente que en el Paraíso engañó a nuestros primeros padres. Branden no lo percibía, pero insensiblemente se iba dejando envolver por la magia, por el hechizo de su tono.

—Sí, sí, es ineludible que usted venga. Su billete lo tengo ya en mi poder. Esta tarde no iré por la oficina. El señor Spark se ha encerrado en su casa y quiere que vaya allí a despachar con él. Claro que si usted me tiene miedo puede elegir algún sitio neutral para vernos.

—Iré yo mismo a su casa. Dígame sus señas. ¿Calle de San Nicolás? Eso está un poco lejos, ¿no? ¿Detrás del Central Park? Perfectamente. Estaré allí enseguida.

Enfundóse en el impermeable y salió silbando una cancioncilla ligera. Realmente, sentíase contento. De su cabeza se había esfumado el recuerdo de los atentados. La impresión de que su pista había sido perdida por sus perseguidores le daba cierta sensación de seguridad.

En la calle Catorce, esquina a la Octava Avenida, estaba situada la pensión de Branden. Tomó el «subway» en la estación de esta última vía, y algún tiempo después se apeaba en Cathedral Parkway sin que le hubiera ocurrido nada de particular. Cinco minutos más tarde, ajeno por completo a cuanto se cernía sobre su cabeza, pulsaba el timbre del departamento habitado por la señorita Farrell. Ésta salió a abrirle sonriente, tras unos segundos de espera.

—Pase, Branden.

Estaba la joven vestida —más bien pudiera decirse desvestida— con un salto de cama vaporoso, impropio de la temperatura que reinaba allí pero le sentaba tan estupendamente, que bien se la podía perdonar tamaña incongruencia. Le hizo pasar a una salita coquetonamente amueblada y le ofreció asiento con su gesto más seductor. Branden dudó un momento:

—No sé si debo...

—Claro que debe —le animó ella, acentuando su fascinante sonrisa—. Aún me quedan un par de horas de libertad, y si usted no tiene inconveniente me gustaría que charláramos. Los billetes no han sido más que una disculpa para hacerle venir. Y me alegro de haberlo hecho, pues si ayer y esta mañana me pareció usted encantador, pese a su aspecto de derrotado, esta tarde está lo que se dice verdaderamente guapo.

—Gracias, señorita, pero...

—Le prepararé una taza de café. Es lo obligado en estos casos. Una taza de café une, rompe el hielo, activa la locuacidad. Vuelvo enseguida.

Ralph Branden se revolvió en su asiento al quedar solo. Jamás se había sentido en una situación tan incómoda como entonces. Su visita era visita de negocios, simplemente. Ni por piensa se le había ocurrido imaginar lo que ella había intentado sugerir. Ni ayer ni

esta mañana le había dejado la joven entrever la menor posibilidad de que su conversación con él la agradara. Y eso que la tarde anterior esperó una hora larga a su lado, en el despacho del señor Spark. Claro que aquello no era tan íntimo, tan acogedor como esto...

Mientras se hacía estas reflexiones, Ralph Branden se incorporó en su asiento y comenzó a recorrer la habitación. Realmente, le encantaba aquella salita coquetona, confidencial, saturada de la personalidad archifemenina de su dueña. Pero, no supo por qué, sintióse a disgusto en ella. Prendió un cigarrillo. La ausencia de la joven se le antojaba ya demasiado larga y la soledad en aquella casa extraña le enervaba. Dio dos chupadas a su pitillo, y al volverse en busca del cenicero algo le llamó la atención: sobre éste, dos colillas se consumían, ¡y una de ellas no estaba manchada de «rouge»!

Esto empezó a intrigarle. De puntillas se acercó a la puerta por dónde la muchacha había desaparecido. Daba a un corto pasillo, al fondo del cual estaba la cocina, con su blanca nevera rutilante. Allí se oía ajetrear a la señorita Farrell. Todo parecía normal, y, sin embargo, había en el ambiente un no se sabía qué que a Branden le angustiaba. De pronto sintió en la nuca un cosquilleo especial que se le fue corriendo a lo largo de la espina dorsal; una especie de fuerza magnética le hizo volver los ojos hacia atrás. Un rojo cortinaje, que tal vez cubría un cuarto ropero, se movía. Le entraron ganas de huir, pero se repuso, avergonzándose pronto de tal pensamiento.

Avanzó despacio hacia aquella cortina, los puños apretados y dispuesto a saltar. No iba armado, más tenía confianza en sus dotes de luchador. Antes de llegar se desvanecieron sus temores. ¡Un gatito monísimo jugaba con la roja bayeta del tapiz! Intentó tranquilizarse diciéndose que era absurdo pensar en peligros dentro de un cuarto tan confortable como aquél, con una compañera tan agradable como su dueña, y volvió a su asiento. El gatito le siguió y saltó a sus rodillas, donde fue acariciado suavemente por el joven. El minino enarcaba el lomo y ronroneaba suavemente.

Al sacudir la ceniza de su cigarrillo, otra vez le asaltó el temor ante la vista de aquella colilla sin manchas de «rouge». La cogió entre sus dedos y comenzó a observarla detenidamente mientras acariciaba con la mano libre el cuello sedoso del gato. Así le halló la

joven cuando hizo su entrada en la salita con su servicio de café.

—¿Se ha hecho ya amiga suya «Silvia»? —preguntó—. Es muy cariñosa y demasiado confiada. No como usted, que parece intrigado por esa punta de cigarrillo.

—¡Oh, no, por Dios!

La mirada de la joven se había endurecido, pero su sonrisa dulcificaba en parte su rostro agraciado. Sentóse y cruzó una pierna sobre la otra, despreocupada en apariencia, después de arrastrar entre los dos la mesita en que había depositado al entrar la bandeja con el café. Sirvió una de las tazas a Branden y ella se quedó con la otra.

—Mire usted, Branden. Usted no es ningún chiquillo, y comprenderá lo que voy a decirle. Pudiera engañarle, mentirle, pero no quiero, ni tal vez, de querer, usted me creería. Me fue usted simpático desde el primer momento, y éste es el resultado —dejó escapar un suspiro y prosiguió—: Si quisiera mentirle le diría que esa colilla la había dejado un hermano mío que acababa de salir cuando usted entró. Más no quiero mentirle. La verdad es que no tengo hermanos. Usted, Branden, se habrá dado cuenta, por lo que ha visto, de que vivo en una casa estupenda, demasiado estupenda para una simple secretaria. ¿No se le ha ocurrido preguntarse de dónde saco el dinero? Sí, quizá eso era lo que estaba pensando cuando le sorprendí con la dichosa colilla en la mano...

—¿Quiere usted decir que hay un hombre que paga todo este lujo?

—Yo no digo nada, pero usted ¿qué cree?

La sugerencia había sido dejada caer en los oídos del joven tal vez un poco brutalmente, pero él no se asombró. A la señorita Farrell la había catalogado ya en la categoría de mujeres que consiguen cuanto se proponen por el medio que sea.

—Si hay otro hombre en su vida —se limitó a preguntar el joven—, ¿por qué me ha hecho venir aquí esta tarde? Antes me dijo que lo del billete era una simple disculpa.

La señorita Farrell dejó su taza de café sobre la mesita, donde aún se encontraba sin tocar por él la correspondiente a Branden, sacó los billetes de ferrocarril de su seno y los enarboló ante los ojos de su interlocutor. Al hacerlo así, un perfume mágico se extendió por la estancia.

—En efecto —dijo al fin—, esto fue una simple disculpa, porque hay dos clases de hombres, Branden. Los que pagan los caprichos de las mujeres como yo y aquéllos cuyos caprichos quisiéramos nosotras pagar.

Branden sintió náuseas del modo de hablar de la mujer. De buena gana la hubiera escupido, abofeteado. Dejó el gatito, al que había estado acariciando todo el rato, junto a las tazas de café y la miró a los ojos fijamente. Ella, divertida en el fondo, estuvo resistiéndole la mirada durante breves segundos. Súbitamente, sin que la joven lo percibiera, ocurrió un hecho que dio a Branden todo el enigma aclarado. Así, pudo decir:

—Pienso que miente, señorita Farrell. Eso del amante no se aviene con su modo de ser. Usted es de las mujeres a quienes gusta el hombre como tal, y no por el dinero que pueda poseer. Usted, en el fondo, en materia de amor, es una romántica.

—Pero también soy ambiciosa.

—En eso estamos de acuerdo; más, puesta a satisfacer su ambición, antes degradaría su alma que su cuerpo. La creo más capaz de matar de robar, que de vender su amor.

—¿Qué quiere decir?

—Que esta tarde me ha traído usted a esta casa con ánimo de asesinarme. No por el puñal ni por la pistola, sino por el veneno. De ahí le viene a usted este lujo.

—Usted está loco, Branden. ¿De dónde saca todas esas fantasías?

Branden se había incorporado y tenía metida su mano derecha en el bolsillo de la americana, queriendo dar la sensación de que allí empuñaba una pistola. Ahora estaba seguro de que no se encontraban solos ella y él, de que el hombre que había fumado aquel cigarrillo cuya colilla le había hecho entrar en sospechas debía de estar por allí, en cualquier rincón, en cualquier cuarto, al acecho. Retrocedió unos pasos, de espaldas a la puerta de la salita, dominando con la mirada toda la sala. Antes, de sobre la mesita, había recogido los perfumados billetes ferroviarios.

—¿Fantasías? —repitió el joven—. Mire usted a la alfombra. ¿Ve algo en ella? Ese rebujo da carne y piel todavía caliente ya no alienta. Y ¿sabe por qué? Porque el animal tuvo la ocurrencia de lamer el café derramado sobre el platillo de la taza a mi destinada. Lo siento por él, pero no puedo por menos de congratularme. ¿Qué

clase de veneno ha usado para que muriera tan rápidamente?

La señorita Farrell se había demudado; la dureza de su mirada se acentuó, su sonrisa se había borrado. Quedó petrificada unos segundos, mirando sobre la alfombra el gato muerto. Súbitamente, un sollozo se escapó de su garganta.

—¡Váyase! ¡Váyase, cruel asesino! —le acusó con trágica incongruencia—. ¡Mi pobre «Silvia»! ¿Qué te ha hecho este hombre malo?

Se inclinó sobre la gatita y enseguida, con ella en las manos, se levantó y señaló la puerta a Branden.

—¡Váyase le he dicho! ¡Quítese de mi viste cuanto antes!

La joven le volvió la espalda y empezó a sollozar sobre el cadáver del animal. Ralph Branden, al ver que ella parecía haberle olvidado, se confió sacando su mano del bolsillo para abrir la puerta. Por uno de los espejos de la habitación, la joven, mientras fingía estar ensimismada en su dolor por la muerte de la gata, observaba todos los movimientos de Branden. En el preciso momento en que éste sacaba la mano del bolsillo, ella se volvía rápida, dejando caer al suelo sin ningún miramiento el cuerpo del minino. En su mano enjovada de dedos largos y linos, se veía él oscuro bulto de una pequeña pistola pavonada.

—¡Alto, Branden!

Ralph giró sobre sus talones. Aquella pistola poco menos que de juguete no le asustaba lo más mínimo. Ni la dura mirada de su enemiga.

—Deje esa pistola, pequeña. No la creo tan idiota como para hacer uso de ella; su seguridad personal la preocupa demasiado para exponerse a ir a la silla eléctrica. Y ése será su punto de destino si dispara sobre mí. No es lo mismo asesinar con veneno que con una pistola. Ésta hace ruido; sus vecinos oirán la detonación y querrán saber qué ha ocurrido. Será usted detenida y su carrera acabará aquí. Y es una lástima que por un error como éste su carrera triunfal se trunque para morir como cualquier vulgar asesino.

Mientras hablaba, Ralph Branden había ido avanzando hacia la joven, lenta, despaciosa, pero decididamente, y ella retrocediendo vencida por aquella mirada del joven, por sus razones y su voz sin un trémolo de emoción o de miedo.

—¡No de un paso más, Branden! —amenazó con un grito desesperado en que entraba por partes iguales el temor a verse desarmada u obligada a disparar.

—No me imponen sus amenazas. Estoy seguro de que, por su conveniencia, no disparará. Usted no me odia a mí lo suficiente como para asesinarme en un arrebato, sin meditar las consecuencias. Mi muerte era un negocio y ese negocio acabará para usted en el instante que la efectúe. Porque cambia mucho las cosas el que a un individuo se le envenene, se espere a la noche para hacer desaparecer su cadáver en la mayor impunidad, a tener que disparar, que la gente acuda y todo sea descubierto —y seguía avanzando.

La joven estaba a punto de empezar a llorar de rabia.

—No sea temerario, Branden. Me está desafiando, sacándome de quicio y acabaré por disparar... aunque me pierda.

—Entonces quedamos en que yo tenía razón; no la desarmaré; buenas noches, señorita Farrell.

Volvióse otra vez hacia la puerta; en los ojos de la joven empezaba a brillar una mirada admirativa. Branden intentó recorrer el pestillo, pero en aquel momento, una voz de hombre le dio el alto.

—Tiene razón, Branden. La señorita Farrell no podía disparar, porque no nos conviene hacer demasiado ruido; pero este puñal que tengo yo en la mano hace un silbido tan suave en su trayectoria que nadie se enterará de que se ha incrustado en su corazón.

Ralph Branden sintió un escalofrío, escalofrío de repulsión más que de temor. Allí tenía, frente a él, armado con un afilado puñal que mantenía agarrado por la punta, al hombre de la sotabarba y cuello de toro, al energúmeno que había intentado aplastarle con su coche.

—Hoy la suerte ha estado de su parte varias veces —prosiguió; ahora, sin embargo, parece haberle vuelto la espalda. De esta casa difícilmente podrá salir vivo. Saldrá a la noche, entre alguno de mis hombres, para desaparecer en East River o quizá en el Hudson. Todavía no me he decidido por ninguno de los dos.

En su rostro cuadrado, monstruoso, había una sonrisa de hiena. La joven se había apartado a un rincón y miraba la escena fríamente, como si no tuviera nada que ver con ella. Branden, por

su parte, hacía trabajar su cerebro a marchas forzadas. Su situación era más que delicada y había que salir de ella cuanto antes, lo mejor parado que pudiera. Si hubiera estado más cerca, se hubiera arrojado a los pies de su enemigo; pero a la distancia que se encontraba era imposible. El puñal se clavaría en su cuerpo con más celeridad que la que él podía emplear.

—No intente ninguna treta, Branden. Estoy decidido a acabar con usted y lo conseguiré de todos modos. Usted no llegará a San Francisco porque a mí no me interesa su presencia allí.

—¿Qué tengo yo que ver con eso?

—Spark le ha encargado un asunto secreto que nosotros sabemos cuál es. Spark es desconfiado. Ha entrado en sospechas de que allí se fragua algo contra él y quería ganarnos por la mano. Ni él ni usted se saldrán con la suya, pues ambos han de morir. Yo he dictado mi sentencia y tarde o temprano mi sentencia se cumplirá. ¡Cuánto mejor le hubiera sido a usted no entrar en contacto nunca con la casa Spark ni con nosotros, pues ello equivaldrá a encontrarse con uno de mis puñales, los más célebres de todo el mundo!

El hombre de la sotabarba reía a mandíbula batiente. Ralph Branden le recordó de pronto. Hacía algunos meses, en San Francisco, le había visto hacer una demostración de su agilidad en el manejo de los cuchillos, en un antro de Chinatown, ante una caterva de indeseables que le jaleaban completamente ganados por su pericia, por la pericia de aquel elegante que se había dignado animar la orgía con un espectáculo inesperado y gratuito.

Había llegado allí con unos cuantos amigos de ambos sexos, bastante borracho. Se conocía que habían andado de juerga y para coronar su noche de crápula habían concluido en aquel «*cabaret*» de ínfima categoría en que Branden se encontraba al acecho de poder encontrar un capitán que se decidiera a alistarle en su barco. Con el «humor» de la borrachera, todos se pusieron a alabar sus habilidades. Uno sabía hacer juegos de manos con las cartas; otro arrancaba el mantel de la mesa sin que se cayera la vajilla que había sobre él; el tercero hacía el gallo bastante aceptablemente, y, por fin turnó al hombre del cuello de toro.

Él se comprometía a dibujar un corazón, a diez pasos de distancia, arrojando cuchillos sobre la pared, intervino el dueño, un

chino meloso y ladino, indicando si sería igual en unas tablas. El hambre de la sotabarba afirmó. La tapa de un cajón sirvió para el efecto. Dos puñales, enfundados en fundas de cuero con incrustaciones de oro, eran los únicos de que disponía el lanzador de cuchillos; solicitó de su auditorio algunos más, que fueron amontonándose ante él en la mesa que ocupaba con sus amigos. Las mujeres reían; los varones miraban con incredulidad. Le sabían buen lanzador, pero no creían que hiciera buen papel en su estado delante de aquellos individuos que tampoco eran mancos en ese sentido.

Sin embargo, se equivocaron. El corazón fue dibujándose a medida que los cuchillos cruzaban el aire silbando y quedaban clavados en la madera con metálico vibrar. Y no paró ahí todo. Desclavados los puñales, volvió a ponerse frente a la tabla y fabricó en el centro, del corazón un nombre femenino: LINDA. Y el hombre, como en aquel momento, reía a carcajadas, con toda la fuerza de sus pulmones, que debían de ser enormes. Esto le hizo comprender a Branden que su situación era más que dificultosa al hallarse amenazado por aquel puñal.

—Linda —dijo de pronto el hombre, dejando de reír—; no estés ahí parada. Cógele la vuelta y cachéale. Veamos sí verdaderamente va armado, como ha intentado hacerte creer.

—Como quieras, Herrman.

Los ojos de Branden se abrieron por efecto de la sorpresa. ¡Linda! Con que la señorita Farrell, la secretaria del señor Spark, era la misma Linda de aquel recuerdo de los bajos fondos de la ciudad de California... Una espía al servicio del llamado Herrman, tal vez más que una espía...

IV



A muchacha dio un pequeño rodeo en torno a la habitación y vino a colocarse a sus espaldas, iba a comenzar a cachearle, cuando ocurrió algo que hizo que la escena cambiara radicalmente. Los cristales de una de las ventanas posteriores del edificio saltaron hechos añicos y un brazo armado de una mortífera pistola asomó por ella.

—¡Quietos!

La falleba fue corrida y un individuo enmascarado saltó ágilmente al interior.

—Arroje al suelo ese cuchillo, Herrman Ley. Sé de su habilidad para lanzarlo, pero le juro que no permitiré que lo haga. Y usted, Linda Farrell, colóquese al lado de su compañero, de cara a la pared.

Herrman Ley, el hombre de la sotabarba, mordióse los labios

hasta hacerse sangre. Su rostro rubicundo se tiñó de mortal palidez. La rabia más honda y progresiva había florecido en sus ojos grises, licuosos, de rata. El enmascarado se dirigió entonces a Branden.

—Y usted no se pare, amigo; siga hacia la puerta.

Ralph Branden obedeció. La voz del desconocido sonaba clara, conminatoria decidida, sin un leve trémolo de nerviosismo. Mientras Ralph recorría el pestillo, el recién llegado comenzó a registrar a la bola de sebo. En un descuido del otro —mejor dicho, en lo que parecía un descuido— Herrman se revolvió e intentó encajarle un gancho por bajo de la barbilla; pero el enmascarado paró el golpe y descargó a su vez el puño armado de la pistola, con precisión matemática, sobre la enorme cabeza de aquél, el cual se encogió, cayendo sobre la alfombra como un fardo. Linda Farrell ahogó un grito y se apresuró a arrodillarse junto al desmayado. El desconocido no la hizo el menor caso. Masculló entre dientes algunas palabras ininteligibles y siguió a Branden las escaleras, cerrando la puerta tras de sí, iba a quitarse el pañuelo rameado que cubría parte de su rostro, cuando dos individuos mal encarados, sospechosos a la primera ojeada, aparecieron en el pasillo, saliendo de uno de los cuartos de al lado del que ellos acababan de dejar, y antes de que hubieran echado el pie sobre el primer escalón, se arrojaron sobre ambos. Branden y su accidental compañero repelieron la agresión de una manera rotunda.

Si los puños de Branden eran efectivos, los del enmascarado no se le quedaban a la zaga. Combatía con una agilidad de campeón y con una técnica, tan depurada que a los dos directos que logró colocarle en la cara veía a su enemigo tambalearse y caer por las escaleras, intentando en vano asirse a la barandilla. Tampoco Branden tardó mucho en despachar al suyo. De un último y certero golpe en la mandíbula, tras haberle castigado duramente el abdomen, lo contempló tendido en el pasillo, cuando ya algunas puertas se abrían al ruido de la lucha y caras curiosas asomaban por ellas.



... intentando en vano asirse a la barandilla...

—¡Vamos, amigo! Esto se pone feo —dijo el del pañuelo al rostro.

Estaban en un primer piso y no tuvieron necesidad de usar el ascensor.

Bajaron de tres en tres los escalones que los separaban de la

calle, saltando sobre el bulto inerte del hombre que había rodado por ellos y el enmascarado subió a un coche negro —el mismo «Cadillac» de la persecución en la calle Morton— seguido de Branden, que no esperó a que le invitara a hacerlo. Cuando hubo arrancado el automóvil, Ralph dejó escapar un suspiro de alivio. El otro se arrancó el pañuelo de la cara, sonriendo con sonrisa abierta y cordial.

—Llegué bien a tiempo, ¿eh? —dijo, en son de broma—. Creo que estará agradecido a las escaleras de incendio, ¿no?

—¿Quién es usted? ¿Por qué ha hecho esto? ¿Cómo es que estaba en esas escaleras?

—¿No son muchas preguntas para contestarlas de una vez? No obstante, procuraré hacerlo. ¿Quién soy yo? Pues ya lo ve usted: un amigo. ¿Por qué le he salvado la vida? Porque no podía dejar que lo asesinaran: un poco de humanidad simplemente. ¿Cómo es que estaba en las escalerillas de incendio? Pues porque había subido hasta allí.

—¿Con ánimo de robar?

El interpelado rió de buena gana y respondió ambiguamente.

—Puede que sí y puede que no —y fingiendo a las mil maravillas la voz melosa de Linda Farrell, repitió sus propias palabras—. ¿«Usted que cree, señor Branden»?

—Estaba usted allí cuando yo llegué, ¿no es eso? Y ha sido testigo de toda nuestra conversación. Esperaba la oportunidad de saltar a la habitación y desvalijar a la chica.

Branden no preguntaba ahora, sino que afirmaba; al otro se le notaba divertido:

—Quizá tenga usted razón; pero no olvide que, sea lo que sea lo que yo estuviera haciendo o dispuesto a hacer en aquella casa, le he salvado la vida.

Branden iba a responder, pero el dueño del «Cadillac» dio por concluida la conversación.

—¿Dónde quiere que le deje? Yo tengo aún muchas cosas que hacer por estos andurriales.

—Lléveme hasta el «subway» de la calle de la Cathedral, desearía llegar pronto a la Cuarenta.

—Diga usted mejor a la Park Avenue. Hace usted bien, desde luego, en poner sobre aviso al señor Spark. Aunque se lleve un

desengaño con su secretaria, le conviene saberlo.

Branden miró intrigado a su interlocutor. Algunas preguntas acudieron en tropel a su frente. Eran las mismas que le había dirigido a él poco antes y de las que había obtenido contestaciones tan poco satisfactorias para su curiosidad.

—¿Cómo sabe usted todo eso? —inquirió una vez más.

El joven del «Cadillac» negro se encogió de hombros. Su amplia sonrisa volvió a iluminar su rostro moreno y agraciado, de recortado bigotito a la última moda.

—¡Ah! —dijo al fin—. ¡Cosas de la vida!

Y se puso a silbar bastante aceptablemente algunas notas de «El Danubio Azul». Mientras lo hacía, Branden le contempló en silencio, No aparentaba tener treinta y dos años y era fuerte y musculoso. Súbitamente, ante su sonrisa y su silbido tuvo la vaga sensación de haberle visto antes. Sus simpáticos rasgos, aunque borrosamente, se le antojaban familiares. Por dos veces estuvo a punto de hacerle una pregunta sobre el particular y sólo se decidió cuando el coche se hubo parado en. Cathedral Park y él echó pie a tierra. El otro dejó de silbar para contestarle.

—Sí, puede que me conozca de algo. Al menos, esta mañana le invité a un café con tostadas y algunas otras cosillas que ahora no recuerdo. Y sin esperar la reacción de Branden, se alejó otra vez en dirección de San Nicolás, silbando de nuevo «El Danubio azul».

Ralph quedose perplejo unos segundos. Al fin, comenzó a pensar. Allí tenía tema más que suficiente para hacer cábalas. En modo alguno se le antojaba ya pura casualidad el que el joven del bigote hubiera estado en la escalerilla de incendio para salvarle, ni tampoco junto al buzón de correo cuando estuvo a punto de desmayarse, para ayudarle a entrar en el bar y pagarle una consumición que había de sentarle de perlas en su manifiesto estado de debilidad.

Aquel joven, a juzgar por las muestras, seguía a Herrman Ley, y, como no podía por menos de ocurrir, al seguirle éste a él, por fuerza había coincidido. La explicación no le pareció descaminada; pero se vio obligado a repetirse la pregunta que el otro había dejado sin respuesta. «¿Por qué y para qué?».

Incapaz de hallar una contestación satisfactoria, empezó a descender por las escaleras del subterráneo, pero, antes de hacerlo,

compró el *Times* que acababa de salir. Luego, miró la hora en el reloj de anuncio de una relojería. Eran cerca de las siete de la tarde y no tardaría en empezar a anochecer ¡Cómo volaba el tiempo!

Ya en el andén, mientras esperaba, desplegó el diario vespertino y le echó una ojeada distraída. Nada; poco más o menos lo de siempre. Así llegó a la sección de sucesos, donde algo llamó poderosamente su atención.

«Otro joven excombatiente, en la mayor indigencia, intenta poner fin a su vida», leyó. Y a continuación, poco más o menos: «Esta mañana se arrojó al paso del coche de nuestra colaboradora, Daphne Chatford, un individuo cuya intención de suicidarse parece fuera de dudas. Ofrecía un lamentable aspecto de derrotado, pese a su juventud, y sólo gracias a la pericia de la señorita Daphne Chatford se libró de ser aplastado bajo las ruedas del automóvil».

La noticia escueta era ésta. Ni más, ni menos. Sin comentario alguno. A Branden no le hizo gracia que la joven rubia no hubiera creído sus manifestaciones de que él no había querido suicidarse; pero enseguida creyó comprender la causa. Poco más abajo, a dos columnas, se volvía sobre el asunto. El *Times* debía de pertenecer a la oposición y el simple hecho de que un ciudadano cualquiera, excombatiente, como era de suponer por su edad, hubiera estado a punto de ser aplastado por un coche, lo enarbolaba como una bandera partidista, de política sectaria. El artículo venía firmado por Daphne Chatford y se titulaba así: «Algo más sobre el intento de suicidio de otro joven en Brooklyn».

Desde las primeras líneas se adivinaba la intención del periódico. Se conocía que había iniciado una campaña contra el gobierno, con vistas a las próximas elecciones, y uno de los argumentos que manejaban era falta de trabajo para los excombatientes, afirmando que la impericia de los gobernantes para solucionar este asunto era la causa de que muchos jóvenes licenciados del Ejército buscaran la evasión de su pavoroso problema de subsistencia quitándose la vida. «¿Hasta cuándo se preguntaba la joven escritora vamos a contemplar con los brazos cruzados un espectáculo tan degradante? ¿Dónde van a parar, qué se hace con los crecidos agobiantes impuestos que sufre el pueblo norteamericano?».

A este tenor seguía todo el artículo. Branden, mientras leía,

empezaba a sonreír. La desagradable sorpresa que le había causado la referencia a un suicidio que jamás había estado en su imaginación, dejó paso a un creciente regocijo. Porque la encantadora rubia no se paraba en barras. Nada de una de cal y otra de arena. Aquel trabajo era una perenne diatriba purulenta contra algunos gobernantes, cuya dimisión acababa solicitando, en bien de la nación, «puesto que su incapacidad era, más que manifiesta».

Ralph Branden no llegó a entrar en el vagón. Sorprendido por aquel artículo, se propuso dar una lección a su impulsiva autora, al menos, ése fue su pensamiento, quizá no queriéndose confesar que lo que le pasaba era que sentía unas ganas locas de volver a verla, de tener con ella una conversación en un terreno distinto a aquél en que el azar los había hecho conocerse.

Ahora Branden no era ya un hombre indigente, acobardado, medio vencido por la vida. Pese a todos los peligros —quizá precisamente por esos peligros— sentíase otro: un hombre audaz que si no temía a la muerte que le estaba acechando menos temería enfrentarse a aquella belleza rubia que le había medio fascinado desde el primer momento. El simple pensamiento de volver a verla le causaba una alegría ingenua, casi infantil, juguetona y sin trascendencia.

Repitiendo inconscientemente las notas de «El Danubio azul» oídas silbar al desconocido que le había salvado la vida, cruzó la calzada, iba despreocupado, como si cuanto le hubiera ocurrido aquel día no tuviera otra razón de ser que la de que conociera a tan angelical criatura. No obstante esta disposición de ánimo, no olvidó el poner sobre aviso al señor Spark acerca de la traición de su secretaria. Pasó a una cabina telefónica y se puso en comunicación con él, encontrándolo a través del hilo mucho más alterado que hacia unas horas, cuando Herrman Ley y sus secuaces les perseguían con su automóvil.

—Me lo temía, sí, me lo temía, pero no me atrevía a creerlo. ¿Quién iba a pensar que tuviera alma de Judas una muchacha tan hermosa como ella?

—Pues la tiene, si señor. Yo lo he podido comprobar no hace mucho y usted guárdese de ella muy bien, pues le puede ocurrir otro tanto.

—Es inútil, Branden. Me han sentenciado y la sentencia se

cumplirá. Es inútil que me esconda, que huya. Ese Herrman es un verdadero demonio. Me buscará, me encontrará y el final no puede ser otro que la muerte.

—Llame a la Policía, pida ayuda.

—¿La Policía? ¡Imposible! Ella menos que nadie pueden meter sus sucias narices en este asunto.

—Usted me aseguró que el asunto para el que me comprometía no era inmoral ni estaba penado por la ley.

—Escuche, amigo. Su asunto no tiene que ver nada con el mío. Herrman, al saber que iba a San Francisco —ahora podemos suponernos cómo— se ha equipado. Teme seguramente que sea un agente mío para desenmascararle y por eso intenta quitarle de en medio, como a mí. Tal vez si consiguiese usted llegar a San Francisco, lo suyo se arregle cuando descubra que su misión es otra.

La voz del señor Spark dejó de oírse, cortada súbitamente por él la comunicación telefónica. Branden colgó el aparato pensando que el pobre hombre estaba deshecho, y salió a la calle.

Empezaba a anochecer. Las nubes que durante el día habían cubierto el firmamento se desvanecían al fin, dejando paso libre a las primeras estrellas. Pero éstas no podían ser vistas por los habitantes de la ciudad que caminaban deslumbrados por sus luces, sus anuncios luminosos, los faros de sus automóviles. Branden sintióse de pronto navegando en el hechizo nocturno de Nueva York. La gran urbe ganaba en un cien por cien bajo los irisados colores. Dejó de pensar en el asunto Spark para dedicar su memoria exclusivamente al de Daphne Chatford. Tenía prisa por llegar, por contemplarla de nuevo, por envolverla en sus fingidos reproches, y bendecía en su interior la disculpa del artículo que le permitía acercarse a ella otra vez, cuando jamás había soñado volverla a encontrar. Tomó un «taxi» en la esquina de la Avenida Manhattan con la de la Cathedral, en las mismas verjas del parque Mornigside, y dio la dirección del Times en Columbus Circle. No tenía tiempo que perder, pues eran las siete y media de la noche y a las nueve salía el tren.

Llegado que fue a Columbus Circle saltó del automóvil sin esperar a que hiciera alto y se dirigió a paso de parada hacia el edificio del *Times*. Un portero galonado se interpuso entre él y el vestíbulo, preguntándole qué deseaba. Cuando Branden hubo

aclarado su propósito de ver a la señorita Daphne Chatford se encontró desagradablemente sorprendido por la respuesta recibida.

—El coche amarillo de una de las señoritas Chatford estaba parado ahí mismo, en esa acera de enfrente, hace escasamente cinco minutas; pero hace cinco minutos, Daphne C. Chatford y su cabellera rubia desaparecieron, supongo que hacia su casa.

—¿Dónde vive?

—Si va usted a la calle Cuarenta y Dos, al número cien, y pregunta por ella, tal vez le digan que vive en un tercero, departamento novecientos uno.

Ralph Branden puso un billete en la mano del portero y le dejó con la palabra en la boca.

—A la calle Cuarenta y Dos —dijo al chófer del «taxi», saltando a éste presuroso.

El automóvil arrancó a buena marcha Broadway abajo hacia Times Square, donde el conductor, como si hubiera caído en la cuenta súbitamente de algo preguntó si había dicho a la calle Cuarenta y Dos.

—Sí, eso he dicho. Calle Cuarenta y Dos.

—¿Qué número?

—El cien.

—Éste u Oeste.

En realidad, el portero no le había dado tantos detalles. Acabó por impacientarse.

—Vaya primero al Este; si no es allí, iremos al otro lado.

Daphne Chatford vivía efectivamente en el cien de la Forty-Second Este, departamento novecientos uno. El coche amarillo no estaba a la puerta, pero esto no le llamó la atención a Branden. Quizá la joven, aunque pensase salir más tarde, lo había encerrado en el garaje. Tomó uno de los ascensores del magnífico edificio propiedad de la «Cremon Company», según rezaba una placa de latón en la fachada, y dos minutos después pulsaba el timbre de la puerta correspondiente.

—¿La señorita Chatford? —preguntó a la doncella que salió a abrirle.

—¿Quién de ellas?

—La redactora del *Times*.

—No me ha entendido, señor. Le pregunto por el nombre de pila

de la señorita Chatford, pues hay dos, y, las dos escriben para el *Times*.

—Muchachas inteligentes, ¿no?

—En secreto, señor —dijo la maritornes bajando la voz—, no son tontas, que digamos, pero resulta que su padre es el dueño del periódico.

—¡Ah!

Eso fue cuanto se le ocurrió a Branden decir. Pero en tal exclamación, todo un mundo psíquico se había derrumbado dentro de él. Los castillos de su fantasía se habían venido al suelo estrepitosamente. ¡Ahí era nada! ¡La hija del propietario de uno de los mejores diarios neoyorkinos...! ¡Riquísima, inteligente, tal vez caprichosa...! y él un pobre diablo sin más fortuna que ocho mil dólares en un cheque y un empleo del que quizá no llegaría a tomar posesión, porque el hilo de su vida se cortaría antes.

—¿Le pasa algo al señor?

Esta nueva pregunta de la doncella le devolvió a la realidad. Percibió que se estaba conduciendo extrañamente ante aquella mujer y dijo con cierto titubeo:

—No, no; gracias... No me pasa nada... La señorita a quién deseo ver se llama Daphne... —Y recordando de pronto que el portero del *Times* había agregado— una enigmática C., prosiguió: —Daphne C. Chatford.

—Da la casualidad, señor, que las dos se llaman así. Sólo que una es Daphne Carlota y la otra Daphne Cleo. ¿A quién de las dos le anuncio?

Branden tuvo una idea. Estaba perdiendo la paciencia y no sabía ni cómo salir ya de aquel intrincado asunto que a primera vista parecía tan sencillo.

—Mire; se trata de la Daphne que ha escrito este artículo.

—Acabáramos; haber empezado por ahí. ¿Cómo me ha dicho que se llama el señor?

—Mi nombre no viene al caso. Por él no me conoce.

La criada cogió el sombrero y el impermeable de Ralph y le introdujo en un lujoso y amplio vestíbulo, donde le rogó que esperara. Al cabo de unos segundos volvió diciéndole con cierta ironía que la señorita Daphne Cleo Chatford aguardaba. Le condujo a través de un largo pasillo. El corazón de Branden palpitaba como

el de un colegial. A medida que se acercaba a la angelical rubia, su valor le iba abandonando. Parte de culpa, tenía el descubrimiento que de su personalidad acababa de hacer. Sí se hubiera tratado de una simple periodista, como en principio había creído, aquel paso le hubiera resultado mucho más sencillo. Pero tratándose de la hija del dueño del periódico, el asunto cambiaba de aspecto. No podía ni quería que ella adivinara que el artículo del *Times* no había sido más que una disculpa para verla. Debía atacar, y atacaría. Pese a no pronunciar nombres, la diría que en buena moral aquello era una difamación...

La doncella batía sobre una puerta. Una voz fina, agradable, autorizó el paso. La sirvienta se hizo a un lado. Branden avanzó hasta el centro de la estancia; pero se quedó cortado. ¡La joven que venía hacia él sonriente, con un cigarrillo en la mano y en los ojos una mirada interrogante, no era la que ocupaba el coche amarillo, la propietaria de las pupilas azules y el cabello áureo!

V



ALPH Branden se encontró parado ante la joven sin saber qué decir. Desconfiado como le había hecho el día de asechanzas y de peligros que estaba viviendo, lo primero que se le ocurrió pensar fue que había caído en una nueva celada preparada cuidadosamente por los que querían perderle. ¿Quién sabía con los medios que contaba el tal Herrman Ley? Cuando la muchacha avanzó a su encuentro, Branden, instintivamente, retrocedió poniéndose en guardia. Pero la voz bien timbrada de Daphne Cleo Chatford o comoquiera que en realidad se llamara, le animó a tomar asiento.

—Pase y siéntese, por favor. ¿Qué desea de mí?

—Yo... —tartamudeó Branden algo desconcertado—. Venía por lo del artículo del *Times*.

Y blandía en su mano derecha el periódico en cuestión sin decidirse aún a hacer caso de la invitación de la joven para que se sentara. Ésta sonrió y volvió a insistir en su deseo de que lo hiciera.

—Le aguardaba, créame —prosiguió después de una brevísima pausa—, y me he llevado un desengaño enorme. Esperaba a un joven moralmente deshecho, harapiento, sin afeitar, con el cabello largo y resulta que es usted poco menos que un «*dandy*».

Branden se iba tranquilizando. Había comprendido por fin que éste era otro asunto distinto al que tantos sinsabores le estaba costando.

—¿Qué quiere usted decir?

—No me gusta andar con rodeos, señor mío, y le explicaré en pocas palabras mi pensamiento. Mientras me dirigía a usted estaba diciéndome a mí misma que voy a tener que elevar la cantidad que le tenía reservada para el caso de que usted viniera a pedir explicaciones.

—Es que vengo a pedir las y no me iré sin ellas. Aquí, en su artículo sensacionalista, poco noble, se me presenta como un vulgar suicida a sabiendas de que yo no era tal. Fue un accidente provocado. Si quería dar algo interesante, ¿por qué no recogió este lado de la información el único verdadero que existía?

—A mi periódico no le convenía eso. Por otra parte...

—Por otra parte, usted miente descaradamente, pues ni siquiera fue su coche ni usted quienes estuvieron a punto de atropellarme.

—El *Times* dice sencillamente: «nuestra colaboradora Daphne Chatford». Yo firmo el artículo, pero el coche iba conducido por mi hermana, que se llama igual que yo... Ella no quiso hacerlo por un resto de pundonor; pero yo no suelo pararme en esas nimiedades. Además, puesto usted a levantar polvareda, yo me agarraría enseguida a que ni el artículo ni la noticia del *Times* se refiere a usted. Se de más de cuatro que estarían dispuestos a reconocerse autores materiales de ese intento de suicidio, que a usted tanto le asusta, por sólo la mitad de lo que le ofrezco.

—Mire usted, señorita Chatford, a esas palabras sólo puedo decirle que hay algo dentro del hombre que usted parece ignorar y que se llama «dignidad». Esa pequeñez, como usted la llama, es la que me obliga a darle la respuesta que se merece: volverle la espalda con asco. Y en cuanto a su hermana de usted, díjala,

simplemente, que podía haber puesto su firma al pie del artículo, al lado de la suya. Ella es la verdadera autora de esa mentira. ¿No era mucho más sencillo haber creído bajo mi simple palabra que yo no me arrojé al paso de su coche, sino que me empujaron?

—Sepa usted que ella le creyó. Fui yo, ya se lo he dicho, la que inventé todo esto del suicidio para dar sensacionalidad a mi artículo con miras a la campaña política que se acerca. ¿Por qué ha de echarle la culpa a ella? ¿Es que tanto le ha desilusionado? ¿Acaso...? ¡Pero demonio...!

¡Si este hombre está «colado» por mi hermana! ¡Qué divertido! ¿Eh? ¡Oiga! No se vaya. La llamaré. Está en casa preparando las maletas... Si no habla con ella hoy, difícilmente podrá hacerlo nunca... Se va lejos de Nueva York.

Ralph Branden, perseguido por la irónica voz de Daphne, salió al pasillo y se dirigió al vestíbulo a grandes trancos. Sentíase avergonzado de que aquélla hubiera descubierto sus más recónditos sentimientos. Avergonzado y, además, corrido. Tomó el impermeable y el sombrero que no llegó a ponerse, y bajó las escaleras sin esperar el ascensor. Huía de aquella casa como del infierno, dándose cuenta de que en ella se quedaba una buena dosis de lo mejor que en él existía, pese al remolino de sentimientos contrarios en que naufragaba.

—A la calle Catorce, por favor, esquina a la Octava Avenida.

El «taxi» se puso en marcha. Por la Quinta Avenida desembocaron en Warth Square, bordeando el Madison Square Park, y desde aquí, en línea recta, llegaron a la calle Catorce. Una vez en ésta, torcieron a la derecha, y algunos minutos después, estaban ante la pensión de Branden.

—Espéreme.

Ralph estaba de un humor de perros. De buena gana hubiera empezado a puñetazos consigo mismo. La irónica voz de Daphne Cleo Chatford zumbaba aún en sus oídos y se le adentraba en el corazón como una puñalada. Asimismo, la rubia cabellera de su hermana acudía a su memoria como una obsesión. Cuanto más se esforzaba por no acordarse de ella, más nítida y punzante se le aparecía.

Aquellos ojos azules, aquella boca roja, aquellos dientes blancos como cuentas de un valioso collar, aquellos sus movimientos de

reina ofendida, su alto seno palpitante, su naricilla ligeramente respingona, sus piernas magníficamente torneadas, su talle fino, de palmera, donde la curva de las caderas se perfilaba bajo el modesto vestido mañanero con que la había conocido...

Los nervios de Branden —sus nervios de hierro que apenas se alteraban en los mayores peligros— estaban entonces a punto de saltar. Lo que no había conseguido Herrman Ley ni su pandilla de asesinos, lo iba a conseguir la periodista rubia de los ojos celestes...

Prendió un cigarrillo en el ascensor con mano insegura, y ya en el pasillo que había de conducirle al departamento en que estaba situada la pensión, lo arrojó al suelo con rabia, sin haber dado de él más de dos chupadas. Una vez en su cuarto, un simple hecho le obligó a perder el control de sí mismo.

Se había comprado ropa, zapatos, sombrero, corbatas; pero se había olvidado lo esencial para quien tiene que emprender un viaje de más de tres días: se había olvidado de reponer la vieja maleta, dejada en su antiguo hospedaje. Maldijo entre dientes los acontecimientos, la hora en que se le había ocurrido meterse en aquel berenjenal y llamó a gritos a la patrona, asomándose al pasillo. Ésta le solucionó el conflicto vendiéndole, a bajo precio, una de aquellas que los clientes morosos solían dejarla en pago de su alquiler insatisfecho.

Eran cerca de las ocho y media cuando Branden, ayudado por su patrona, se dispuso a preparar su equipaje. Como no era nada enredoso, lo acabó enseguida, y, sin sentarse siquiera tomó unos «sándwiches» de los que la mujer le había preparado para llevar. Descorchó una botella de jerez, tomó algunos sorbos, y a menos veinte estaba de nuevo ordenando al taxista que le llevara a la estación Gran Central.

—Pero vaya por la avenida del Parque —añadió.

Para llegar a ésta tenían que subir primero por la Fourth (Cuarta). En la unión de ambas, en la misma calle Treinta y Tres, se abre un túnel, que desemboca en la Cuarenta. En la esquina de la izquierda habitaba el señor Spark, y Branden sintió de pronto, ante el imponente edificio de setenta pisos, deseos de despedirse de él, de recibir algunas últimas instrucciones; de ver, en fin, en el estado que se encontraba. Mandó al taxista que se detuviera y saltó a la acera, animadísima a aquellas horas de la noche. Hacerlo y pensar

que no le quedaba, tiempo material de subir y bajar antes de las nueve todo fue uno; pero levantó su mirada hacia las ventanas iluminadas, empezando, a contar mentalmente... De súbito, sus ojos se desorbitaron. La lechosa pupila de una de ellas, correspondiente al piso cuarenta, se oscureció momentáneamente, y algo así como un muñeco trágico salió despedido al espacio.

El corazón de Branden dio un vuelco. No había podido ver aquello más que durante una fracción de segundo, y enseguida comprendió de lo que se trataba. Lo fue siguiendo, fascinado, en su descenso, y durante muchos días había de escuchar en su cerebro el golpetazo quejumbroso de aquel cuerpo humano al estrellarse contra el pavimento.

Huesos rotos, carne magullada, gritos de histeria de algunos transeúntes, sobre los que no cayó aquella cosa horrible por verdadero milagro; salpicaduras de sangre marcando en el suelo una estrella de infinitas puntas, como, en mala comparación, la que formaría una botella de champaña rota contra el casco de un barco al que se acabara de bautizar... Y la gente que se arremolina, los automóviles que se paran, los guardias que se acercan, registran al muerto, dan con su documentación, pronuncian un nombre en voz baja, y nadie sabe cómo, un fino oído lo recoge, lo esparce entre sus vecinos, y el rumor, el comentario, cunde. Alguien, que por sus negocios conocía al difunto, dice:

—Es el señor Spark, el director-gerente y propietario de la Agencia de Colocación Spark.

—¿Se habrá suicidado?

Ralph Branden sabía que no. Un grito de terror estuvo a punto de salir de su garganta. Hasta aquel momento, con haber estado tan perseguido, con haber visto la muerte tan de cerca, no había sentido miedo a morir. Pero entonces, ante el cuerpo deshecho, irreconocible, la parca se le antojó descarnada y fría, terrible para su juventud, sus ilusiones y su imposible y recién nacido amor.

A duras penas, con un enorme esfuerzo de voluntad, pudo alejarse de allí, separar su vista de la escena fascinante. Llegó tambaleándose al automóvil. El taxista, que había acudido a su lado, le siguió de regreso al coche, mirándole intrigado. No comprendía nada de cuánto le estaba ocurriendo a aquel extraño viaje, no se explicaba su extrema palidez. Sin esperar órdenes, que

tal vez no hubiera recibido, metió el pie en el acelerador y condujo en silencio, con mano insegura, a través del tráfico urbano, en dirección a la estación Gran Central, de la que los separaba apenas un par de manzanas.

Pero antes de arrancar, Branden había descubierto algo que le hizo escalofriarse: el monstruoso Herrman Ley estaba allí, entre el grupo de curiosos, sonriente en medio de la tragedia, ufano por el desenlace del drama. Y de pronto, su sonrisa se borró, cruzó sus ojos un relámpago de ira concentrada, mientras se ponía en camino hacia un coche que le esperaba en la esquina contraria a la en que el muerto yacía. Branden había sido descubierto; otra vez estaba sobre su pista. Y Branden se preguntó si acabaría tan trágicamente como el hombre menudo, destrozado sobre el pavimento de la avenida del Parque.

Claro que el que Herrman Ley hubiera aparecido allí y lo siguiera de nuevo, no le preocuparía en gran manera a no ser por el choque brutal recibido con la horrible muerte del señor Spark. Ralph Branden sabía que su enemigo no había de cejar y estaba convencido de que en el tren le esperaban días de acoso, horas de angustia, de peligro que tal vez no consiguiera superar, pese a su valor. Mas entonces, viendo que sus pronósticos se cumplían, se preguntó si no hubiera sido mucho mejor esperar a otro tren, puesto que ellos sabían, que viajaría en aquél, o buscar, en todo caso, un medio de locomoción más seguro.

Branden era un hombre de palabra y, aunque le costara la vida, cumpliría la que había empeñado al difunto señor Spark. Embarcaría en aquel tren, en el departamento a él reservado, aunque todos los secuaces de Herrman se volcaran sobre él. Confiaba en que podría burlarles, llegar sano y salvo a San Francisco.

Pero el viaje era largo. Tres días y medio tardan los grandes «pullmans» en hacer ese recorrido. Y tres días y medio son muchas horas para el hombre acorralado. El espacio de un tren es pequeño para moverse, para esquivar la vigilancia de unos hombres a quienes sabía decididos a aprovechar la primera favorable coyuntura para quitarle de en medio. Y en su caso no había de tratarse de todo el tren, sino, simplemente, de su compartimiento, donde se vería obligado a encerrarse, a no salir de él más que lo

estrictamente necesario.

Al llegar a la estación se deslizó del «taxi», abonó el importe de su recorrido, encargó a un mozo que llevara su maleta a su departamento y se escurrió, por fin, entre la muchedumbre de coches y de viajeros, en dirección al restaurante, donde encargó viandas en abundancia: fiambres, galletas y vinos. No confiaba en nadie y estaba decidido a pasar encerrado en su cabina las ochenta y cuatro largas horas qué le separaban de su punto de destino.

Desde el restaurante vio llegar el nuevo automóvil de Herrman Ley, un magnífico «Oldsmobile», último modelo. Al parecer, no había sorprendido su maniobra, puesto que, tras cambiar unas palabras con el conductor, dirigióse, presuroso, hacia una de las puertas de entrada a los andenes. Branden le siguió; por primera vez en todo el día espiaba en lugar de ser espiado. Uno de los colosales vagones de cabeza fue en el que subió el hombre del cuello de toro; el segundo exactamente. Y en el tercero tenía Branden su reserva. Hacia aquí se dirigió, y cuando iba a llegar a la puertecilla de acceso correspondiente, se topó de manos a boca, con el mozo que había llevado su equipaje.

—Su reserva estaba equivocada, señor —dijo simplemente.

Por todo comentario, Ralph Branden sacó un billete y lo colocó en la mano del mozo, mirando al mismo tiempo, interrogadoramente, al empleado del vagón.

—Sígame, señor; le llevaré a su nuevo compartimiento, y espero que le guste.

—¿Qué ha pasado?

El empleado se encogió de hombros.

—Lo ignoro, señor.

Aquello del trueque de departamentos no le dio muy buena espina a Branden, pero faltaban unos segundos para la salida del tren y no era cosa de andar con reclamaciones. Se conformó y siguió en silencio al empleado. Durante el camino no vio nada ni nadie que le fuera sospechoso. Ya en su compartimiento, corrió el cerrojo y miró si la ventana encajaba bien; satisfecho, sentóse en la litera y empezó a ordenar las compras recién efectuadas. Conseguido esto, bajó la maleta de la red, la abrió y extrajo de ella una afilada navaja, debida a la amabilidad de la patrona, y que él no había rechazado, con vistas a servirse de ella como arma

defensiva u ofensiva.

Probaba su filo sobre una lámina de cartón, cuando se dio en el andén la señal de partida. El convoy se puso en movimiento, un movimiento perezoso de bestia que despierta. Branden, por precaución, ni se asomó a la ventanilla; pero, desde el lugar que ocupaba en la litera, vio desfilar durante algún tiempo la pared del túnel, y luego, al salir a la superficie y avanzar por el «elevado», los últimos edificios de los barrios extremos. Al fin dejaron atrás la ciudad. Sólo de cuando en cuando, un «chalet» o un grupo de árboles pasaban ante los ojos del joven.

Guardó la navaja y prendió un cigarrillo. No conseguía liberarse, por más esfuerzos que hacía, del recuerdo del hombre tendido en la Park Avenue. La botella que había descorchado cuando tomó los bocadillos en la pensión fue saludada a menudo en el espacio de cortos minutos, hasta sentir el efecto de la bebida en las propias venas. Sentíase abatido, pero no medroso. No obstante, su ánimo se encogía al representarse en la memoria la trágica escena de la muerte del señor Spark.

Los asesinos habían sabido hacer las cosas. Nadie pensaría en un atentado, sino en un suicidio o en un accidente, y ellos podrían dejar impunemente Nueva York, siempre a la expectativa de suprimirle a él con el mismo método.

Empezaba a antojársele imposible la escapatoria.

Por mucho que hiciera por mantenerse encerrado, en cualquier momento podían sorprenderle sus enemigos, haciéndose pasar por el revisor, por cualquier empleado del tren, por la misma Policía de servicio en él. Aparte de a Herrman Ley, ¿conocía por ventura a alguno de sus posibles perseguidores?

Este pensamiento, en lugar de enervarle, le galvanizó. Era joven; no podía ni debía mostrarse por bajo de las circunstancias. Todas las probabilidades de salir con bien estaban a merced de su fuerza, de su voluntad de vencer, de la disciplina con que tratara a su espíritu que empezaba a vacilar.

Pero tampoco había que pasarse de la raya.

Ser temerario en aquellos momentos equivaldría a sentenciarse él mismo. Lo mejor era mantenerse sereno, en espera de los acontecimientos, que, sin duda, no tardarían en producirse. ¡Si al menos supiera cuándo, cómo y dónde! Mas Branden no estaba en

disposición de leer el porvenir.

Las reflexiones de Branden quedaron rotas de improviso al escuchar delante de su puerta las notas aquellas del vals de Strauss que había oído anteriormente interpretar al joven enigmático del bigote. Abrió con precaución y echó una ojeada al pasillo. Ni una cara conocida. Sólo unos cuantos fumadores de ambos sexos, acodados en las ventanas, miraban alejarse las luces de la ciudad con añoranza y sentimiento.

Con un suspiro de desilusión, el joven volvió a cerrar la puerta. Todo debía de haber sido una mera coincidencia, tal vez una fantasía de su mente. Prendió otro cigarrillo. Bajo sus pies, como un corazón, palpitaba el mecanismo del tren. Y de nuevo, las notas de «El Danubio» se dejaron oír, medio sofocadas por los demás ruidos. Se esforzó en localizar de dónde provenían; pero tan pronto le parecían que de la izquierda como de la derecha, y a veces, del propio espacio.

Incapaz de resistir la incertidumbre ni la curiosidad, se asomó a la ventanilla de su departamento. La correspondiente a su vecino de la izquierda estaba completamente a oscuras; la de la derecha, por el contrario, iluminaba huidizamente un rectángulo de suelo pedregoso. Y la siguiente, a la primera también, estaba iluminada. Una sombra de mujer se silueta como en una pantalla mágica contra el terraplén cortado a talud, por entre el cual avanzaba entonces el convoy, teniendo por fondo la corriente del Hudson, y en la lejanía, las montañas difuminadas. Y los silbidos, las notas de «El Danubio azul» seguían escuchándose. De pronto, cesaron y la ventana de la derecha se apagó. En el pasillo se había oído una voz anunciando a los viajeros el primer turno para la cena.

Ralph Branden apuró su cigarrillo. Por el corredor se oían avanzar, charlando y riendo, a los viajeros que iban en busca del comedor. Esto durante unos momentos. Luego el silencio se hizo en aquella parte del tren en que estaban situados los coches-camas. Un silencio sofocante, que llegó a imponer al joven. Temía que fuera aquél el instante que sus perseguidores aprovecharan para caer sobre él en la mayor impunidad.

Dispuesto a todo, aprestó su navaja y se tendió en la litera vestido, atento a los menores sonidos procedentes del vagón en que viajaba. Por algún tiempo, el silencio continuó. Súbitamente fue

roto por unos pasos decididos que vinieron a pararse en el departamento de al lado del suyo, aquél en que no había luz. Branden afinó el oído. Unos golpecitos en la puerta y la voz de un camarero pidiendo permiso para entrar la cena. Nadie le respondió, pero Branden alcanzó a percibir el movimiento característico de una persona, un carraspeo y el corrimiento del pestillo, intrigado, volvió el joven a asomarse a la ventana. El departamento en cuestión seguía sumido en las tinieblas. En cambio, el de la mujer continuaba iluminado y su silueta juvenil se reflejaba en el suelo, ahora cepillándose graciosamente el largo cabello. Sin duda se preparaba para acostarse.

Iba Branden a retirarse de su observatorio, cuando la luz del departamento de la joven se apagó y ésta fue a acodarse en la penumbra sobre el marco de la ventana. En una pronunciada curva, al dar de plano la luna en el rostro de la muchacha, Branden creyó reconocerla; pero era tan insospechado el acontecimiento, que no se atrevió a creer que fuera realidad, diciéndose a sí mismo que no podía por menos de haber sufrido una alucinación. Tenía tan medida en su mente y en su corazón la fisonomía de Daphne Carlota Chatford que, sin duda, sus ojos se le habían representado bajo la poética claridad lunar.

Cerró los ojos, y cuando los abrió, ya no vio a nadie. El tren avanzaba otra vez en línea recta y la luna había dejado de caer de lleno sobre la ventanilla, sumiéndola en la sombra del propio vagón. Unos segundos más con los ojos fijos en aquel sitio queriendo cerciorarse de la realidad o la fantasía de sus impresiones, y al cabo se decidió a salir de dudas. Sí, fuera quien fuere aquella señorita, iría a llamar a su compartimiento. Si se había equivocado pondría una disculpa cualquiera, y asunto concluido.

Ante esta nueva disposición de ánimo, Branden olvidó cuántos peligros le acechaban. La necesidad de saber si aquella joven era o no la periodista rubia de los ojos azules había vencido al instinto de conservación. Sin la más elemental cautela abrió su puerta, salió al pasillo y se enfrentó de dos zancadas con la de aquel departamento. Antes de levantar el brazo para llamar miró inconscientemente el número que campeaba en él y su asombro no conoció límites. ¡Se trataba precisamente del que le habían quitado a él!

Sin querer explicarse la razón de tal cambio de compartimientos se dispuso a poner en práctica sus intenciones; pero se vio obligado a quedar la mano suspendida. Dentro había escuchado como un ahogado gemido, un arrastrar de pies y ruido sofocado de lucha.

La caballerosidad de su espíritu se impuso. Empuñó fuertemente las cachas de su navaja, y sin pararse a recapacitar, descargó un fuerte golpe con su hombro contra la puerta. Ésta cedió violentamente, haciendo retroceder hacia el centro del compartimiento algo o alguien que estaba detrás de ella.

Branden se encontró en plena oscuridad y unos brazos intentaron atenazar su cuello, después de haberle golpeado la mano en que mantenía abierta la navaja, la que cayó al suelo. Tan fuerte olor a cloroformo llegó hasta él, al mismo tiempo que su rostro quedaba iluminado por el haz de luz de una linterna. Lo mismo ocurrió a su contrincante, que forcejeaba ahora para desasirse de una terrible llave, con la que el joven le había inmovilizado.

Temiendo que el de la linterna pudiera hacer uso de cualquier arma, Branden agarró por los flancos al individuo que se había arrojado a su cuello, cuando ya estaba a punto de caer exánime; lo levantó como un pelele y lo mandó a estrellarse contra su compinche. La linterna cayó al suelo y el que la tenía se tambaleó al recibir el impacto; pero enseguida se repuso. Por el contrario, el que había viajado por los aires quedó tendido, en trágica posición, entre la litera y la pared de junto a la ventanilla.

Branden cogió del suelo la linterna y enfocó a su contrincante, con el tiempo justo para percatarse de que éste intentaba sacar un arma de las pistoleras de sobaco. El joven se lo impidió lanzándose a sus piernas y haciéndole caer hacia atrás, contra el marco de la ventanilla. A punto estuvo de arrojarle por ella; pero el individuo se repuso y golpeó frenéticamente, con su propio mentón, el cráneo de Branden. El dolor de éste fue terrible. Exhaló un gemido y se llevó las manos a la cabeza. El otro aprovechó la oportunidad para darle un fuerte patadón en pleno tórax, obligándole a medir con su cuerpo la estrecha franja de alfombra.

La linterna seguía aún encendida en sus manos, y en vista de que su enemigo intentaba de nuevo sacar su pistola, se la arrojó a la cara, alcanzándole de lleno. Un grito ahogado, pero horrible, se escapó de su garganta. Su mirada asesina quería taladrar la

oscuridad para localizar a su contrario; pero no se atrevía a moverse por miedo a delatarse. Tenía ya medio sacada de su pistolera una de sus armas, cuando se sintió volteado sin saber cómo. Branden, tras lanzarle al rostro la linterna, había tirado fuertemente de la alfombra y esto era lo que al otro le había levantado en vilo, haciéndole besar el suelo una vez más.

Los dos contendientes se enzarzaron de nuevo a brazo partido. Branden consiguió apoderarse de una de las pistolas del otro y le golpeó con ella en la cabeza. Su contrario lanzó un bufido, pero logró agarrarle la mano y retorcérsela hasta que la pistola se le escapó.

Y fue precisamente entonces cuando ocurrió algo maravilloso: la luz se hizo y una voz femenina conminó a los que luchaban para que se pusieran en pie, con las manos en alto.

Branden volvió la vista deslumbrado y aún más deslumbrado quedó ante la aparición que tenía ante sí. Daphne Carlota Chatford, recostada contra la puerta de su departamento, los amenazaba decidida con una pequeña «*browning*».

VI



MBOS enemigos se levantaron. Sus rostros sangraban por varios puntos y sus trajes estaban rotos por más de dos costuras. El que había salido peor parado no era Branden. El otro se mantenía en pie merced a grandes esfuerzos, alentando como un fuelle, mientras Branden, aunque cansado, sentíase aún con ánimos para pelear, hasta vencerle totalmente. Pero no se podía seguir. La joven hablaba, exponiendo su intención de entregarlos a la Policía.

Al parecer no se había dado cuenta de que uno de aquellos dos hombres estaba allí porque había venido en su ayuda. Branden sonrió. Pese a la serenidad de que la joven quería hacer gala; estaba totalmente asustada. De ahí que no hubiera sabido analizar la situación.

Estaba Branden decidiéndose a exponer su criterio de que lo

mejor era que le dejara a él concluir aquel asunto a su manera, pero no le fue posible pronunciar palabra alguna en ese sentido. La puerta se había abierto violentamente echando contra él el cuerpo de la joven, al que estrechó entre sus brazos casi inconscientemente. Ni él tuvo tiempo de darse cuenta de lo que hacía, ni ella de protestar. Bajo el dintel había aparecido el rostro cuadrado, el pequeño y robusto cuerpo de Herrman Ley. En su mano derecha brillaba el frío acero de uno de sus famosos puñales.

—¡Quietos! —Ladró más que dijo.

Su voz de bajo profundo encogió el ánimo de la joven, la cual acabó de acoquinarse. Branden, por el contrario, pareció ganar en sangre fría al percibir la debilidad que se iba apoderando del agraciado cuerpo de Daphne.

—¡Hombre! ¡Mira qué bien! —dijo, con sutil ironía—. Las escenas se repiten.

Trataba de ganar tiempo, y, con el tiempo, la posibilidad de que Herrman Ley se distrajera. Pero no había aún cerrado éste la puerta tras sí y acabado de pronunciar Branden sus palabras, cuando, efectivamente, la escena de la tarde en casa de Linda se repitió, aunque esta vez sin personaje enmascarado. El joven del bigotito había aparecido también bajo el dintel, obstruyéndole casi por completo con su cuerpo de atleta, e hincaba su pistola en los riñones de la bola de sebo.

—¡Basta de bromas, amigo! Deje caer ese puñal y no se vuelva si no quiere morir.

Decididamente, aquel joven era el ángel tutelar de Ralph Branden. Éste lo comprendió así y no esperó a que el otro le indicara lo que tenía que hacer. Sabía que el del cuello de toro disponía de dos puñales y que sólo estaba desarmado de uno. Había, pues, que quitarle el que le quedaba antes de que pusiera en práctica cualquiera de sus trucos.

Mientras el de la pistola cerraba la puerta lentamente a sus espaldas, Branden dio dos pasos en dirección a Herrman Ley. Pero el pistolero que tenía detrás aprovechó la oportunidad para zancadillearle, haciéndole perder el equilibrio y caer contra aquél, con el consiguiente trastabilleo de todos, incluso del recién llegado. La confusión momentánea, causada por aquélla, zancadilla, fue trágica para el mismo que la había puesto en práctica, ya que

Branden logró reaccionar antes de lo que hubiera sido de suponer y cayó con redobladas energías contra su enemigo.

Fue tal la rabia, el coraje empleado por Branden en aquella pelea, que ni él mismo hubiera sabido explicar de dónde provenían. Sin embargo, era muy posible que no tuvieran otra razón de ser que la de haber visto que las manos del pistolero se posaban sobre el cuerpo de la rubia Daphne, para resguardarse tras ella. Ciego de ira, le atenazó la garganta y, sin pensar en lo que estaba haciendo, golpeóle la cabeza contra el marco de la ventana, hasta sentir que el cuerpo del «gángster» quedaba exánime entre sus manos.

La joven había mirado fascinada la escena; pero se le antojó tan brutal, que sus sentidos se nublaron. Con un supremo esfuerzo logró reponerse, para agradecer con una sonrisa la hazaña de Branden. Empezaba a comprender que aquel joven robusto, si estaba en su departamento, se debía precisamente a haber venido en su ayuda. E igualmente debía de suceder —se dijo— con el último aparecido allí, aquel que ahora se había enzarzado a puñetazos con el hombre del puñal.

De lo que había sucedido anteriormente no sabía explicarse nada, puesto que acababa de acostarse, cuando sintió que unos brazos le atenazaban en la oscuridad y que alguien intentaba cloroformizarla. Apenas había tenido tiempo de lanzar un ahogado grito de terror y ya su mente se había nublado para despertar poco después y encontrarse con toda aquella barahúnda. Ahora parecía verlo todo más claro y su miedo había descendido considerablemente. Por eso, mientras el joven del bigotito zurraba bien a su contrario, ella atrajo hacia su litera al medio exhausto Branden y, sacando fuerzas de flaqueza, se dispuso a quitarle los churretones de sangre del rostro. Ralph se negó en principio, queriendo acudir en ayuda del otro, pero éste le animó a que se sentara.

—Ya ha hecho usted bastante, muchacho; ahora me toca a mí. Todos tenemos derecho a divertirnos un poco.

Las manos de seda de la joven habían extraído mientras tanto del «neceser» un frasco de fragante colonia y aplicaba a él su pañuelo de encajes. Cuando estuvo bien empapado en el líquido, lo fue pasando cuidadosamente por las mejillas y la frente del joven. Éste miraba de cerca aquellos ojos azules, entre divertido y

fascinado. Porque todo aquello, sobre ser trágico en demasía, resultaba entonces regocijante. La paliza que el del bigotito estaba propinado al energúmeno de Herrman era de las que hacen época. Y a más de eso, cada vez que éste se reponía de un tremendo puñetazo e intentaba sacar su segundo puñal, Branden, sin necesidad de moverse de la litera en que recibía los cuidados de Daphne. Se amenazaba con la pistola, que había recogido del suelo, invitándole a seguir la lucha limpiamente.

La periodista, entre tanto, se preguntaba interiormente de qué conocía a este robusto y agraciado muchacho que tan inquisitorial y emocionadamente la miraba... siempre que el juego practicado con el hombre del cuello de toro se lo permitía. Su mente no trabajaba todavía con la debida claridad y, por más esfuerzos que hacía, no lograba acordarse. Branden observó el ensismamiento de la joven y comprendió de lo que se trataba.

—¿Qué, acaba por reconocerme o no?

Daphne Carlota Chatford inclinó la cabeza. El más delicioso rubor había teñido sus mejillas al sentirse adivinada en sus pensamientos. Fue algo así como si su cuerpo angelical se estuviera mostrando desnudo ante los ojos del joven. A Branden le impresionó este rubor muy agradablemente. No creía existiera muchacha moderna capaz de ruborizarse de tal modo por una pregunta tan simple.

—¿Está usted seguro de que yo le conozco de algo? —respondió ella con otra pregunta, ya repuesta del todo.

—Efectivamente. ¡Vaya si me conoce! ¿No se acuerda que ayer mañana estuvo a punto de aplastarme bajo su coche? Soy su suicida, señorita —acabó, con un leve tono acusatorio.

La joven quedose cortada; pero reaccionó enseguida.

—Ya me ha dicho mi hermana... —empezó a decir, más cambió de improviso—. ¿Tendré que pedirle perdón?

Daphne Chatford volvió a inclinar su cabeza rubia. Branden se decidió y la cogió una mano, que ella no retiró.

—No hace falta que se violente; la que tiene que perdonarme es usted a mí por mi poco tacto al hablarla.

Ella miróle de nuevo a los ojos y notó algo en ellos que la emocionó como jamás hubiera creído poderse emocionar. Branden se proponía añadir alguna otra palabra, pero el cuerpo de Herrman

Ley había retrocedido hasta la litera y había interrumpido su diálogo. El joven del bigotito se lanzó sobre él con ánimo de acabar cuanto antes; pero, con tan mala fortuna, que recibió una tremenda patada en el bajo vientre que le hizo encogerse sobre sí mismo, con terribles náuseas y el cerebro envuelto en tinieblas. Daphne Carlota Chatford, al verle tan malparado, sintió que su cerebro se oscurecía también y cerró los ojos.

Aprovechando la momentánea debilidad de su contrincante, Herrman Ley le embistió con su enorme cabezota, más el otro tuvo tiempo de esquivarle y el golpe se perdió en el vacío, gracias a que el del cuello de toro pudo frenar su ímpetu antes de estrellarse contra la puerta. Y entonces, en lugar de volverse para reanudar la lucha, lo que hizo fue tirar de aquélla y desaparecer en el pasillo mascullando terribles maldiciones.

Era hora, puesto que, de haber seguido un poco más, todo el mundo se hubiera percatado de ello, ya que en aquel momento los primeros grupos volvían del comedor. Branden se puso en pie, mientras el otro se presentaba a la joven como Ernest Harcombe, viajante de comercio, y se dispuso a cerrar la puerta, pero se vio obligado a entornarla simplemente, pues la cerradura aparecía violentada e inservible.

—¿Qué ha pasado aquí?

—Esa puerta estaba ya descerrajada cuando yo entré en este compartimiento —explicó la joven—. Pedí explicaciones al jefe del tren pero no podía hacer nada, porque faltaban pocos minutos para la salida.

Entonces tocó el turno de las presentaciones a Branden, el cual se ofreció encantado para cuánto deseara.

—Son ustedes muy amables. Yo me llamo Daphne Carlota Chatford, y les estoy muy agradecida. De no haber sido por ustedes, cualquiera sabe qué me hubiera sucedido. Esos energúmenos parecían dispuestos a raptarme, quizá a quitarme la vida. Esto debe de ser obra de mis enemigos políticos. Ahora precisamente me dirijo a San Francisco para iniciar la campaña periodística a favor de los conservadores. Mi hermano es el jefe de ellos, además de director den «Manchester», periódico de nuestra propiedad, como el «Times», de Nueva York. Va a presentar en las próximas elecciones su candidatura para gobernador y yo tengo que ayudarle a

conseguirlo. ¡Es horrible! Aún siento sobre mi cara el viscoso contacto de las manos de esos bandidos.

La joven había palidecido ante el recuerdo. Branden comprendió que era necesario sacarla de allí antes que la vista de los dos hombres tendidos en el suelo acabara por desmayarla.

—Esto no es escena para una señorita —dijo—. El número veintiuno es mi departamento. La acompañaré a él y usted se quedará allí mientras nosotros ponemos un poco de orden en el suyo.

Branden, todavía maltrecho, cogió a la muchacha del talle y la obligó suavemente a recostarse contra él y a caminar en dirección a su departamento. Una dulcedumbre innominada invadió su pecho. He allí un cuerpo adorable y adorado, tembloroso y desamparado como el de una gacela herida, que buscaba cobijo en su fuerza con entera confianza y abandono...

El pasillo estaba medio vacío. Apenas si llamó la atención el grupo formado por ambos jóvenes. Ya en la cabina de Branden, éste colocó a la muchacha en la litera y la dio a beber un sorbo de café de su termo y un pequeño buche de jerez de su botella.

—Cierre la puerta en cuanto yo haya salido y no abra usted a nadie por nada del mundo mientras nosotros no regresemos.

Ella asintió con una sonrisa fatigada, que iluminó su rostro de miel y de leche. Sus cabellos rubios circundábanle como una aureola de oro. Sus labios, temblorosos, significaban una fuerte tentación para el enamorado. Tuvo que hacer un esfuerzo para desprenderse de aquel influjo y comportarse como un caballero.

De regreso en el compartimiento de la joven, Branden notó que de los dos caídos sólo quedaba ya, uno en él. Harcombe señaló la ventanilla con un gesto demasiado claro.

—Es el mejor modo de hacerlos desaparecer sin que la Policía intervenga. Este terreno es demasiado abrupto y tardarán algún tiempo en hallarle. No sienta escrúpulos de conciencia, Branden, pues el que acabo de tirar estaba tan muerto como mi abuela. Éste es otra cosa; sólo está un poco contusionado. Aguardaremos a que el tren acorte la marcha y buscaremos un terreno algo más blando para dejarle caer; tenemos tiempo en toda la noche, que es lo que tardaremos en llegar a Chicago. Si vuelve en sí, lo amordazaremos, aunque creo que nos podremos desprender de él antes de llegar a

Albany.

Branden tomó asiento pensativo, mientras Harcombe se asomaba a la ventanilla. Después de unos segundos de silencio, el primero sacó un cigarrillo, se lo puso en los labios y ofreció al segundo, que vino a sentarse a su lado sobre la litera.

—Debo darle las gracias de nuevo —dijo al fin Branden—, y esta vez por haber tenido la precaución de cambiarme el departamento. La joven se equivocó al pensar que quienes la han atacado son enemigos suyos. La dejaremos seguir en esa creencia, pues no la gustaría mucho saber que usted es el culpable de su susto.

—¿Quién iba a suponer que esa preciosidad de criatura vendría a ocupar el departamento a usted reservado y que la gente de Herrman había preparado para que esta vez no pudieran fallar el golpe? De todas formas, cuando, segundos antes de llegar usted, la joven apareció en el coche-cama, armó tal revuelo con la dichosa cerradura, que yo creí de buena fe no existía peligro para ella, porque Herrman Ley se habría percatado de que su pájaro no estaba en aquella jaula.

—Pues esta vez se pasó usted de listo. Si al final no aparecemos nosotros, ¿qué habría ocurrido con la chica?

—Mire, no gaste su masa encefálica pensando sobre lo que la hubiera ocurrido o la hubiera dejado de ocurrir. Realmente, las cosas no se miden por lo que pudieron ser, sino por lo que en realidad fueron. Mi abuela lo decía siempre. De cualquier manera, nada hubiera sucedido a nuestra bella periodista, aparte, claro está, del susto. Descubierta su error, Herrman Ley la hubiera pedido mil disculpas, y asunto concluido. Tiene demasiado hueso que roer para crearse nuevas dificultades.

—Pero usted no ignora que es demasiado radical para solucionar esas dificultades.

—¿Está pensando en el señor Spark? ¿Le ha impresionado mucho su muerte?

—Terriblemente. Por primera vez en mi vida he temblado ante ella; pero ¿cómo sabe usted que ha muerto?

—Coincidí por casualidad ante su puerta. Usted no me vio porque estaba demasiado alterado. No tuve más que echarle una ojeada y venirme para acá, a tiempo de descubrir el desaguisado, que le preparaban a usted.

Finalizado el cigarrillo, Ernest Harcombe se levantó y volvió a asomarse a la ventanilla.

—El paisaje ha cambiado; durante un poco de tiempo iremos entre montañas, pero aquí veo que el terreno es mucho más blando. Manos a la obra, amigo.

Con ciertos escrúpulos, Branden ayudó al otro a arrojar al individuo por la ventanilla.

—No se preocupe —dijo Harcombe—. Mi abuela siempre decía que las personas que están desmayadas caen suavemente. No le pasará nada. Ya verá usted cómo dentro de un par de semanas lo tenemos de nuevo en San Francisco haciendo de las suyas.

—Lo prefiero así.

El trabajo no había sido fácil. Ambos jóvenes se habían visto y deseado para hacer pasar el cuerpo del «gángster» por el hueco de la ventana. En el forcejeo, a Ernest Harcombe se le salió la cartera del bolsillo y cayó abierta sobre la alfombra. Branden alcanzó a ver un carnet y se inclinó para recogerle; pero la voz del otro le contuvo:

—Deje eso, Branden. Yo soy un amigo suyo circunstancial, me ha parecido que necesitaba ayuda y se la he prestado; más le prohíbo que toque ese carnet. Quizá sin querer, sus ojos vieran algo que no me interesa todavía que conozca.

Su tono fue duro. Ralph Branden le miró enfadado, cortado por aquella salida inesperada.

—¿Me cree incapaz de guardar un secreto?

—Soy desconfiado por naturaleza. El azar le ha puesto en mi camino y su conocimiento data de unas horas simplemente. Por ahora, pues, no puedo ser para usted otro que lo que soy para todo el mundo: un viajante de comercio. Y ya ve usted si le habré tomado aprecio, que he empleado por dos veces «todavía» y «por ahora». Tal vez llegue un momento, no tardando, en que le diré quién soy y lo que me propongo.

—Gracias, de todos modos —contestó Branden fríamente—; pero, si no soy digno de su confianza, mejor es que me deje salir a mi modo de mis dificultades. Me gusta muy poco que alguien intente sacarme las castañas del fuego.

—Olvida que de no ser por mí hace tiempo que estaría con los angelitos.

—Y usted olvida que en ningún momento solicité su ayuda. Llegados a este extremo, lo mejor para los dos será que, en adelante, cada cual siga su camino.

—De acuerdo; en el porvenir guárdese usted solo, que ya es mayorcito.

Ernest Harcombe salió, dando un portazo. Aquella discusión absurda había logrado sacarle de quicio. Branden, por su parte, prendió un nuevo cigarrillo para calmar sus nervios. Después, dejó el departamento y dirigióse al suyo. Ni un alma había en el corredor. Todo el mundo se hallaba ya acostado. Habían pasado Albany y el tren avanzaba hacia Siracusa.

Llegados ante la puerta, golpeó suavemente con los nudillos, y comoquiera que Daphne no le respondió, supuso que se había dormido y no quiso molestarla. Retrocedió, pues, se encerró en el que hasta el momento había ocupado la joven, puso una maleta contra la puerta, su pistola —la que había cogido al «gángster»— bajo la almohada y se tumbó vestido. Una hora más tarde, después de dar muchas vueltas, había conseguido conciliar el sueño; pero un sueño alterado y lleno de pesadillas, que fue roto cuando un jefe de estación gritó, bajo su ventana, que estaban en Cleveland, parada intermedia entre Nueva York y Chicago, a orillas ya del lago Erie, que venían bordeando desde Búfalo, la capital situada a pocas millas del río Niágara, el de las famosas cataratas.

VII



Entre sueños, Ralph Branden creyó oír que llamaban a su puerta. Saltó de la litera y se puso en guardia instintivamente. Un raudal de luz diurna le cegó, mientras la llamada se repetía.

—¿Quién es?

—Daphne.

El joven se apresuró a retirar la maleta que obstaculizaba la entrada y la periodista hizo su aparición bajo el dintel.

—Perdone que le haya despertado, pero estaba un poco intranquila.

—Creí más conveniente no molestarla anoche. Mas ahora va siendo tiempo de que vuelva usted a tomar posesión de su departamento. ¿Ha dormido bien?

—Mucho mejor de lo que yo esperaba. ¿Qué fue de aquellos dos

hombres?

Branden, sin contestar, miró a la ventana y la joven palideció.

—Sí, se fueron de viaje; pero créame usted que procuramos que uno de ellos, el que tuvo la suerte de no romperse el cuello, cayera en terreno blando y cuando el tren iba a menos velocidad. Supongo que no habrá salido muy mal parado del «accidente».

—¿El otro, estaba muerto?

—Así parece. No se preocupe más por ellos, Daphne, y eche un vistazo a este paisaje y a este sol. ¿No es verdad que ahora todo parece haber sido una pesadilla?

La joven no respondió. Se había asomado a la ventanilla y aspiraba con delicia el aire embalsamado.

—Fue usted muy valiente, Branden. Luchó contra dos y los venció. Le admiro profundamente.

—Esa admiración me compensa de todo. Ya sabe que me tiene a su disposición.

—¿Cree usted que volverán a atacarme?

Ralph Branden estuvo a punto de sincerarse con ella, de decirle la verdad, pero un resto de delicadeza hacia Ernest Harcombe le contuvo.

—Al menos creo que, en todo el día, nada tiene que temer. Todo empezará, de nuevo al anochecer, cuando vayamos acercándonos a San Luis, de Misuri... —Hizo una breve pausa y prosiguió—: ¿Piensa salir a desayunar al comedor?

—Le confieso que no había pensado en ello. Usted, ¿qué me aconseja?

Branden no esperaba pregunta tan directa; tragó saliva antes de contestar:

—Yo la aconsejaría, si no fuera demasiado atrevimiento, que lo hiciera; pero acompañada por mí...

Algo más le hubiera gustado añadir, algo muy dulce e íntimo, una de esas galanterías que a las mujeres les gusta escuchar; pero, de improviso, quedose en suspenso. Había oído acercarse el conocido silbido de Harcombe interpretando su eterno «Danubio», y le vio pasar ante la puerta, haciéndose el distraído. Daphne también lo había visto y se extrañó que no les hablara. Daphne Carlota Chatford se asomó y chistó a Ernest Harcombe cuando éste desembocaba ya en el final del pasillo de los coches-camas.

—¿Va usted hacia el comedor? Espere unos momentos. El señor Branden y yo vamos también para allá. Lo que tarde en cambiarme.

—Perdóneme, Daphne; yo no iré.

—¿Cómo? —se asombró la muchacha—. ¿Pero no decía...?

—Estoy pensando que no me conviene que me vean.

Daphne notó algo raro en aquel cambio súbito de Branden, pero no se atrevió a insistir, dejando solos a los dos jóvenes en el pasillo.

—Yo también pensaría lo mismo si tuviera su sesera, Branden; pero creo que durante todo el día no habrá peligro.

—¡Qué coincidencia! Eso mismo le decía yo hace poco a la señorita Chatford.

—¿Entonces...?

—Puede que no me guste desayunar en ciertas compañías.

Ernest Harcombe comprendió, pero no se dio por aludido.

—Pues la chica no está mal del todo —dijo, tomando a broma el enfado del otro—. Me parece que no voy a echarle de menos.

Branden, cada vez más enojado consigo mismo, volvió la espalda a su interlocutor y dirigióse hacia su departamento. Pero entrar en éste, cerrar la puerta y desear darse de bofetadas por lo que acababa de hacer, todo fue uno. Y ello se debió, simplemente, a que su cabina, impregnada del perfume de la joven, le obligó a recordarla con una añoranza rayana en la locura. Y locos eran sus pensamientos. Locos y desbocados como potros indómitos. Creyó tenerla ante sí con aquel vaporoso y elegante salto de cama, sentir el contacto de la piel de sus manos, incluso el suave roce de sus labios y se mesó los cabellos, airado.

¡Imbécil! —se dijo en voz alta—. Has perdido una gran oportunidad, oportunidad que tal vez otro aproveche. Ya has oído a Harcombe: «La chica no está mal... No voy a echarle de menos». Quizá a él le guste; ella es muy hermosa...

Una llamada en el número 20 le trajo a la realidad. La escena de la noche pasada se repitió casi punto por punto. Alguien desde el interior debió de preguntar en voz baja si era el camarero, y éste, desde fuera, respondió que sí, que traía el desayuno.

—¿Puedo llevarme el servicio de anoche?

El otro debió de afirmar, puesto que, cuando Branden, todo intrigado, se asomó a su puerta, el camarero se perdía ya pasillo adelante, llevando en sus manos una bandeja en que tintineaban

cubiertos vacíos. Toda esta cautela, en un hecho al parecer tan simple como el de servir un desayuno a cierto viajero que no deseaba acudir al comedor, tuvo la virtud de recordar a Branden algo que la bella Daphne le había hecho olvidar: que su vida seguía corriendo peligro y que todas las precauciones serían pocas hasta llegar a San Francisco.

No obstante, la atracción que ejercía la joven sobre él era tan intensa, que volvió a figurársela como la conociera hacía veinticuatro horas. Con aquél su vestido de calle hechura sastre, aquélla su ironía que no lograba ocultar el susto que se había llevado y aquella mirada de sus ojos azules con que la vio alejarse mientras flameaba al viento su cabellera rubia. Y otra vez se dijo que era un imbécil y se llamó loco y sintió celos de Ernest Harcombe y envidió su posición en, aquel momento. Estaba comiendo junto a ella, charlando con ella, seguramente riéndose de él para sus adentros.

—¡Maldita sea! —No pudo por menos de exclamar, y tras asearse un poco, perdido ya el control de sus nervios, se puso la americana y se presentó en el comedor.

No tenía idea de lo que hacía; no sabía qué iba a decir para excusarse, cómo **se** iba a comportar, si debía sentarse con ellos o buscar una mesa en un rincón alejado; pero Harcombe le vio venir y no le dio tiempo a nada.

—¡Aquí tenemos al hijo pródigo! —dijo, levantándose y haciendo una chusca genuflexión—. Acérquese, por favor; estaba yo apostando a que usted venía a amargarnos el desayuno antes de acabar, y nuestra amiga decía que no. Yo le iba a exponer a ella las razones que tenía para creer lo contrario, pero ya no son necesarias...; su presencia viene a confirmar mi parecer.

Branden echó a Harcombe una mirada de fuego y sentóse junto a la muchacha.

—Me alegra que haya venido —dijo ésta con dulzura y sencillez—. He llegado a pensar que se había enfadado conmigo.

Ralph estuvo a punto de decir que él ya jamás podría enfadarse con ella, porque la llevaba muy adentro y hallaría siempre disculpa para cuanto le hiciera, pero la presencia y la sonrisa, entre irónica y regocijada, de Harcombe le contuvo. De buena gana le hubiera arrojado a puntapiés de la mesa; más sabía que aquello no lo podía

hacer por varios motivos. Primero y principal, porque el otro no se dejaría, y además, porque, pese a todo, le tenía simpatía, le sabía generoso y valiente y no olvidaba que le había salvado la vida.

Para romper la tensión creada por la aparición de Branden, la joven hizo observar al recién llegado que a pocos metros frente a ellos se encontraba el pequeño obeso superviviente de los asaltantes nocturnos.

—Y ésta acompañado de una joven bastante agradecida, por cierto.

Branden, como, el que no quiere la cosa, dirigió la vista en la dirección indicada y de sus labios salió esta exclamación:

—¡Linda Farrell!

—¿La conoce usted?...

La pregunta era obvia, Branden sintióse embarazado. Ahora tendría que aclarar de qué y cómo la había conocido. Por nada del mundo deseaba que Daphne pensara lo que no era. Por otro lado, estaba la situación airada en que colocaría a los ojos de la joven a Ernest Harcombe, que la había expuesto a un serio peligro con el trueque de compartimientos.

—Ya lo ve usted que sí, Daphne; pero...

—Entonces conocerá usted al que la acompaña; parecen muy amigos —dijo ella en un tono de cierta acusación.

—Lo son, puedo asegurárselo, señorita; pero su sospecha es injusta —el que ahora hablaba era Harcombe—. Branden no tiene que ver con ellos otra cosa que el deberles algunos sustos. Son sus enemigos declarados.

—¿También de él?

—De él solo, señorita; de usted, no.

Y a continuación explicó lo del cambio de compartimientos, en vista de que el que Branden tenía reservado lo habían dejado sin cerradura.

—Claro está —intervino Ralph Branden— que nuestro amigo no suponía que usted fuera a ocuparlo. Además, pensó que no le pasaría a usted nada malo, puesto que, antes de atacar, los hombres de Herrman Ley se cerciorarían de sí, efectivamente, lo ocupaba yo.

Ernest Harcombe se mostraba entre compungido y alegre, mientras Branden se esforzaba en disculparle a los ojos de la joven. Ésta, sorprendida en principio ante la aclaración, rompió a reír de

pronto.

—Son ustedes deliciosos —dijo, entre carcajada y carcajada—. Nunca supuse que dos hombres tan valerosos como ustedes pudieran preocuparse por un incidente sin importancia.

—¿Sin importancia, dice usted?

—He dicho sin importancia, pero me he expresado mal. No puede ser sin importancia un incidente gracias al cual he conocido a dos tan excelentes caballeros, cuya amistad me honraría conservar.

—Hablemos primero de escapar con vida de este tren y luego pensaremos en eso. Me temo que ahora mi ayuda no sea tan efectiva como hasta aquí; me he visto obligado a descubrirme y esto redundará en perjuicio nuestro. En adelante no podré pasar inadvertido. Herrman Ley y sus hombres me vigilarán, anulándome en lo posible. ¡Y menos mal si no han sospechado de mí, si creen simplemente que mi intervención fue casual!

—¿No lo fue? —preguntó Daphne.

—Puedo asegurarla que no, y nuestro amigo Branden lo sabe de sobra.

Ayer le saqué de un buen fregado y desde entonces no le he perdido de vista, a causa de mi trabajo. Pero esto no es asunto para tratarlo aquí, de sobremesa y bajo la mirada inquisitiva de Herrman. Simulemos todo lo que podamos y les prometo que en la primera ocasión les contaré algo sumamente interesante. He pensado que no está bien que un hombre tan amenazado como Branden ande a ciegas. En realidad, un gato con guantes nunca peleará bien.

Ernest Harcombe y Branden se miraron. Después de la desagradable escena del carnet, aquella decisión de hablar sorprendió al último.

—¿Amigos, entonces?

Harcombe ofreció su diestra a Branden, el cual la estrechó sin vacilar. Luego, por turno, estrecharon la de la joven.

—¡Unos para todos y todos para uno! —dijo sonriente Daphne, parodiando la célebre frase de los mosqueteros.

Harcombe y la muchacha habían acabado ya su cigarrillo. Branden apuró su café y prendió a su vez el suyo. Por la ventanilla del coche restaurante se divisaba a lo lejos la imponente extensión azul del lago Michigan. Entonces fue cuando Branden percibió que

ya debían de haber pasado Chicago, y su mente se llenó de recuerdos, recuerdos de los que le distrajo la voz de Ernest Harcombe despidiéndose:

—Bueno; les dejo a ustedes. No es conveniente pasar de la raya. No olviden que somos amigos circunstanciales. Si pudiera, antes de la noche nos reuniríamos otra vez y quizá les diga lo que les he prometido. ¿Me acompaña usted, señorita Chatford, o prefiere quedarse? Realmente, desde esta ventanilla se ve un maravilloso paisaje. ¡Illinois es magnífico!

Hizo una versallesca inclinación y se fue. Branden, al quedar solo con la joven, sintió algo inenarrable. Era una mezcla de angustia y delicia. La vecindad de aquel cuerpo joven, lleno de vida y de belleza, cuya preferencia por él se acababa de demostrar al seguir a su lado, le daba la medida de las posibilidades de triunfo con que contaba en sus amorosas pretensiones, pese a la diferencia social que los separaba...

Como había dicho muy bien Harcombe, el paisaje era magnífico. El tren avanzaba por un terreno ondulado y fértil, del centro del Estado. Los dos jóvenes estuvieron unos segundos mirándose en silencio y en silencio se incorporó ella, imitada por Branden. Salieron al pasillo sin volver la vista atrás. Todo se había borrado en torno suyo. Ninguna realidad, por bella que fuera, resultaba tan fuerte como el mágico hechizo que los envolvía, hundidos ambos en sus íntimos y maravillosos pensamientos.

Juzgando por sí mismo, cada uno sorprendía admirablemente el estado de ánimo del otro. No tenían más que mirarse a los ojos para leer en ellos las más dulces promesas. Pero tanto ella como él comprendían que aquello era una deliciosa locura que los haría sufrir. A Daphne la asustaba un poco aquel joven apasionado, incapaz de contener los impulsos de su corazón, que si no en palabras, asomaba a sus pupilas en miradas ardientes y emocionantes. Por eso trató de cortar por lo sano, mientras había remedio, y se despidió de él en cuanto llegaron delante de su departamento, no sin antes haberle recomendado cautela.

—La tendré; descuide.

Se encerró en su departamento, más no por cautela. Quería soledad, aislamiento, para poder pensar, para poder soñar a sus anchas. Bien es verdad que, para su amor, la misma Quinta

Avenida, hubiera sido una calle desierta. Así, no es de extrañar que no oyera la melodía «danubiana», que Harcombe interpretaba una vez más, ni sorprendiera antes la mirada asesina de Herrman Ley, que le había seguido, junto con Linda Farrell, hasta el extremo del coche-cama.

Se derrumbó en la litera y quedó boca arriba, pensando. El sol iba alto, cuando algo extraño vino a arrancarle de su ensimismamiento. En el departamento vecino había creído oír como el sonido ahogado que formara un cuerpo al caer a tierra. Pero no hizo mucho caso. Le atraía más el paisaje de ensueño por dónde cruzaba el convoy, a treinta y cinco o cuarenta millas de la capital de Illinois: Springfield.

Se asomó a la ventanilla. Desde la suya, teniendo en medio la del incógnito viajero, Daphne Carlota Chatford le saludó con una leve inclinación de cabeza, que el viento despeinaba. Aunque la distancia entre ellos no era mucha, el ruido del convoy hacía imposible toda comunicación por medio de la palabra; pero los ojos de ambos eran mucho más elocuentes que todas las palabras.

Detrás de Branden sonaron unos golpecitos. Alguien llamaba a su puerta. Preguntó quién era sin separarse de la ventanilla y le respondió la conocida melodía de Strauss. Hizo un signo a Daphne para que le perdonara y fue a abrir. Vuelto de espaldas en la ventanilla del pasillo se encontraba Ernest Harcombe. Al ver que tenía paso libre, se dirigió hacia Branden con inusitada ligereza; pero, en aquel momento, el camarero pasaba anunciando el primer turno para el almuerzo.

—Quería cumplir mi palabra y no creía que era tan tarde. Mejor será que comamos antes un poco.

—Si le urge hablar, puedo invitarle a comer aquí; tengo fiambres y buen vino.

Harcombe denegó con la cabeza. Habían hablado en un susurro, pero ahora, al ver que en la puerta de su departamento había aparecido Daphne, levantó la voz:

—Prefiero comer con la muchacha. ¿Y usted?

Branden no respondió. El brillo de sus pupilas decía bien a las claras todo el placer que le causaba aquella perspectiva, Harcombe, por si oídos indiscretos los escuchaban, fue hablando todo el camino de que no había hecho un viaje tan encantador como aquél.

—En ninguno me he podido hallar dos mejores personas para amigos que ustedes. ¡Feliz casualidad la que nos juntó en este tren!

Daphne Chatford sonrió y expuso su propósito de arreglarse un poco antes de entrar en el comedor, para lo que se dirigió a los lavabos, que estaban allí mismo; Branden hizo lo propio. En cuanto a Harcombe, aseguro que iría reservando mesa para los tres, pues él ya se había aseado con anterioridad: Cuando ambos jóvenes entraron en el comedor, notaron a Harcombe algo intranquilo. Estaba haciendo como que leía el periódico; pero, en realidad, observaba los rostros de los comensales, principales uno que daba grandes muestras de nerviosismo: el de Linda Farrell, sentada sola en una mesa del rincón.

—Parece que su compañero tarda en llegar —comentó Branden.

—No me gustaría nada que estuviera registrándome el equipaje —expuso Daphne, pero Harcombe la calmó:

—Registrar un equipaje no es oficio de Herrman Ley. Eso queda para sus satélites.

—¿Lo mismo matar a las personas? —preguntón Branden.

—A veces, sí, y a veces, no. Eso va en categorías. En lo que a usted respecta, recordará, que se ha tomado la molestia de intervenir en persona repetidamente. Es extraño que no esté ya en el comedor. La chica se impacienta.

—Usted nos ha hecho una promesa —intervino otra vez Daphne.

—Desde luego: para la primera ocasión... ¡Ah! ¡Se me olvidaba! Ahí tienen un artículo interesante. En la segunda plana.

Ernest Harcombe, mientras hablaba, entregó a Branden el periódico, que había dejado sobre la mesa cuando aquél y Daphne aparecieron.

Branden abrió el diario por la segunda página. Prendida en ella con un alfiler había una hoja de papel manuscrito. Pocas líneas, pero jugosas. El joven se explicó entonces muchas cosas, aunque algunas, se veía bien a las claras, Harcombe las velaba a propósito. Por ejemplo: allí Branden se enteró de quiénes eran los que trataban de eliminarle y por qué; pero la personalidad del informador seguía en el misterio.

Se trataba, por lo visto, de una banda de criminales internacionales, cuyas actividades iban desde el espionaje hasta el contrabando de drogas y divisas, pasando por la fabricación de

armamento y la trata de blancas. En San Francisco estaba la sede, y a su frente, el individuo llamado Herrman Ley. Pero éste, según Ernest Harcombe, no era el jefe.

«Me ha costado encontrarle mucho tiempo, más ya lo he conseguido. Usted habrá comprendido de quién se trata. El que a usted, Branden, lo metieran en el ajo, se debe especialmente a que Herrman Ley trataba de echar la zancadilla al verdadero jefe en el momento que éste —que ocultaba sus actividades delictivas con otras más o menos permitidas por la ley— le encargaba a usted en Nueva York un asunto secreto, que el primero creyó era de espionaje acerca de él. Estaba convencido de que el señor Spark le había puesto a usted en antecedentes del complot, tal vez de todo el mecanismo, y pensó que la mejor manera de salir del apuro sería eliminando a ambos. Animado por Linda Farrell, se trasladó a Nueva York, en compañía de media docena de sus secuaces más fieles, y empezó a poner en práctica su plan. Eso era precisamente lo que yo había estado esperando durante largos meses. Estas diferencias entre los miembros de la banda me pusieron sobre la buena pista. En este momento puedo asegurarle que todos los hilos están en mis manos y que, en llegando a San Francisco...»

Branden levantó los ojos de la lectura y comentó en voz baja, mientras pasaba el periódico a Daphne:

—Esto parece un cuento de ladrones. En cualquiera otras circunstancias, yo no lo hubiera creído; pero después de mis experiencias de los dos últimos días, no solamente creería esto, sino algo mucho menos verosímil. Ahora bien: ¿quiere esto decir que es usted de la Policía?

Ernest Harcombe esperaba la respuesta, puesto que, para responder, no tuvo más que levantar una de las manos, que tenía en hueco sobre algo, e indicar a Branden con un gesto que echara una ojeada. Tanto a éste como a la joven les faltó tiempo para hacerlo, y sus ojos se encontraron con que su interlocutor había formado con fósforos estas tres siglas, conocidísimas para todo el mundo en

Norteamérica:
F. B. I.

¡INTRIGA! ¡EMOCION! ¡AMOR!
Encontrará usted en la magnífica Colección
EXTRAORDINARIA DEL OESTE
¡Un éxito más de EDITORIAL ROLLAN!

VIII



STO se va poniendo cada vez más interesante —dijo de pronto Daphne dejando de leer, y dirigiéndose a Harcombe—: Supongo que me reservará la exclusiva de estos reportajes.

—No piense en periodista, sino en mujer, y crea que este asunto es muy peligroso. Eche una ojeada en torno. Linda Farrell cada vez está más intranquila. Si no temiera algo demasiado terrible, no se mostraría así en público, principalmente ante nosotros. Vea cómo se retuerce nerviosa las manos. Herrman Ley, no ha llegado todavía y ella teme por él.

—¿Qué clase de amistad une a esa mujer con tal hombre? —preguntó súbitamente Branden, sin levantar los ojos hacia Linda.

—No lo sé; puede que estén casados y puede que sólo les una la ambición. Más me inclino a lo segundo que a lo primero, aunque

sospecho que él sí que está enamorado de ella.

Linda Farrell seguía mostrándose cada vez más inquieta. Aunque había mandado servir la comida, no había probado bocado. Sus ojos iban de la mesa en que estaban reunidos Daphne, Branden y Harcombe hasta la puerta de entrada al coche restaurante. De pronto, en ésta apareció un individuo, que se dirigió a su encuentro. A la joven, bajo la clara luz solar, se la vio palidecer, cuando aquél se inclinó y la dijo algo al oído.

—Tomen ustedes nota de ese rostro —habló a media voz Ernest Harcombe, señalando con un disimulado movimiento de cabeza al recién llegado.

Linda Farrell había aplastado mecánicamente su cigarrillo contra el cenicero. Luego se levantó y, seguida por el hombre, dejó el vagón-comedor, con creciente desasosiego.

—Me intriga todo esto —volvió a hablar el del

F. B. I.

—. Con su permiso, Daphne.

Dejó la servilleta sobre la mesita y, sin haber acabado el postre, salió tras Linda. Ralph Branden se disponía a hacer lo propio, pero Daphne se lo impidió.

—Eso es asunto del señor Harcombe —dijo simplemente.

Y su sonrisa era tan deliciosa y prometedora, que Branden no pudo por menos de preguntarse si tenía ante sí a una coqueta desalmada o a una mujer realmente enamorada.

—Si usted cree que no debemos desperdiciar nuestra sobremesa, dispuesto estoy a complacerla, Daphne.

—Yo no iba tan lejos, Branden —contestó, acentuando su prometedora sonrisa—; pero me desagradaría...

Él se decidió a cogerla una mano, que ella no retiró en principio. Sin embargo, cuando notó que la declaración de amor se hacía inevitable, volvió a sentir el miedo que la había asaltado por la mañana. Miedo a la vehemencia y apasionamiento de aquel joven, a quién apenas conocía y a quién no creía de categoría suficiente, tanto moral como intelectual, para compartir su hogar, su corazón y su fortuna. Así, libertó la mano prisionera y se levantó, imitada por Branden, el cual volvió a preguntarse si ella obraba bajo el impulso de la coquetería o del afecto. Ya en el pasillo, Ernest Harcombe vino a reunírseles.

—¿Qué hay de nuevo? —preguntó la periodista.

—Parece ser que Herrman Ley ha desaparecido. Sus secuaces, empezando por Linda Farrell, se hallan revueltos. Ellos encuentran una explicación, y es la de que nosotros lo hemos hecho. Debemos, pues, guardarnos con mayor cuidado; estar a la defensiva, mientras llega la hora de pasar a la ofensiva. Prepárense para cuando yo avise. Y ahora, usted, Branden, vuelva a encerrarse en su departamento. Y usted, señorita Chatford, ocupe el mío. Es más seguro. Y no se preocupen demasiado. Esto se precipita. Antes de llegar a la capital de Illinois sucederán cosas.

—Springfield queda a menos de treinta millas. Ya se ven desde aquí sus torres y edificios públicos.

—Bueno; quizá no sea tan pronto; pero hagan lo que les digo. ¡Ah! Y nada de ventanillas interiores. Pudiera alcanzarles un tiro en la cabeza.

—No nos asomaremos a la ventanilla.

Harcombe sonrió.

—Claro que si quieren decirse algo —añadió— lo pueden hacer por medio de golpecitos en el tabique; no olviden que los dos compartimientos son vecinos.

Mientras Ernest Harcombe, dejándoles con la palabra en la boca, se alejaba pasillo delante y desaparecía por la parte de los lavabos, Branden no pudo por menos de pensar que aquel hombre del

F. B. I.,

era un muchacho simpatiquísimo, bueno y, además, de una perspicacia y un valor excepcionales.

—No debo dejarle solo —dijo el joven, y ella le puso una mano sobre el brazo.

—Confiemos en él, Ralph, y sigamos al pie de la letra sus instrucciones.

Branden sonrió y acarició suavemente la mano que tenía posada en el brazo.

—¿Hasta la de no asomarnos a la ventanilla?

Él se había inclinado sobre ella. Sus rostros casi se rozaban. Daphne Carlota Chatford le rechazó débilmente, siempre sonriendo con su poquito de ironía.

—No podemos exponernos a un balazo —dijo—. Ya ha oído usted a Harcombe —y deslizándose bajo su brazo, que la tenía

acorralada contra la madera, entró en su departamento y cerró tras de sí. Branden hizo lo propio.

Una vez acomodado en su litera, sacó la pistola del bolsillo y la estuvo examinando, mientras su mente estaba llena de la imagen de Daphne. Minutos después, unos golpecitos dados suavemente sobre su puerta, le hicieron levantar la cabeza. Su corazón saltó. Sin duda era la joven, iba decidido a abrir, pero un resto de prevención le obligó a preguntar quién era; la voz que escuchó no pertenecía a Daphne, sino a Linda Farrell. Y era una voz que él apenas conocía. Nada altanera, casi suplicante. Branden se dejó convencer, aunque no estaba decidido a que lo cogieran desprevenido. Volvió a guardar la pistola y la empuñó dentro del bolsillo; pero no tuvo necesidad de hacer uso de ella. Linda venía sola y, al parecer, en son de paz. Ralph la preguntó qué deseaba, y ella, tras el corto paseo de la puerta, que Branden cerró, a la ventanilla, se encaró con él para decirle:

—Se extrañará de mi presencia aquí y tal vez no me crea si le aseguro que vengo a ofrecerle mi amistad. Las circunstancias nos han enfrentado, pero usted debe saber, quizá lo sabe ya, que yo, más que odio, más que enemiga, le guardo admiración, porque sólo usted ha vencido al que se creía invencible; a Herrman Ley. Yo trabajaba para él en contra de Spark, y usted trabajaba para Spark en contra de él. Ahora, ninguno de los dos existen, usted lo sabe mejor que yo, y debemos aliarnos. Yo sé mucho del régimen interior de la banda. Podemos hacernos los amos.

Hizo una pequeña pausa, y viendo que el otro nada decía, prosiguió:

—Hay dinero a montones, vida regalada y fastuosa. Para empezar, haremos un viaje Por el extranjero, juntos los dos. Le presentaré como jefe de aquí a personalidades destacadas de la organización allá, iremos a Turquía: allí está la fábrica de drogas. Visitaremos Estambul, Constantinopla. Usted y yo; yo y usted, sin nadie por encima que nos mande. Nadie se atreverá a moverse contra mí, si usted me apoya, Branden. Piénselo y verá cómo le conviene aceptar.

Branden clavó su mirada en los ojos fríos y crueles de la joven. Estaba transfigurada, bellísima de rostro y de cuerpo, pero repulsiva en su misma belleza.

—No necesito pensar nada, señorita. Yo soy hombre honrado; pobre, solo, pero honrado. Ayer, tal vez me hubiera agarrado a un clavo ardiendo para subsistir; hoy no lo haría por nada del mundo.

Los ojos de Linda echaron llamas.

—Está enamorado de esa mujer —dijo sibilinamente—. Lo conocí en cuanto los vi juntos. Por eso se quiere conservar puro para ella. Puro en dos sentidos: corporal y moralmente. No quiere «enfangarse» en el negocio que le propongo ni en el amor que le ofrezco; pero eso no será. Me he encaprichado pocas veces, y ésta es una en que con más fuerza lo he hecho. Fue ayer, mientras le preparaba aquella taza de café que había de «pasaportarle»; cuando se enfrentaba usted con mi pistola con una temeridad admirable. Fue ayer mismo, cuando, pese al peligro que le amenazaba, consiguió hacerme perder los estribos con sus, razonamientos e ironías. Le hubiera matado, sin miedo a perderme, con tal de hacerle callar, de no aparecer Herrman. Y todo cambió entonces para mí. Cuando aquel enmascarado hizo acto de presencia en mi casa, yo estaba pensando en la mejor manera de quitar de en medio a Herrman y proponerle a usted esta alianza que ahora le propongo de nuevo. Únase a mí y nadie, ni el Gobierno mismo de los Estados Unidos, podrá compararse a nosotros en fortaleza.

Se había acercado a Branden. Su respiración era entrecortada, fascinador cuánto decía y el modo como lo decía. Levantaba hacia él su rostro, y aquellos labios trementes eran una desmesurada tentación. Cada vez se juntaban más a Branden, y éste no podía apreciar si era él el que, instintivamente, inconscientemente, se estaba inclinando vencido, o era ella la que se alzaba con un propósito bien definido. Tuvo que cerrar los ojos para defenderse de aquel ofrecimiento de caricia...

—¡No! ¡No! ¡No! —rechazó Branden—. Le digo, Linda, que no puede ser. —Además, le doy un consejo: abandone esos sueños; su vida está en peligro.

—¿Piensan deshacerse de mí como de Herrman?

—Puedo jurarle que nosotros no tenemos nada que ver con ello. Desde el desayuno, en el comedor, no hemos vuelto a verle. Le doy mi palabra de honor.

El pecaminoso hechizo se había roto. Linda Farrell separóse un tanto de su interlocutor. En aquel momento llamaron a la puerta y

la joven palideció.

—¿Quién es? —preguntó Branden, bendiciendo en su fuego interno al intruso.

—Soy yo: Daphne. Quería pedirle algo para leer; me encuentro demasiado aburrida y sola.

—Adelante.

Daphne entró. Por la mal fingida sorpresa que demostró al ver a Linda Farrell, Branden supuso que la primera había descubierto la entrada de la segunda en su departamento y solamente por interrumpirles se había decidido a acercarse.

—¡Ah! ¡No está usted solo! ¿Puede presentarnos?

—No hace falta que lo haga; lo haré yo misma. Me llamo Linda Farrell... y usted es Daphne C. Chatford, la periodista; conozco su campaña política... Si la preocupa mi estancia aquí puedo asegurarla que en este momento me disponía a marcharme.

Daphne se ruborizó. La otra la miró por encima del hombro y salió al pasillo.

—¿Qué ha venido a hacer aquí? —preguntó, con cierto desasosiego, la joven. Y luego, sin poder contener algo que era más fuerte que su voluntad, añadió, con un hilo de voz—: Quiero saber la verdad.

—Ya sabe usted, Daphne, que yo no sabría mentirla. Ha venido a ofrecerme que ocupara el puesto que han dejado vacantes Herrman Ley y Spark. Me ha pintado un porvenir fastuoso. Parece ser que ella tiene mucha influencia dentro de la banda. Dinero a montones, ha dicho. Vida regalada y fantástica... Junto a ella.

—¿Le ha pedido que se casaran?

—Algo de eso ha dado a entender.

—Y usted, ¿qué ha respondido?

—No podía responder más que como lo he hecho: que si hubiera sido ayer, yo me hubiera agarrado a un clavo ardiendo para subsistir; pero que hoy era distinto. Entonces, ella me ha respondido que creía saber la razón.

—¿Qué razón era ésa?

Branden vaciló. Al fin dijo:

—Que estaba enamorado de usted. Y es lo cierto. Todos mis pensamientos y deseos van a usted, Daphne, desde que estuve a punto de morir aplastado bajo las ruedas de su automóvil.

El corazón de Daphne aceleró sus latidos. Tuvo que violentarse muchísimo para reaccionar en la única forma que creía necesaria para no precipitar los acontecimientos:

—Nunca supuse que nadie pudiera enamorarse de mí en circunstancias tan extraordinarias. Si todos los que han estado a punto de morir bajo las ruedas de mi automóvil lo hubieran hecho, hoy habría un buen rosario de ellos a mi zaga.

Algo doloroso veló las pupilas de Branden. Ella... comprendió que le había herido, pero también comprendía que sólo así podría mantener aún en pie la pequeñísima barrera que los separaba. En silencio, la joven salió al pasillo. En aquel instante, el tren se adentraba entre los primeros edificios de la capital de Illinois, donde el famoso Abraham Lincoln vivió la mayor parte de su vida, y donde a su muerte se le erigió uno de los monumentos más grandiosos con que cuenta la ciudad.

El convoy entró en agujas. Branden, sumido en un mar de confusiones, apenas si percibió el movimiento del oleaje humano. Sus ojos se habían posado, sin verle, en el edificio del Capitolio del Estado. Sólo después que el tren reanudó su marcha, Branden volvió de su ensimismamiento merced a algunas voces que se oían en el pasillo, junto a su departamento. Eran comentarios, cuchicheos, exclamaciones de horror. Atraído por todo aquello se asomó a la puerta. El círculo de curiosos se arremolinaba ante la de al lado, la correspondiente al de su incógnito vecino.

Al otro lado del grupo, Daphne Carlota Chatford miraba desenchajada, intentó llegar hasta ella para preguntarla qué ocurría, pero Ernest Harcombe, que salía en aquel momento del compartimiento en cuestión, le vio y le hizo señas para que se acercara.

—¡Han asesinado a Herrman Ley! —Fue lo primero que le dijo, cuando le tuvo a su lado—. Aquí mismo, en esta cabina. Pasaba yo por delante y vi que, por debajo de la puerta, salía un reguero de sangre. Llamé al empleado, abrimos y encontramos este charco. Herrman Ley tiene una tremenda puñalada en el corazón. ¿Quién puede haber sido?

Branden estiró el cuello y miró hacia el interior. El hombre gordo yacía en trágica postura sobre la alfombra. El mango de un puñal sobresalía de su pecho. Recordó entonces cuanto de extraño

había estado observando durante el viaje y se lo dijo a Harcombe, sin guardarse siquiera lo del ruido como de un cuerpo al desplomarse, escuchado por él entre el desayuno y el almuerzo.

—Si me lo dice antes, el criminal no se hubiese escapado. Mejor dicho, de haber sabido yo todo eso, hubiera evitado este crimen.

—¿Sabe quién es el asesino?

—Casi puedo asegurarle que sí. En esto he sufrido un error. Yo creía que él no viajaría en el tren. Supuse que para ser más rápido se habría trasladado a San Francisco en automóvil. Por eso descuidé su vigilancia.

—¿De quién me está usted hablando?

—Estoy hablando del jefe, del asesino. Esto es: del señor Spark.

Branden abrió mucho los ojos por efecto de la sorpresa y el asombro.

—¿El señor Spark? —preguntó—. Entonces, ¿aquel muerto de la Park Avenue...?

—No era él. Me convencí con sólo echarle una ojeada. Era de su misma estatura, vestía su traje y tenía en el bolsillo su documentación; pero había algo que no le pudieron cambiar: el cuero cabelludo. A aquel hombre le faltaba la oronda calva del señor Spark. No sé cómo lo haría, pero me supongo que el muerto fue enviado allí para asesinarle y el asesinado resultó él. Spark, para moverse con mayor libertad, intentó hacerse pasar por muerto. Y su estratagema ha dado sus frutos, al parecer... ¡Qué tonto fui al no prever que intentaría entrar en acción contra Herrman mucho antes de llegar a San Francisco!

—¿Qué pasa aquí?

El que había formulado esta pregunta era el jefe del tren. Se había acercado acompañado de otro caballero, a quién presentó como el agente de Policía de servicio en el convoy. Ernest Harcombe, antes de contestar, presentó sus credenciales a los recién llegados. El agente se cuadró.

—A sus órdenes, inspector Harcombe. Usted dirá qué se debe hacer.

—Ante todo, que nadie toque el cadáver. Pararemos en la primera estación y avisaremos a Springfield para que manden una ambulancia y el coche celular. El asesino ya no está aquí; pero hay algunos indeseables a quienes detendremos. Usted me acompañará

y se hará cargo de ellos. Usted vendrá también con nosotros, Branden. Necesito su ayuda.

El jefe del tren puso un par de empleados de guardia frente a la puerta donde estaba el cadáver de Herrman y él se unió al inspector del

F. B. I.,

a Branden y al agente de Policía para dar comienzo a la redada. Daphne se acercó a ellos anhelante.

—¿Puedo ir con ustedes? —preguntó a Harcombe.

—En su calidad de redactora de un periódico, la Policía está a su disposición. Venga con nosotros; no olvido que la prometí la exclusiva de estos reportajes.

La inspección dio comienzo por el vagón restaurante, que iba adosado precisamente al de equipajes, y éste a la máquina. Allí no había nadie sospechoso. Después vino el coche-cama en que Herrman Ley había muerto. El mismo resultado. En el siguiente pudieron localizar al mensajero de Linda Farrell en la comida, que se entregó sin resistencia. Luego vino un coche de primera. En el segundo departamento encontraron a un par de individuos, que se le antojaron sospechosos al inspector del

F. B. I.

Les pidió la documentación; pero, cuando se acercó a cogerla y examinarla, intentaron aprovechar un descuido para huir. En la puerta estaba Branden y el agente de Policía, que cayeron sobre ellos sin darles tiempo a defenderse.

Ya eran tres los que habían caído; pero Harcombe no estaba satisfecho. Por el jefe del tren los mandó maniatados atrás, para que fueran encerrados en el vagón de equipajes, y el agente, él y Branden, siempre acompañados por Daphne, prosiguieron su trabajo.

En otro compartimiento encontraron uno más. A éste no tuvo sino echarle Harcombe la vista encima para reconocerle. Se trataba de uno de los más peligrosos hampones de San Francisco. Se contaban de él verdaderas salvajadas, que, hasta el momento, apoyado por su organización, nunca se le habían podido probar.

En cuanto notó la presencia de Harcombe —éste entraba siempre solo, dejando a los otros el cuidado de guardarle la espalda —, se olió lo que se le venía encima y no esperó a que el del

F. B. I.

hablara. Rápido como el pensamiento, se puso a caballo en el alféizar de la ventana y se dejó caer al suelo, antes de que el inspector, si es que había pasado por su cabeza esa idea, disparara sobre él.

Prosiguió la inspección. En ninguno de los departamentos siguientes hallaron a nadie que se les antojara sospechoso. Pero, cuando le llegaba el turno a la plataforma posterior, se vieron obligados a retroceder y resguardarse. Una granizada de balas los saludó. Respondieron al saludo y se armó entonces en todo el vagón de cola una verdadera barahúnda de gritos, exclamaciones y preguntas curiosas. Todo el mundo quería saber lo que pasaba y nadie sabía responder.

Los «gángsters» eran cuatro. Branden rogó a Daphne que no se expusiera lo más mínimo. Ella asintió con un delicioso movimiento de su rubia cabeza. Harcombe llevaba la dirección del ataque. Su pistola habló dos veces y dos de sus enemigos cayeron hacia atrás, contra el balaústre de la plataforma. Unos segundos se mantuvieron en equilibrio; pero, al final, un brusco vaivén del convoy los arrojó a la vía, donde quedaron tendidos con los brazos en cruz.

Cesaron los disparos unos segundos. Harcombe, Branden y el agente supusieron que sus contrincantes se rendían. El primero les ordenó que entraran en el tren con las manos en alto. En vista de que no le respondieron, avanzó con cautela, se asomó a la plataforma, y allí no había nadie. Branden siguió de cerca el del

F. B. I.

y subió tras él al techo del vagón. Los bandidos corrían por él y sus sombras en el suelo los habían delatado.

En cuanto los vieron asomar, éstos últimos barrieron su retaguardia a tiros. El agente de Policía recibió un balazo de refilón en la mejilla. Lanzó un grito y estuvo a punto de caer hacia atrás. Recobró el equilibrio al fin e hizo fuego, sin conseguir blanco. Era difícil la puntería con el movimiento del tren y el zigzag en que huían los malhechores. Éstos habían alcanzado ya el principio del vagón y saltaban al siguiente; pero sólo uno de ellos pudo llegar a su destino; al otro le cortaron el vuelo de un certero balazo en el corazón, y cayó vertical sobre el fuelle de unión de ambos vagones. Allí se mantuvo unos segundos y, al cabo, fue a parar a los rieles;

las ruedas pasaron sobre él, triturándolo. Su compinche no tardó en llevar el mismo camino y los tres hombres volvieron al interior del tren, enfundando sus armas. El policía respiró satisfecho y pidió ordenes al inspector, el cual le aconsejó que guardara bien a los prisioneros.

—Nosotros tenemos aún algo que hacer. Me parece que nos hemos dejado alguien atrás.

Branden y Daphne comprendieron a quién se refería. Linda Farrell no había aparecido por parte alguna. Registraron de nuevo el convoy, departamento por departamento, rincón por rincón, sin resultado. Entonces, Harcombe decidió interrogar sobre ella a los prisioneros. Uno de éstos le dio detalles:

—Recibió un mensaje de Herrman Ley en que la decía que la esperaba en el bar de la estación de Springfield, desde donde reanudarían el viaje en automóvil, pues en el tren había peligro. Yo lo encontré, en su departamento cuando ya el tren se había puesto en marcha.

El inspector del

F. B. I.

echó una mirada al papel que el otro le ofrecía. Estaba compuesto de palabras impresas, recortadas de un periódico y pegadas, hasta formar la frase a que el «gángster» había hecho referencia. Harcombe no tuvo necesidad de más para comprender lo ocurrido. Spark, después de asesinar a Herrman, ideó aquel plan para atraer a la chica a una celada, y Linda había caído en ella. Su destino se encontraba, pues, en manos de aquel hombrecillo, tímido en apariencia, pero que estaba dando pruebas de poseer un cerebro privilegiadamente diabólico.

—¿Qué piensa hacer respecto al señor Spark, inspector? —preguntó Branden, en voz baja—. ¿Dirá lo que sabe a la Policía, para que ésta controle las carreteras y lo detengan cuanto antes, o, por el contrario, le dejará llegar a San Francisco?

—Que llegue a San Francisco tranquilamente, Branden. Yo continuaré en el tren, volveré a ser el viajante de comercio que he sido hasta ahora. Allí, la redada será mucho más fructífera y nadie podrá arrebatarme la gloria personal de haberlo detenido. Sería del género idiota que otros se llevaran ahora los honores, después de haber trabajado yo en el anónimo meses tras meses. Claro que si no

hubiera más remedio, habría que sacrificar la vanidad; pero los minutos están contados para Spark y lo mismo da un día más que menos.

—¿No pedirá ayuda siquiera al

F. B. I.?

—Mientras no sea absolutamente necesario, no. Trabajaré solo.

Branden le miró. De pronto, en un arranque de sinceridad, se ofreció:

—Solo, no. Me pongo a su disposición para lo que sea. Me ha salvado la vida y le estoy agradecido. Y que conste, que yo no le haré ninguna sombra.

Harcombe vaciló breves segundos antes de aceptar. Enseguida, por toda respuesta, le alargó la diestra y ambos hombres se juramentaron con una simple sonrisa y un apretón de manos.

IX



L tren en que viajaban Daphne Carlota Chatford, Ernest Harcombe y Ralph Branden se acercaba a San Francisco. Los Ángeles habían quedado atrás y la costa del Pacífico se difuminaba entre la niebla. El inspector del F. B. I.,

asomado a una de las ventanillas, hacía proyectos para un futuro próximo. En cuanto a Branden y la señorita Chatford, a medida que se acercaba la distancia entre ellos y el final de su viaje, sentíanse más tristes y angustiados. Procuraban ocultarlo, pero la verdad era que pensaban en la despedida. En aquel momento, ambos jóvenes habían prendido un cigarrillo en sus respectivos departamentos y aspiraban el humo, con la mirada vaga y perdida.

Fue Branden el primero en decidirse a salir al pasillo, tras haberse dado una rápida pasada a la barba. Poco después, como

atraída por una fuerza superior, ella salía también, y los dos se encontraban una vez más frente a frente, mostrando en su actitud un desasosiego que ninguno era capaz de ocultar.

—¿Nos volveremos a ver, Daphne? —preguntó el joven, haciendo un esfuerzo.

Ella le miró como sorprendida. Esperaba la pregunta y, sin embargo, no supo atinar, en un principio, con la respuesta.

—San Francisco no es Nueva York, Branden —dijo al fin—. Si frecuentamos los mismos lugares es fácil que nos encontremos.

Él la envolvió en una mirada indefinida. Aquella contestación era una clara evasiva, que Ralph encajó como mejor pudo.

—¿Dónde se hospedará usted, Branden? —preguntó la joven, por decir algo, después de una breve pausa.

—El inspector me ha recomendado el Astoria. A él iremos ambos.

El tren entraba en agujas. Pese a lo avanzado del día, el sol no había conseguido aún romper el celaje de niebla que envolvía la ciudad como en un sudario, avanzando desde el mar, donde las sirenas de los barcos surtos en el puerto dejaban escapar sus estridencias de avisos a los que llegaban o intentaban dejar sus fondeaderos.

A Daphne la esperaba un magnífico «Plymouth» a la salida, y, dentro del andén, un hombre como de treinta y cinco años, rubio como ella, alto, fuerte, que la abrazó y besó con grandes transportes de alegría, levantándola en vilo y dando algunas vueltas con ella en los brazos. Era su hermano Charles, y como tal se lo presentó a Branden y a Harcombe, aunque éstos lo habían adivinado ya, pues se parecían bastante.

Puesto en antecedentes por su hermano del modo como los había conocido, Charles Chatford se ofreció gustoso a llevarles en su automóvil donde quisieran.

—Se van a hospedar en el Astoria —dijo Daphne— y nos coge de camino. Los acompañaremos hasta allí.

El inspector aceptó agradecido; pero a Branden, aunque pudiera creerse lo contrario, no le hizo mucha gracia. Después de la conversación final mantenida con Daphne, sentíase ante ella violento, y mucho más en compañía de aquel joven sonriente y simpático, americano cien por cien, que tenía ante sí. Mas se vio

forzado a entrar en el coche, pues ya Harcombe le había agarrado de un brazo y le empujaba hasta el interior.

—¡Animo! No hay que achicarse —le dijo en voz baja.

Branden hizo de tripas corazón y se acomodó en el asiento trasero, junto a Daphne. Ésta, de propio intento, se desentendió de él para limitarse a hablar con su hermano de los asuntos que la habían traído a San Francisco: las próximas elecciones y la posibilidad de triunfo con que contaba la candidatura de Charles. No obstante, un observador imparcial como era Harcombe, notaba que toda aquella verborrea de la periodista no tenía otra razón de ser ni otra finalidad que la de ocultar la emoción que embargaba su pecho. Y admiró su enorme fuerza de voluntad, el dominio de sí misma que estaba demostrando. Ni un solo músculo de su rostro se alteró cuando estrechó, al despedirse, la mano de su enamorado. Sólo su sonrisa parecía un poco más triste.

Branden se quedó parado en la acera, bajo la niebla espesa y húmeda, mirando el automóvil, que se alejaba con los faros encendidos, llevándose, quizá para siempre, a la que era toda su vida. Cuando lo perdió de vista, se volvió con pesadumbre, y se dispuso a seguir a Harcombe. Pero ni uno ni otro llegaron a cruzar el umbral del hotel. A menos de cien yardas se había escuchado el gemir de unos frenos y un súbito tabletear de ametralladoras. Branden se pegó instintivamente al muro del Astoria, creyendo se trataba de un nuevo atentado contra él, pero enseguida comprendió su error. La Grant Avenue se iba llenando de curiosos, que corrían hacia un lugar invisible, aunque no lejano. Coches que cruzaban en la niebla, frenaban también al llegar a aquel punto. Por ser casi en el centro de la ciudad, en menos de un minuto el tráfico se había embotellado.

—Vamos a ver qué pasa —dijo el inspector del
F. B. I.,
entregando su equipaje al portero.

Pero antes de llegar ya lo sabían. El comentario general era éste:
—¡Han disparado contra el jefe de los conservadores!

Harcombe, seguido de Branden, se abrió paso a codazos. El espectáculo que se mostró a su vista era sobrecogedor. Junto al bordillo de la acera, el automóvil del político estaba volcado. El parabrisas aparecía hecho añicos y todo su costado derecho

acribillado a balazos. El conductor había sido despedido fuera del coche hasta un lugar a más de dos yardas de distancia, y allí había quedado hecho un ovillo. Tenía varias heridas en el pecho y una mortal de necesidad, en la frente. Por su tremendo orificio le escurría sobre el rostro la masa encefálica. Ni un átomo de vida se vislumbraba en él.

Del interior del vehículo, trabajosa y esforzadamente, algunos transeúntes extraían los cuerpos exánimes de los hermanos Chatford. Ella apareció pálida, ensangrentada, respirando con dificultad y con una tremenda herida en el costado. A él, a su vez, se le apreciaba un gran boquete en el hombro izquierdo, a pocos milímetros del corazón, y algunos balazos más en distintas partes del cuerpo, junto a rasguños y magulladuras de menor importancia. Branden se hizo cargo enseguida del cuerpo de la mujer, y el inspector del

F. B. I.

del hombre. Sin pérdida de tiempo, se dirigieron a un magnífico «Packard» parado allí cerca y solicitaron del dueño, una señorita encantadora, que los condujera a una clínica.

—En los bajos del edificio del «Manchester» —dijo Harcombe—, si mal no recuerdo, hay una.

Branden afirmó con la cabeza y el coche partió. Apenas habían caminado unas yardas cuando Charles Chatford volvió en sí. Lo primero que hizo fue preguntar por su «pequeña Daphne», y enseguida por Don. Harcombe supuso que éste era el chófer, y no se decidió a decirle la verdad. En cambio, señaló a Branden, que restañaba como podía la sangre del costado de la joven.

—¿Está grave?

—Confiemos en que ni ella ni usted lo estén.

—Dios quiera que ella no —dijo Charles, con amargura—. Pero esto mío es otra cosa. Por fin, se han salido con la suya.

—¿Quiénes?

El herido miró a Harcombe, a quién había ya reconocido, y dijo, haciendo un esfuerzo para sobreponerse al coma, que intentaba apoderarse de él:

—Inspector. San Francisco está plagado de enemigos de todo aquel que intente una reforma en sus costumbres. A mí, particularmente, como jefe de mi partido y candidato en las

próximas elecciones municipales, han venido a ofrecerme su apoyo mucha gente de «gang». Desde «raqueters» a contrabandistas de drogas o diamantes, pasando por los más modestos representantes del «proteccionismos». Sólo necesitaban para poner a mi disposición un considerable número de votos mi promesa formal de que no me metería con ellos. Mi programa es todo lo contrario, y estoy harto de repetírselo a unos y a otros. Por eso, cualquiera de ellos puede haber atentado contra mi vida. Me la tenían jurada, y ésta es su obra. No se moleste en buscarlos, inspector, si ésa es su idea, porque sería perder el tiempo. Lo mismo que le digo a usted le he contestado al jefe de Policía. Aquí, hoy por hoy, los «gángsters» campan por sus respetos y, a no ser que desde arriba se emprenda una acción enérgica y decidida contra ellos, jamás veremos limpia a la ciudad.

El esfuerzo del herido había sido enorme; pero aun así hubiera dicho algo más bajo el atento y comprensivo silencio de Branden y del inspector de no haber abierto Daphne los ojos, después de un largo quejido:

—¿Qué ha pasado? ¿Dónde está Charles?

—Aquí; no te preocupes, pequeña. ¿Cómo te encuentras?

—Tengo todo el cuerpo dolorido, Charles. El costado me arde. ¿Y tú?

—No pienses en mí, Daphne. Confío en que lo tuyo no será nada.

La joven, como antes Charles, se interesó por el chófer, y entonces Harcombe no tuvo más remedio que decirles la verdad. Daphne se demudó ante la triste noticia.

—¡Dios mío! ¡Dios mío! ¡Ya lo recuerdo! —exclamó—. Nos dispararon desde delante. Un coche que había parado junto a la acera. Don fue alcanzado y perdió la dirección. Luego vino mi herida, el patinazo, el vuelco...

Los ojos de Daphne, aquellos ojos límpidamente azules de ordinario, se velaron entonces por efecto de la horrible visión. Su hermano se mordió los labios para contener un gemido.

—No debí exponerle —se lamentó—. ¡Pobre Don! Su fidelidad le ha matado. No olvides. Daphne, pase lo que pase, que debemos una pensión a la familia de ese muchacho. Tiene mujer, dos hijos y, además, vivía con él su madre, una anciana ya. Visítales cuando te

hayas puesto buena y diles cuánto lo he sentido.

—¡Charles! ¡Charles! —respondió la joven en un grito del alma—. ¿Por qué hablas así? Tú mismo irás a dar el pésame a esa familia, tú mismo podrás protegerla... porque te pondrás bien de tus heridas... Los dos sanaremos.

Charles no respondió, pero su gesto de escepticismo decía bien a las claras lo que pensaba. Y aunque él no lo hubiera dicho, Harcombe intuía la verdad. Daphne ocultó el rostro en el pecho de Branden, que se mantenía en un dolorido silencio, y ahogó un sollozo.

Mientras tanto, el automóvil se deslizaba suavemente por la Grant Avenue, dejando atrás las fachadas de algunas casas de aspecto oriental. Puede decirse que los viajeros estaban en el límite del Chinatown, y a sus costados se duplicaban los bazares, exhibiendo sus exóticas maravillas. Por fin, cruzaron ante la Misión de los Padres Paúles y torcieron por algunas transversales hasta llegar a la calle del Mercado (la Market Street), arteria aorta de San Francisco, cortada a cordel, que desemboca en la bahía. Segundos después estaban ante la imponente mole de piedra, hierro y cemento del edificio del «Manchester», con su alta cúpula escondida entre la niebla, cada vez más espesa, húmeda y pegajosa.

La ciudad estaba iluminada como si fuera de noche; pero apenas si las luces fluorescentes o los focos eléctricos conseguían ser otra cosa que leves luciérnagas parpadeantes.

Cuando el automóvil frenó a la puerta del «Manchester» y un portero galoneado vino a su encuentro, quedándose cortado ante el cuadro, Charles Chatford había vuelto a perder el conocimiento. Aunque Harcombe había intentado taponarle la herida del hombro, la sangre no había sido restañada del todo, y le escurría por pecho y espalda. Aquí, el orificio de salida de la bala era tremendo. Uno de los omóplatos lo tenía materialmente destrozado.

Daphne seguía sollozando contra el pecho de Branden cuando éste la sacó del automóvil en vilo. Había un dulce abandono en aquel gesto de un sentimiento indefinido entre el gozo y la pena.

En el entresuelo estaba situada la clínica de urgencia que el mismo Charles Chatford había montado allí para atender a los obreros y empleados del periódico e incluso a cualquiera de los vecinos o conocidos que acudieran a ella. Era una obra social que él

se había impuesto como una obligación, y que mantenía en pie a costa de un crecido presupuesto. Uno de los mejores cirujanos de la ciudad, con un par de ayudantes nada lerdos, la asistían. En los cristales esmerilados de sus puertas y amplios ventanales podía leerse en letras rojas: «Fundación Charles Chatford». Y ahora, él mismo y su propia hermana iban a recibir asistencia en ella.

Los camilleros condujeron a los heridos hasta el quirófano. Allí, el doctor se inclinó sobre ambos, y el gesto pesimista que dejó traslucir cuando le tocó el turno a Charles hizo que los circunstantes palidecieran. Ordenó, en primer lugar, que se hiciera a la joven una cura de urgencia y una transfusión de sangre, y él se dispuso a intervenir quirúrgicamente a su hermano.

Daphne estuvo enseguida en disposición de ser trasladada a su habitación, y Branden la siguió, sin atreverse a soltar aquella mano que ella le había ofrecido durante la cura. Ya en el pasillo se vio obligado a hacerlo. Las enfermeras no le permitieron pasar adelante.

El atentado había levantado una ola de indignación popular, y a medida que transcurría el tiempo, todo San Francisco se iba volcando ante la puerta del «Manchester», y seguía con vehemencia las noticias que le llegaban de los heridos. Acudió una representación del Ayuntamiento, con el alcalde a la cabeza, y varios grupos de amigos de la mejor sociedad empezaron a llenar el «hall» y los pasillos de la clínica. Redactores, fotógrafos, linotipistas y empleados diversos del periódico, allí estaban también, presas del mayor desasosiego e iracundia.

Y mientras tanto, en el quirófano, las expertas manos del médico manipulaban sobre la herida, manejando los bisturís, tijeras y pinzas que sus ayudantes le entregaban. La operación seguía su curso en una carrera loca por coger la delantera a la muerte que, inexorable, trataba de apoderarse de aquel cuerpo joven, lleno de vida hacía sólo unos momentos. Ernest Harcombe continuaba allí siguiendo con vivo interés la intervención.

Branden era ahora una simple gota de agua en aquel mar de hombres y mujeres elegantes que habían invadido la clínica hasta situarse frente a la puerta de la habitación en que Daphne estaba alojada. Hombres y mujeres más o menos íntimos de la familia Chatford, amigos particulares de la periodista, que, desencajados y

nerviosos, la recordaban en situaciones más agradables: una carrera de caballos, un baile de sociedad, una fiesta literaria... Y él sintióse de pronto como un intruso entre aquella gente, que la conocía de antiguo, y se dijo que la primacía en verla sería de ellos.

Con esta sensación de derrota, zumbándole los oídos y envidiando a todo el mundo que le rodeaba, dio algunos pasos maquinales hacía la puerta. De todo se había olvidado, incluso de Charles, y no percibió que se abría camino a codazos, que unos y otros le empujaban. De pronto, alguien pronunció su nombre. Como tardara en contestar, por efecto de la sorpresa, la voz se repitió. Era la enfermera. Branden se acercó a ella medio inconsciente aún, y se enteró de que la joven preguntaba por él.

—Quiere que entre usted a verla. Venga, por favor.

Ralph avanzó dos pasos en la estancia. Habló, pero no obtuvo respuesta. Daphne Carlota Chatford había caído en un sopor del qué su voz no fue capaz de sacarla. Tuvo que hacer grandes esfuerzos para no llorar sobre el cuerpo enfebrecido, sobre el rostro pálido e indiferente, sobre los ojos que no le veían. Entonces la enfermera le agarró por un brazo y le acompañó de nuevo al pasillo.

—Lo siento —dijo.

Las conversaciones volvieron a zumbiar en torno suyo. Hasta él llegó, como viniendo de insospechadas lejanías, una sola y trágica palabra: «¡Muerte!». Quiso preguntar, pero le fue imposible articular el menor sonido, intentó sacudir su letargo, más todo inútil. Sólo percibió como entre nieblas que la gente se había puesto en movimiento, que alguien gritaba venganza en sus oídos, que era arrastrado hacia la calle y que allí un mar de puños cerrados le estrechaban por doquier, obligándole a caminar hasta el Departamento de Policía. Todo el mundo pedía justicia para el crimen inicuo.

¡El crimen! «¿Quién había sido el muerto?», se preguntaba Branden. Una voz intentó calmar a la multitud. El joven no había comprendido palabra, pero notó que el gentío daba la vuelta y se ponía de nuevo en movimiento. Llegó por fin un instante en que la noticia cierta fue captada por él. El muerto había sido Charles Chatford; había quedado en la operación. Y en el momento mismo en que la manifestación llegaba a la plaza de la Unión, Branden, sin saber cómo, se vio libertado de aquel anillo humano que le

asfixiaba, y se encontró recostado sobre el quicio de una puerta, con la frente pegada a los cristales.

Así estuvo unos segundos, hasta que se disipó la nube que había velado momentáneamente su cerebro. Él también, como aquel monstruo de millares de cabezas que alanzaba vociferando, sintió deseos de desquite. Se dijo que lo único que debía hacer cuanto antes era dedicarse a buscar una pista de los asesinos. Tal vez Spark tuviera que ver algo con todo aquello. Entonces alzó los ojos y, como un anuncio del cielo, descubrió que las vidrieras sobre las que había tenido apoyada la frente eran las de la sucursal en San Francisco de la Agencia de Colocaciones Spark, de Nueva York. Entró y se dio a conocer al encargado, quien sonrió con cierta ironía.

—Ha llegado usted un poco tarde, amigo. Sus servicios ya no son necesarios. ¿Ha visto usted esa manifestación? ¿Sabe qué la ha motivado? Pues bien: usted venía encargado de salvaguardar la vida de ese hombre que acaba de morir. Le habían amenazado y no confiaba en las gentes de aquí. Por eso solicitó de nosotros que le contratáramos un hombre de confianza. Usted se lo debió de parecer a mi jefe, puesto que le contrató. Ahora es usted libre de su compromiso. Gástese los diez mil dólares como mejor le parezca. Y congratúlese de que se lo hayan «cargado» antes de tiempo. Mañana tal vez no hubiera sido él sólo el muerto; probablemente, usted le hubiera acompañado.

El encargado de la agencia, un hombre como de cuarenta años, rechoncho y bajito, escurridizo y meloso como una anguila, le empujó hacia la puerta. Branden se resistió un momento, sacó el cheque firmado por el señor Spark y se lo entregó, diciéndole si podía abonárselo.

—Necesito dinero con urgencia, y ahora los Bancos deben de estar ya cerrados.

El hombrecillo quedose un momento pensativo, mientras se atusaba la barba.

—El caso es que no tengo suficiente. Apenas si habrá en caja unos siete mil.

—Acepto esos siete mil —dijo.

Branden comprendió sin más la indirecta. Los ojos del otro brillaban de codicia.

En silencio se llevó a cabo la transacción, y en silencio y pensativo salió Branden a la calle. Entonces, más que nunca, se prometió dar con los asesinos. Sentía la obligación moral de hacer algo para que aquel dinero le perteneciera realmente. Recordó los días que había vivido anteriormente en la ciudad, las visitas que había efectuado al reino del hampa. Conocía cada recoveco del Barrio Chino como la palma de su mano, y se dispuso a recorrerlo con los ojos y los oídos muy abiertos. No ignoraba lo difícil y peligroso de aquella misión, pero se dijo que nada mejor para Daphne que presentarla, muertos o prisioneros, a los asesinos de su hermano, si es que llegaba a vivir para verlo.

Branden volvió a la Grant Avenue para iniciar su entrada en Chinatown. La niebla había empezado a levantarse y sombríos nubarrones se cernían sobre la bahía, amenazando lluvia. La isla Alcatraz, alojamiento forzoso de Al Capone durante algún tiempo, se erguía misteriosa dentro del mar embravecido; la noche se echaba encima a pasos de gigante.

Necesitaba pertrecharse de munición para su pistola, y él sabía dónde hacerlo, pese a no tener licencia de armas. Cuando tuvo los bolsillos bien repletos de balas, se subió el cuello de su impermeable y empezó su tarea. En el primer establecimiento que pisó ya se dio cuenta de lo arduo de su intento. Todo el mundo, ciertamente, comentaba lo del atentado, pero con tales precauciones, que era punto menos que imposible sacar nada en limpio. Se notaba en el ambiente cierta, efervescencia misteriosa y terrorífica. La Policía debía de andar de redada.

Salló de allí harto pesimista. No obstante, continuó con su idea. Sin sentir que caían sobre él los primeros goterones de una inminente lluvia. El cafetín de Li Chang Fhong fue su punto de destino ahora. Ya había anochecido y la gente acudía bulliciosa a aquel lugar de diversión. Vendedores de periódicos voceaban en la calle el asesinato de Charles Chatford y la gravedad de su hermana Daphne.

Branden se dirigió al mostrador. Pidió un «*whisky*», que bebió de un trago, y recorrió con la vista cada rincón de la sala. Allí había hampones de la peor calaña, codeándose con jovenzuelos de la alta sociedad que hacían su primera escapada hacia aquellos antros de perdición por simple curiosidad.

Fingiendo una borrachera que no tenía, Branden dejó el mostrador y cruzó la pista de baile, recibiendo empujones a diestro y siniestro, pero siempre con el oído atento a cualquier comentario. Y, por fin, captó algo que le interesaba. Dos individuos mal encarados, bastante bebidos, hablaban de la reciente llegada a San Francisco de alguien que venía decidido a unificar las fuerzas de los fuera de la ley.

—No cabe duda que el atentado de hoy tiene algo que ver con esto.

Branden tomó asiento en la mesa cercana a los que hablaban; pero éstos se callaron entonces, llamaron al camarero y se alejaron hacia la puerta, tambaleantes. Ralph los siguió, pensando que aquel jefe recién llegado a quién habían hecho referencia los dos bandidos, bien podía ser Spark. Y, realmente, que éste fuera el que había ordenado la muerte de Charles no resultaba para Branden un contrasentido ni mucho menos. Branden sabía por Harcombe que la agencia Spark y la organización criminal eran negocios absolutamente distintos, y que en el primero se refugiaba para despistar sus actividades clandestinas. No era de extrañar, pues, que, por ganarse unos miles de dólares, Spark, en su calidad de director de una agencia de colocaciones, le hubiera enviado a él desde Nueva York para servir de guardaespaldas a un hombre que, en su fuero interno, como Jefe de los «gángsters», ya tenía condenado a muerte.

Llegaba Branden a mitad de la sala en su intento de alcanzar la calle, tras los dos individuos patibularios, cuando varias parejas de Policía, uniformadas y de paisano, irrumpieron en ella, poniendo a todo el mundo brazos en alto. El joven palideció. En modo alguno podía dejarse cachear, pues hacerlo equivaldría a ser encarcelado por tenencia ilícita de armas. Tal vez al día siguiente, mandado llamar Harcombe, le pondrían en libertad, pero él necesitaba estar libre aquella noche, porque ella no había de pasar sin que ocurrieran grandes acontecimientos. Lo había notado en el ambiente, en los comentarios cazados al vuelo, en algo casi impalpable que flotaba por todas partes.

**VALIOSOS PREMIOS EN EL
CONCURSO DE CULTURA POLICIACA**

Pida las bases a su librero o a
EDITORIAL ROLLAN

X



OS policías obligaron a todo el mundo a replegarse. Branden alcanzó así el fondo de la sala, y de pronto, cuando pensaba con gran pesadumbre que todo había acabado, notó que alguien le agarraba de un brazo y le hacía desaparecer detrás de un cortinaje que cubría la entrada de uno de los reservados. De allí, abriendo una puerta secreta, fue fácil llegar por un estrecho y sombrío pasillo a otra amplia sala, en la que toda una caterva de personajes nada tranquilizadores se reunía bajo una lámpara que incidía sobre un tapete verde cubierto de fichas y naipes diseminados. Estaban tan tranquilos, como si con ellos no fuera nada, pese a que hasta allí llegaban los pitidos de la Policía.

—¿Quién es este hombre, Peter?

—Un antiguo compañero mío. No podía consentir que se lo llevara la «bolla».

Al oírse llamar «compañero», Ralph Branden levantó los ojos hacia el que había hablado y lo reconoció enseguida. Se trataba de uno de sus antiguos compinches de Chicago en el negocio del que se salvaron por tablas. No le agradó el encuentro, pero fingió una alegría que estaba muy lejos de sentir.

—¿Es de fiar?

—Yo no pondría las manos por él en el fuego, jefe. El mundo rueda y, al rodar, el mundo hace que las personas cambien. Quienes ayer lo eran, hoy ya no lo son, o viceversa. Lo que un día es rojo, otro es blanco.

—Entonces, ¿por qué lo has traído?

—Ya os he dicho que la «Poli» estaba a punto de echarle el guante, y quise evitarle un disgusto. Ahora ya lo he hecho, y por mí puede largarse. A pesar de trabajar una vez juntos, no me fue simpático jamás.

Branden sonrió irónicamente.

—¡Hombre, Peter! Apenas si te conozco. Antes eras mucho más caritativo. ¿Es que te acobarda esta pandilla?

El llamado Peter palideció e hizo ademán de sacar un arma.

—¡Quieto, Peter! Hace rato que te tengo encañonado desde el bolsillo. Y a vosotros también. Cuando os vi en tal armonía, creí poderos agradecer el que me hubierais sacado de un atolladero e incluso me disponía a echar unas manos con vosotros. Pero veo que no sois dignos de confianza. Toma, por tus servicios, Peter. ¡Ya estamos en paz!

Sacó de su bolsillo uno de los fajos de billetes y los arrojó al rostro de Peter. Éste intentó lanzarse sobre Ralph, pero los otros se lo impidieron. La añagaza de Branden al sacar el dinero había dado resultado. De otro modo, mal lo hubiera pasado frente a aquella camarilla. Los ojos de los reunidos se sintieron atraídos por los billetes. El que había hablado antes volvió a hacerlo con una sonrisa animadora:

—Vamos, Peter: déjate de tonterías e invita a tu amigo a que juegue con nosotros esas manos a que venía dispuesto.

Los nervios de todos, sumamente tensos en los últimos segundos, se relajaron ante las palabras del jefe. Branden sonrió. Su propósito de quedarse había dado frutos. Esperaba que allí podría sacar algo en limpio sobre la muerte del hermano de Daphne. La avaricia de

aquellos hombres era mucho más fuerte que su instinto de conservación, que su desconfianza. Branden lo sabía, y por eso no había dudado en hacer la prueba que tan buenos resultados acababa de dar. Mientras se dirigía a ocupar uno de los puestos vacíos en la mesa, preguntó a Peter si él no jugaba.

—Me han desplumado ya —respondió de mal talante, inclinándose a recoger los billetes que Branden, le había arrojado.

—Puedes jugártelos —le animó el joven, en vista de que el otro se quedaba con ellos en la mano, indeciso—; tuyos son.

Con los ojos relucientes, Peter se reincorporó a la partida. Jugaron, fumaron y bebieron. Ya no se oían las sirenas de la Policía. La atmósfera se iba enrareciendo cada vez más. Branden percibió que el cabecilla estaba haciéndole trampas, pero se hizo el desentendido. Su propósito no era armar camorra, sino ganarse la confianza de aquellos malhechores. Tal vez ellos pudieran darle, sin querer, la pista que andaba buscando.

Un cuarto de hora antes de la medianoche, el «boss» anunció que era la última mano, al menos en lo que a él se refería.

—Tengo una cita para las doce a la que no puedo faltar, y ya me estoy retrasando.

—Para mí también, si pierdo, será la última —recalcó Branden. No me queda más dinero.

No era cierto lo que decía, pues le restaban, aún cerca de cinco mil dólares, pero no quería seguir jugando, una vez que el cabecilla se levantara. No había podido sonsacarle lo más mínimo, más no estaba dispuesto a separarse de él antes de haberlo conseguido. Pensaba que lo que éste no supiera mucho menos lo sabrían los otros, y se dispuso a salir con él a la calle, donde tal vez con un poco de tacto fuera más locuaz. Branden había, pues, perdido, y el cabecilla le animaba, gozoso:

—Otra vez ganarás, amigo. Porque supongo que vendrás por aquí de cuando en cuando.

Mientras hablaba se había incorporado y un criado chino, verdadera esfinge, que todo el tiempo había estado allí, atento a los menores gestos de los jugadores, le ayudó a ponerse el impermeable y el sombrero. Branden se colocó sus prendas, que había dejado sobre una silla, y ambos salieron a la calle en la mayor camaradería. Ni Peter ni ninguno de los otros tres se molestaron en levantar la

cabeza para decirles adiós, embebecidos en el juego como estaban.

—¿Hacia dónde, vas, muchacho?

—Hacia la Grant Avenue. He llegado hoy de fuera y, mientras encuentro algo más a propósito, me hospedo en el «Astoria».

—Te llevaré en mi coche. Hace una noche de perros y el temporal arrecia. Branden, sin responder, acompañó al «boss» hasta un pequeño automóvil que estaba estacionado allí cerca, bajo una farola. Habían caminado un buen trecho en silencio, cuando el joven, como el que no quiere la cosa, dejó caer:

—¿Asunto de faldas?

El otro, desprevenido, no supo qué contestar; le miró de reojo y preguntó:

—¿Cómo?

—Digo que si la cita para las doce es asunto de faldas. No sé por qué creo que tú debes de tener mucho partido entre las mujeres.

El «boss», halagado en su vanidad, lanzó una estentórea carcajada.

—Cierto, muchacho. Soy lo que se llama un Don Juan; pero ahora no se trata de eso. Es asunto de negocios.

Branden dejó escapar un «¡ah!» comprensivo y no insistió por temor a descubrirse. Así llegaron ante el Astoria. Al pasar por el lugar del atentado contra Charles, Ralph volvió a decir como al desgaire:

—Ahí fue; buen trabajo. Aquí sí que saben hacer las cosas. No es como en Chicago, donde conocí a Peter; nos atraparon como incautos y eso que era una nadería.

—Esto ha sido cosa del «Rana». Un asuntillo que puede que le valga la jefatura de un «gang».

Branden estuvo a punto de decir algo, pero pensó que quizá se hubiera hecho sospechoso y eso no le convenía. No insistió, pues, y se apeó dando las gracias al «boss», el coche del cual partía enseguida a toda marcha. Branden no perdió el tiempo. Saltó a un «taxi» que un cliente del hotel acababa de abandonar y ofreció una buena propina al conductor si conseguía no perder de vista al otro coche, lo que no le fue fácil, pues el «gángster», se metía poco después en el dédalo de callejuelas que dividen la calle del Mercado en su tramo en dirección a la Bahía con el que se pierde hacia el Océano Pacífico, en las antiguas posesiones del Rancho San Miguel.

En seguimiento del automóvil, el «taxi» alcanzó la avenida Lincoln y desde aquí se perdieron en dirección a las afueras de la ciudad. Algo más tarde, ambos coches avanzaban hacia Palo Alto por la Coast Rute (carretera de la Costa). Cruzaba aquella localidad, torcieron por una carretera de segundo orden que los había de llevar directamente hacia la costa de la Bahía de San Francisco, encerrada entre altas montañas que hacen de ella el puerto natural mejor resguardado del mundo.

Algunas millas más de recorrido y Branden ordenó hacer alto. Por referencia de Harcombe, había comprendido dónde se dirigía el «boss» y no quería seguirle tan de cerca. Branden recordaba que el inspector del

F. B. I.

le había hablado de una especie de refugio o parador, verdadero «*night-club*» en plena costa, donde la pandilla que andaba siguiendo solía reunirse. Sospechaba que era uno de los lugares donde sigilosamente, más drogas y estupefacientes se expendían. Sus clientes, sobre todo en el buen tiempo, eran de la mejor sociedad y abundantes. Hasta él se podía llegar lo mismo por la carretera que él llevaba que por la Bahía.

Aquella noche neblinosa, en que la lluvia parecía no decidirse a caer del todo, el parador estaba cerrado. Un cartel anunciaba que por reforma; pero la verdad nadie la sabía. Ni una luz ni un átomo de vida se divisaba en él ni en el edificio anejo. Branden rogó al chófer que emboscara el automóvil entre unos árboles de las cercanías, más el chófer se negó. Le resultaba demasiado extraño todo aquello y no sentía los menores deseos de esperar. Pidió que le abonara el recorrido, aunque fuera sin la propina prometida, pues tenía que volver a San Francisco. Branden sonrió, le entregó un billete y cuando el coche hubo partido, fue acercándose a la casa con grandes precauciones.

La sensación de abandono y soledad era allí mucho más acentuada. Por ninguna parte se veían rastros del coche que había venido siguiendo. Y, sin embargo, el joven sabía que debía de estar en algún sitio. Caminó unos pasos en torno a la edificación. El ala izquierda, de una sola planta, con azotea, pertenecía al «*night-club*» propiamente dicho. La de la derecha, era una casa de vivienda de dos plantas, sumida, como todo lo demás, en la oscuridad y silencio

más completo. Por la parte posterior daba vista a un pequeño acantilado, donde las aguas de la Bahía entonaban suavemente su canción.

Cuando, pegándose a la pared, regresaba de hacer su recorrido, otro automóvil apareció. A medida que se acercaba, sus faros perdían intensidad hasta llegar a apagarse por completo. La neblina le envolvió y por breves segundos Branden no pudo seguirle más que por el ronroneo ahogado de su motor. Lo que descubrió le dio la clave de la misteriosa desaparición del coche anterior. La puerta de la sala de diversiones se había abierto, siempre en la penumbra, y las sombras aún más acentuadas del interior tragaban el bulto oscuro del vehículo recién llegado.

Antes de que la puerta se cerrara de nuevo, Ralph Branden se deslizó dentro y quedó quieto, a la expectativa, por lo que pudiera ocurrir. Se oían palabras a sovoz entre los ocupantes del coche y un individuo que los esperaba dentro. Quienquiera que este hombre fuese, Branden percibió que venía hacia él. Contuvo la respiración y se pegó contra uno de los automóviles allí encerrados. Casi pasó rozándole. Se asomó y en vista de que por la carretera no se acercaba ninguna otra luz, cerró y volvió a reunirse con los otros. Ya para entonces, una linterna de escasa potencia iluminaba un círculo del pavimento ante los pies de los «gángsters». De este modo, la comitiva se puso en movimiento, ascendiendo por una escalera de caracol que debía de comunicarse con el edificio de dos plantas.

Tanteando la oscuridad para no dar un paso en falso que le delatara, Ralph Branden siguió aquella luz, que era para él como un faro que le guiara. Hacia la mitad de su ascensión, uno de los escalones dio un pequeño chirrido. La luz se desvaneció en el acto.

—¿Habéis oído? —preguntó una voz.

—Yo no he oído nada —dijo alguien—. Cálmate, King. Son los nervios. El de la linterna no se debió de convencer, puesto que volvió a encenderla y la enfocó escaleras abajo; pero Branden se había pegado ya como una lapa a la columna central, impidiendo de este modo ser descubierto. Sólo por unos milímetros no localizaron las punteras de sus zapatos.

Después de esto, la marcha prosiguió y la linterna fue apagada de nuevo al llegar a la azotea del «club». Desde ésta, por una

puertecilla, los personajes misteriosos entraran en la segunda planta del edificio anejo, Branden iba a seguirles cuando se vio obligado a retroceder. El de la linterna regresaba, pues se había oído a lo lejos el zumbido de un nuevo vehículo. Pasó tan cerca de Branden que, de habérselo propuesto éste, sin más que alargar el brazo le hubiera podido estrangular. Y ganas no le faltaron, pero no le convenía, pues sería echado de menos en cuanto el coche llegara y nadie saliera a recibirle. Le dejó, pues, marchar y él siguió las huellas de los otros.

La puertecilla de la azotea le llevó a un pequeño vestíbulo desde el que se divisaba un pasillo, al fondo del cual había otra puerta bajo cuyos intersticios se filtraba un rayo de luz. Por ella acababan de desaparecer las siluetas que iba siguiendo. Exponiéndose a ser sorprendido, avanzó en la penumbra, pasillo adelante. Antes de llegar a la puerta del fondo, se cercioró de si alguna de las que se abrían a derecha e izquierda de aquél no se encontraban cerradas, pudiéndolas usar en un caso dado. Así era, en efecto, y continuó su camino algo más calmado.

Antes de llegar, sin embargo, tuvo que detenerse; había escuchado ruido a sus espaldas. Una fracción de segundo y enseguida desaparecía en uno de aquellos cuartos laterales, manteniendo la puerta semientornada. Unos pasos sigilosos se acercaron. Súbitamente, hacia la azotea, se oyeron nuevas voces. El hombre de la linterna debía de volver acompañado de algún otro visitante. En aquel momento, el de los pasos sigilosos dio un salto de tigre, y antes de que Branden tuviera tiempo de pensarlo, ya se había abierto y cerrado la puerta y un bulto negro venía a hacerle compañía en la oscuridad.

Contuvo el resuello una vez más y apretó las cachas de su pistola dentro del bolsillo de su gabardina. De pronto, un haz de luz le dio en la cara y una voz conocida llegó hasta él.

—¡Branden!

—¡Harcombe!

—¿Dónde demonios has andado? ¿Qué haces en esta casa?

Por primera vez, debido quizá a la alegría de volverse a ver, los dos jóvenes se tutearon...

—Probablemente he venido a hacer lo mismo que tú, o al menos algo parecido. Busco a los asesinos de Charles Chatford y creo que

aquí los encontraré. Tú buscas a Spark, pero tengo la impresión de que todo es uno y lo mismo.

—Yo estoy convencido de ello.

Los pasos habían cruzado ante ellos, se había oído abrir y cerrarse de nuevo la puerta de la habitación iluminada y un torrente de voces inundar por un momento el corredor. Después, los pasos de un solo hombre retrocedieron y volvió a reinar el silencio.

—¿Cómo está Daphne? —preguntó Ralph al fin—. ¿Cómo ha encajado el golpe de su hermano?

—No lo sabe todavía —respondió Harcombe en voz bajísima. El médico no ha creído prudente decírselo. Antes de ponerme sobre la pista de Spark, subí a verla unos segundos. No se explicaba tu desaparición, y yo tampoco. Llegué a sospechar de ti. Bueno— y al decir esto inclinó la cabeza un tanto confuso, —era una contingencia que yo nunca había desechado por completo, pese a las muestras de sinceridad y valor que me diste cuando los acontecimientos del tren. Por eso no consentí que te separaras de mí. Virtualmente, y perdóname por ello, todo el tiempo, hasta esta tarde que te escabulliste, has sido mi prisionero.

Branden no se sorprendió. Realmente, él ya había notado que algo de eso ocurría.

—No te preocupe eso ahora y responde a mi pregunta principal. ¿Cómo está ella?

—Dentro de la gravedad, no parece desesperada su situación. Su padre y su hermana han llegado ya en avión. Cuando estuve a verla me dio un mensaje verbal para ti. «Si le encuentra usted —me dijo— hágale saber que no debe alejarse nunca de mí, que le espero, que debe volver a mi lado, que juntos lucharemos porque nuestro amor sea comprendido».

Branden sí que se sorprendió ahora. A punto estuvo de lanzar un grito de alegría. Pero Harcombe cortó cualquier manifestación de contento haciéndole saber que, para volver al lado de Daphne, antes tendrían que salir de allí y eso era lo difícil, a no ser que se fueran sin dar la batalla.

—Nos superan en número, por lo menos, de cinco a uno, a juzgar por las trazas. No nos será fácil reducirles.

—Lo haremos. Con lo que acabas de decir, Harcombe, yo mismo me siento capaz de enfrentarme sólo con todos ellos.

—No será necesaria tal temeridad. Para algo estoy yo aquí.

Así diciendo, Ernest Harcombe sacó de debajo de su impermeable una flamante pistola ametralladora y de uno de sus bolsillos un plano de la casa que extendió sobre una mesita que había allí, enfocándole con la linterna. Señaló con el dedo la habitación en que se encontraban, la puerta que daba al pasillo y otra que tenía acceso a una gran sala. En esta sala había una ventana que caía sobre el cuarto en que los «gángsters» mantenían su conciliábulo.

—Éste es tu puesto, Branden. Ten mi pistola.

—Ya tengo una.

—No importa. Así tendrás dos. A mí me basta con la ametralladora. Yo saldré al pasillo y me acercaré a esa puerta. Cuando veas que irrumpo en la habitación, tú intervienes desde la ventana; pero antes no.

Branden fue el primero en salir, después de desearse suerte mutuamente, hacia su puesto de observación. La ventana estaba abierta y por ella se escapaba un murmullo de voces y una pequeña ráfaga de luz, pues la lámpara que iluminaba la escena estaba defendida por una fuerte pantalla que la hacía incidir sobre el grupo reunido en torno a la mesa, dejando el resto de la habitación en semipenumbra. Spark se paseaba de un lado a otro. Branden pudo vigilar, sin ser siquiera sospechado, y escuchar por unos segundos cuanto allí se trató. En el momento de aparecer él, Spark se refería al asunto Chatford.

—Tú, «Rana» —y señalaba a un individuo cuyos ojos saltones le habían granjeado el apodo—, como autor de ese trabajo, debes desaparecer durante unos días. Y tú también, Richard, como coautor. Después, cuando los ánimos se hayan calmado, volveréis aquí y recibiréis vuestra recompensa. El puesto dejado vacante por Herrman Ley y su lugarteniente es vuestro. Y veremos si me servís con más fidelidad que aquéllos. Ya sabéis que os conviene hacerlo, pues conmigo no se puede jugar.

Hizo una pequeña pausa y luego miró desafiante a todos los demás.

—Cada uno de vosotros —dijo por fin— tiene equis hombres a su mando. Procurad inculcarles el sentido de responsabilidad y fidelidad al jefe supremo, que soy yo, por encima de vosotros y no

olvidéis que sin una cabeza capaz como la mía, seríais seres inermes, pobre carne de cañón a merced de la Policía. Cada cual manejamos nuestros negocios independientes, reservados tenemos nuestros campos de acción; pero todos debemos guiarnos por el mismo código de lealtad y ayuda mutua. Que nadie deserte de su deber y el triunfo, al final, será nuestro. Yo ya he cumplido con el mío al limpiar, con ayuda de mis leales compañeros, el obstáculo que representaba en nuestro camino Charles Chatford y su doctrina de soñador. Ahora, cualquiera que su partido elija como sustituto, no olvidara la lección que les hemos dado y será un testaferro que se dejará guiar por nosotros.

Otra nueva pausa y en vista de que nadie decía nada prosiguió:

—Ahora necesito unas vacaciones y me las tomaré por tierras lejanas. Por eso os he reunido aquí. Linda Farrell, que al fin ha comprendido su error al conspirar contra mí, me acompañará. Ella sabe muchos secretos míos y me casaré con ella para que la Policía no pueda el día de mañana obligarla a declarar contra su marido.

Linda Farrell salió de pronto de uno de los rincones y avanzó hacia el centro de la estancia. Su gesto era más de resignación que de alegría. Branden había tenido razón al decir de ella que preferiría prostituir su alma a su cuerpo. La unión corporal con aquella sabandija se veía a la legua que la repugnaba. Si pensaba decir algo, no tuvo tiempo de hacerlo, porque en aquel momento la puerta se abrió violentamente apareciendo en el umbral Ernest Harcombe.

—¡Arriba las manos todo el mundo! ¡Que nadie se mueva!

Branden, como un eco, repitió la misma orden, mientras pasaba una pierna por la ventana y se dejaba caer en la habitación, que era bastante amplia y plagada de muebles; sillas y sillones principalmente. La sorpresa fue grande, pero el valor de la desesperación se reflejó unos segundos en los ojos de los «gángsters». Miraron a su jefe como si esperaran algún signo convenido, y éste llegó. Antes que Branden o Harcombe hubieran tenido tiempo material de apretar el gatillo, Spark se había dejado caer al suelo, emulado por los otros.

El inspector del

F. B. I.,

parapetóse enseguida, pero no así Branden, que se encontraba en

peor situación. Spark le encañonó y sonó un disparo. Pero Linda Farrell, que era la única que estaba en pie, se interpuso entre Ralph y la bala a él destinada. Una rosa de sangre apareció en su pecho y un estertor se escapó de su garganta. Se mantuvo unos segundos enhiesta, y al fin cayó al suelo, doblada sobre sí misma.

Una rabia sorda invadió los corazones de Branden y de Harcombe. La metralleta de éste empezó a vomitar llamas desde detrás de uno de los sillones. Una furia del infierno brillaba en sus pupilas. Parecía un dios del fuego, un dios vengador bajado a la tierra para limpiarla de escoria. Ni los ayes de los heridos ni los disparos le conmovían. Llegó un momento en que se olvidó de su propia seguridad personal y se fue incorporando instintivamente. Sus tiros centrados deshacían cuánto hallaban a su paso: cajines, huata, madera, carne... Branden no se quedaba atrás. El humo y la pólvora le habían enardecido. En aquella habitación ya no existían hombres: todos ellos eran verdaderos demonios.

Ralph Branden sintió pronto la mordedura de las balas. Una le había rozado el hombro y otra la muñeca izquierda. Una de sus pistolas se le escapó de las manos y un chorro de sangre cálida y viscosa empezó a escurrirle por el brazo. Lanzó un gemido y en aquel instante, los disparos de Harcombe dejaron de sonar. Una enorme congoja invadió el corazón de Branden, creyéndole herido, tal vez muerto. Pero el inspector del

F. B. I.,

estaba sano y salvo. Allí, en el centro de la habitación, despatarrado, con el cabello revuelto y el furor de su mirada incendiándolo todo.

Había cesado de tirar en vista de que nadie respondía a sus disparos. Los «gángsters» no daban señales de vida y esto le animó a echar un vistazo, con ciertas precauciones. Frente a él había un montón informe de cuerpos mutilados. Branden se arrastró entonces hacia Linda Farrell y comprobó que aún vivía. Se disponía a taponar la herida de la joven y vendarse como mejor pudiera las suyas, cuando un disparo aislado se dejó oír. La lámpara voló hecha pedazos sumiéndose la habitación en la más completa oscuridad. Harcombe no se decidió a encender la linterna y Branden percibió que un cuerpo humano se deslizaba furtivamente junto a él para ganar la ventana. Un salto, una maldición y en la penumbra se

inició una lucha sorda y terrible. Pero las heridas le habían hecho perder a Branden gran parte de sus facultades y pronto notó que el otro se le escapaba.

—¡Es Spark! —gritó—. ¡Va hacia la sala!

—Déjame a mí.

Harcombe, en dos zancadas, acudió al sitio por el que Spark huía. Y empezó una persecución en la sombra que nadie podría afirmar cómo iba a concluir.

Apenas Spark y Harcombe habían desaparecido, Branden prendió una cerilla y volvió a inclinarse sobre Linda Farrell. Ésta había abierto los ojos y le sonreía con cierta satisfacción.

—Sé qué no creíste en el tren lo que te dije de mi enamoramiento, pero ésta es la prueba de que, quizá por primera vez en mi vida, decía verdad —susurró débilmente.

Ralph Branden no respondió, ni lo creyó necesario. Hizo un esfuerzo y consiguió con mucho trabajo coger a la joven en brazos. Y así inició su marcha a través del pasillo en dirección a la escalera de caracol. Pero antes de llegar a ésta, oyó que alguien, linterna en ristre, subía por ella. Ambas sombras se encontraron en la azotea y Branden, desde la oscuridad, dio el alto a quienquiera que fuese, aunque había adivinado ya que se trataba de King, aquella especie de hombre guía de los «gángsters».

—¡Dese preso, amigo! —habló Branden. Lo tengo encañonado y si no obedece morirá.

El otro apagó la linterna y retrocedió. Hubo un silencio. Ni Branden ni King se atrevían a moverse por temor a su enemigo. Al fin, la azotea se iluminó por una especie de bombillas de colores, que irisaron la lobreguez de la noche. Y frente a él, Branden pudo contemplar, todavía con la mano en el conmutador y un gran terror en los ojos, al chofer del señor Spark, de uniforme aún.

—¿Cómo? ¿Es usted? —se asombró.

—Sí, yo soy, señor; pero no tengo que ver, nada con ellos. Hasta hoy no he sabido de lo que se trataba. Y estaba deseando que pasara la noche para «largarme». Yo soy un hombre honrado, señor. Tengo mujer e hijos en Nueva York y no quiero mentas con la justicia. El señor Spark me trajo a San Francisco, pero yo no le conocía otras actividades que las de director-propietario de la agencia de colocaciones. Sé que mató a un hombre y que huyó por eso; yo le

ayudé a escapar porque creí que lo había hecho en defensa propia.

—¿Cómo ocurrió? ¡Cuento!

—Después del atentado en la calle Morton y de abandonar la comisaría, él hizo que le acompañara a su casa. Salí un momento a la calle y cuando volví me encontré con que estaba arrojando a un hombre muerto por la ventana. Sin que yo le preguntara, él se disculpó diciéndome que era uno de sus perseguidores, que trataba de asesinarle y que no había hecho más que adelantarse. Yo tuve miedo, pero no se lo di a demostrar. Era mi puesto el que me jugaba; pensé en mi familia, y cuando mi jefe me ordenó que preparara el coche y marchara hacia Illinois, en cuya capital debía esperar al expreso de Nueva

York-San

Francisco, accedí enseguida. El debió de viajar en el tren, puesto que allí se reunió conmigo, acompañado de la señorita Farrell. ¡Por favor, créame! ¡Yo no tengo que ver nada con ellos! ¡Si es usted policía no me detenga! ¡Quiero volver a Nueva York!

—No se preocupe, King. Volverá. Usted parece, sincero y le creo. Pero antes quisiera saber si hay modo de llegar a San Francisco por la Bahía, para ganar tiempo. La señorita está muy grave y necesita un médico.

—La lancha en que vino el señor Spark está preparada. Yo la guiaré.

Volvió a encender la linterna, fuera de sí de alegría, y salieron por una puerta trasera, de hierro y con una escalera de troncos a su derecha. Ante ellos estaba la playa y la canoa. Branden respiró. Más, en aquel momento, dentro de la casa, por la parte del «*night-club*», sonaron repetidos disparos de metralleta y pistola automática. Al parecer, Spark había conseguido recargar antes de que Harcombe le diera alcance. Se oyó un estruendo y una llamarada horrible empezó a iluminar la noche. Pasó un minuto de silencio sólo roto por el chisporrotear del incendio y unos estampidos como de traca. Pero la metralleta de Harcombe ni la pistola del «gángster» hablaron más.



Ante ellos estaba la playa y la canoa...

—Ahí tenía mi exjefe un buen arsenal de bombas y municiones, y algo, que debía de ser contrabando, metido en botes de conserva.

Branden pensó en las drogas y pensó también en el inspector del F. B. I.

—Tenga usted, King. Llévase a la muchacha. Le daré las señas de

una clínica en que no harán demasiadas preguntas.

—Y usted, ¿qué piensa hacer?

—No me marcharé de aquí sin saber qué ha sido de un valiente.

El cuerpo de Linda fue cambiado de brazos. El viento y la lluvia fustigaban los árboles y hacía que las llamaradas tomaran enorme incremento. King dio un paso hacia la embarcación y Branden otro par de ellos hacia la casita; pero ambos quedaron pronto parados.

—¡Oiga! —dijo el primero con incontenible pavor; ¡esta mujer está muerta!

Branden se cercioró pronto de la trágica verdad. Linda Farrell era cadáver. La dejaron en tierra y se descubrieron. Súbitamente entre la canción del fuego y de los árboles, hasta los oídos de Branden llegó el conocido silbido de Harcombe entonando una vez más las notas de «El Danubio azul», mientras avanzaba hacia la playa con sus pasos elásticos, su porte de conquistador y su mirada de niño o grande. Y era digno de admirarse la belleza varonil que emanaba de todo él, pese a su andrajosa y medio chamuscada vestimenta, siluetado por el rojo resplandor del incendio...





ALF MANZ

ha escrito para la inigualable Colección

F. B. I.

la gran novela titulada

ENTRE REJAS

compendio de

¡ FORAJIDOS ENCARCELADOS !

¡ FUGITIVOS DESESPERADOS !

¡ VIDAS DESTROZADAS !

ALF MANZ

nos describe con su peculiar maestría la vida en los presidios norteamericanos, el ambiente corrompido y maléfico de las celdas y las intrigas canallascas de los presos.

¡ RENCORES !

¡ ODIOS !

¡ TRAICIONES !

ENTRE REJAS

Un relato vigoroso, sombrío, un estudio profundo de la psicología de los criminales, amalgamado con un rosario de aventuras escalofrantes y unas escenas dramáticas capaces de tensar el ánimo de los lectores; dignas del gran escritor

ALF MANZ

